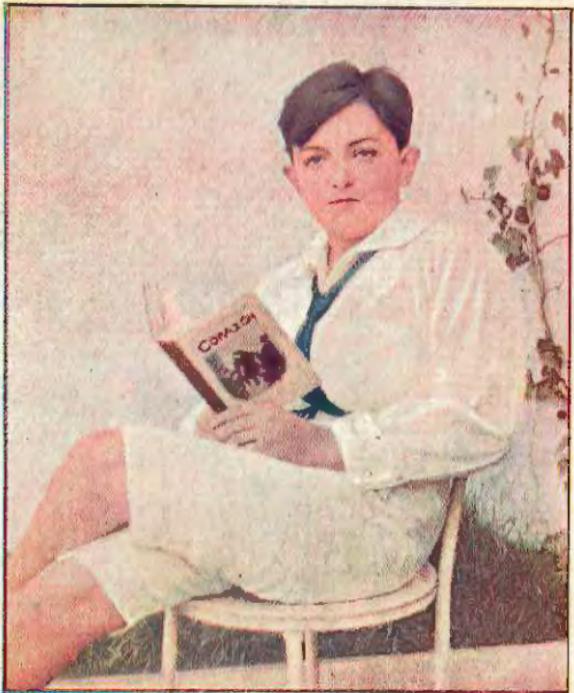


EL LIBRO DEL ESCOLAR

SERIE DE LIBROS DE LECTURA CORRIENTE

3^{er} LIBRO

TEXTO ADOPTADO POR LOS CONSEJOS DE
EDUCACIÓN DE BUENOS AIRES, SANTA FE,
CORDOBA, TUCUMÁN, SALTA Y OTROS



POR EL PROFESOR

PABLO A. PIZZURNO

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

CABAUT Y Cía.
EDITORES

“LIBRERÍA DEL COLEGIO”
BUENOS AIRES

EL LIBRO DEL ESCOLAR

(3^{er} Libro.)



Alterna con el libro...

Cuidado de los Libros

Sarmiento puso el siguiente aviso en la portada de los libros para el uso del público :

- 1.º Nunca tomes un libro con manos sucias.
- 2.º Nunca mojes el dedo para volver la hoja.
- 3.º Nunca te pongas el libro en la boca.
- 4.º Nunca rajes las esquinas.
- 5.º Nunca dobles una página para señal.
- 6.º Nunca dejes el libro abierto.
- 7.º Nunca lo dejes sino en lugar seguro.

El autor está convencido de que si los padres de familia se enteran de los propósitos a que responde este librito, han de poner empeño en secundarlos. Por eso, a todos aquellos cuyos hijos usen esta obra como texto, les ruega quieran molestarle leyéndola, integra, ellos también.

LIBRERIA ASTORGA
EDICIONES 30

SERIE DE LIBROS DE LECTURA CORRIENTE

EL LIBRO DEL ESCOLAR

TERCER LIBRO

POR EL

PROF. PABLO A. PIZZURNO

Ex-Director de la Escuela Normal de Profesores
de Buenos Aires, Ex-Inspector General de Enseñanza Secundaria y Normal
de la República, Ex-Inspector Técnico General del Consejo
Nacional de Educación, etc.

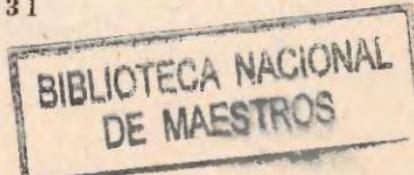
NUEVA EDICIÓN CORREGIDA



CABAUT y Cía., EDITORES

“LIBRERÍA DEL COLEGIO” - Alsina y Bolívar

1931





DERECHOS RESERVADOS.

(Leyes Nos. 7092 y 9510.)

ÍNDICE

PÁGS.		PÁGS.	
Índice	v	18. ¡Qué buena idea!	25
A los maestros y a los padres de familia	ix	19. La conciencia y 1 qué dirán	26
1. ¡Por qué lee bien Laurita?	1	20. Pequeñas mentiras. — <i>Bouchor</i>	28
2. ¡Qué lindo!	3	21. El entierro de María Elena	28
3. Sé cortés	4	22. TEMAS DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	29
4. TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	5	23. Habil sentencia	32
5. En pocas palabras	6	24. Soportemos el mal humor de nuestros padres	33
I. <i>Buen corazón</i>	6	25. Estudia y jueg también	33
II. <i>Compañero generoso</i>	7	26. Tened orden. — <i>Wagner</i>	36
III. <i>Una leccióncita</i>	7	27. El Negro, la Negra y el Coco	36
IV. <i>Las buenas compañías</i>	7	28. TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	41
6. Lavaos las manos	8	29. Caridad de pobre. — <i>Wagner</i>	42
7. RECUERDA Y MEDITA	8	30. RECUERDA Y MEDITA	42
8. TEMAS DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	9	31. A buelita ¡qué horas son? — <i>Oreste</i>	43
9. Pequeñas causas... grandes efectos	10	32. La alimentación	44
I. <i>Deberes sencillos</i>	10	I. <i>Cómo se debe comer</i>	44
II. <i>Las plantas maltratadas</i>	11	II. <i>Debe masticarse mucho</i>	46
III. <i>La puerta abierta</i>	12	III. <i>Cuándo se debe comer</i>	48
IV. <i>El pasamanos de la escalera</i>	12	IV. <i>Alimentos de origen animal</i>	50
V. <i>La botella rota</i>	13	V. <i>Alimentos vegetales</i>	53
VI. <i>El carro</i>	13	VI. <i>Alimentos minerales y bebidas</i>	55
VII. <i>El caballo caido</i>	14	VII. <i>Cuándo se debe comer</i>	56
VIII. <i>Cantores nocturnos</i>	14	VIII. <i>Varios consejos</i>	57
10. La lección del viejo pescador. — TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	15	33. TEMAS DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	51
11. En un incendio	16	34. TEMAS DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	59
12. Durante la gran guerra	17	35. ¡Cochero!.... ¡Va uno atrás! ¡Déle!	60
13. Vacúnate	18	36. La cuna vacía. — <i>Selgas</i>	61
14. El trabajo. — <i>Velarde</i>	20	37. El eco y la conducta	62
15. Con y sin trabajo. — TEMAS DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	21		
16. Mi maestra	22		
17. RECUERDA Y MEDITA	24		

PÁGS	PÁGS		
38. El concurso de ejercicios físicos	64	62. Cuatro veces tres o la igualdad.— <i>Vessiot</i>	100
39. TEMAS DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	67	63. La patria	103
40. El Instituto de educación física	69	I. - <i>Cómo se la sirve</i>	103
41. El Paso de los Andes.— <i>Andrade</i>	72	II. - <i>La patria y los recuerdos históricos</i>	108
42. El cochero modelo. — <i>Vessiot</i>	73	III. - <i>La naturaleza argentina</i>	111
43. TEMAS DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	75	IV. - <i>Mi patria es grande, rica, generosa</i>	113
44. El libro de oro de la virtud	76	V. - <i>Mi patria es culta</i>	116
45. El sapo. — <i>Mirbeau</i> ..	78	64. La mejor gimnasia. — TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	120
46. El pájaro heroico. — <i>Turgueneff</i>	79	65. RECUERDA Y MEDITA	120
47. Respetad a los animales	80	66. Fragmentos.— <i>Domínguez</i>	121
48. TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	84	67. Ayudaos los unos a los otros	122
49. Servicios que prestan los pájaros	85	I. - <i>Pestalozzi y el incendio de Altorf</i>	122
50. RECUERDA Y MEDITA	85	II. - <i>Sumad vuestras fuerzas — Lamennais</i>	123
51. El peligro de una puerta abierta. — <i>J. B. Say</i> ..	86	III. - <i>La humanidad es una familia — Marco Aurelio</i>	124
52. El maestro y la guerra	87	68. RECUERDA Y MEDITA	124
53. TEMAS DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	90	69. Es prohibido escupir.	125
54. La Victoria. — <i>R. Gutiérrez</i>	92	70. El guardián de la ropa. — TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	126
55. RECUERDA Y MEDITA	92	71. Se de be ser franco....	127
56. El vigilante Soler	93	72. RECUERDA Y MEDITA	129
57. RECUERDA Y MEDITA	94	73. Guerra a las moscas..	130
58. Mitre	95	74. El de ber de la nieta. — TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	131
59. Dos anécdotas de Gayarre	97	75. Monólogo de la lluvia. — <i>Zamacois</i>	132
60. Primavera.—TEMAS DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	98	76. Lluvia	134
61. RECUERDA Y MEDITA	99	77. ¡Quiero!	135

PÁG.		PÁGS.	
81. El mimado.—TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	141	98. TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA.....	171
82. Un terrible enemigo de la humanidad	141	99. El entierro del pajarito.—TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA..	173
I - <i>El alcohol</i>	141	100. ¿No crees que el tabaco es un veneno? Lee.	174
II - <i>El alcohol y la mortalidad</i>	143	101. Escuela al aire libre.—TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA.....	178
III - <i>El alcohol, la locura y el suicidio</i>	145	102. RECUERDA Y MEDITA.	181
IV - <i>El alcohol y la criminalidad</i> ..	147	103. Adelita y el vestido	182
V - <i>El alcohol hiera a los hijos de los bebedores</i>	147	104. RECUERDA Y MEDITA	185
VI - <i>Rechazo de los alcoholistas</i>	149	105. Sueño feliz.—TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	186
VII - <i>El alcohol y la riqueza</i>	149	106. Emilce enferma	186
VIII. - <i>Declaración de guerra al alcohol</i>	150	107. La viuda.—TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	190
83. ¿Qué es esto? — TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	146	108. TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	193
84. El abuso del vino.....	152	109. Basta y sobra. — <i>R. Obligado</i>	194
85. RECUERDA Y MEDITA.	152	110. RECUERDA Y MEDITA.	194
86. Gracia interesada.—TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA.....	153	111. En la pradera.—TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	195
87. Las rosas— <i>Emma Day</i>	154	112. Los trabajadores	195
88. Caridad— <i>Rubén Dario</i>	155	113. Las casas en que vivimos y la salud.....	196
89. Dad al pobre. — TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	156	I - <i>El aire</i>	196
90. Acuarela.— <i>R. Obligado</i>	157	II - <i>La luz</i>	200
91. El fraude en materia de impuestos.— <i>E. Legouvé</i>	158	114. La vida sana en el campo. — TEMAS DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	201
92. RECUERDA Y MEDITA..	159	115. RECUERDA Y MEDITA	203
93. Cristóbal Colón ante el Consejo de Salamanca.—TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA..	160	116. Algunos preceptos epistolares	204
94. Las elecciones en clase	161	117. Anécdota de Sarmiento	204
95. Aquí es donde está papá — TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA.	166		
96. Mi bandera. — <i>J. M. Gutiérrez</i>	167		
97. Una lección de buena crianza— <i>Carlos Worrag</i>	168		

	PÁGS.	PÁGS.	
118. El entierro del gran educador	205	126. Los invisibles enemigos de la salud	230
119. Grupo feliz. — TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	208	127. RECUERDA Y MEDITA.	232
120. Amalia y la florista..	209	128. Lavad las frutas y las legumbres	233
121. RECUERDA Y MEDITA.	211	129. La Conciencia.....	234
122. Los grandes próceres.	212	130. RECUERDA Y MEDITA. — Cómo asegurar la salud	237
I. - Pasteur	212	131. Edison.....	238
II. - La vida de Pasteur	214	132. ¡Sálvalos, Dios mío ! —TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA.	242
III. - Los microbios y el vinagre.....	216	133. RECUERDA Y MEDITA.	244
IV. - Los gusanos de seda.....	218	134. Sé amigo del agua...	245
V. - Otros descubrimientos.....	219	135. RECUERDA Y MEDITA.	245
VI. - Nueva victoria de Pasteur —El carbunclo	221	136. Cómo querría yo dirigir mi vida—Channing	246
VII. - Otra gran batalla ganada. —La rabia	224	137. Un director modelo. I. II. - Honremos al maestro	246 255
VIII. - Consecuencias	226		
IX. - Consejos de Pasteur	227		
123. TEMA DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	220		
124. TEMAS DE COMPOSICIÓN ORAL O ESCRITA	229		
125. Ser útil. — J. Janin.	230		

A LOS MAESTROS Y A LOS PADRES DE FAMILIA

Un libro diminuto que inspira una idea poética, que sugiere un bello sentimiento, que remueve el alma infantil, vale mucho más, para la infancia y la juventud, que todos los libros repletos de nociones mecánicas.

ANATOLE FRANCE.

Dense por reproducidos aquí los conceptos vertidos en el prólogo de los dos primeros tomos de esta serie. Ruego a los maestros que vuelvan a leerlos. Poco agregaré.

Insisto como nunca en que la acción de la escuela debe responder ante todo a su indiscutible finalidad esencial: contribuir a formar el hombre sano, física y moralmente. Sólo así podrá ser feliz e influir en el bienestar de la colectividad, de la cual cada individuo es una célula con acción mayor o menor en la vida del conjunto. Por eso dominan deliberadamente en este libro dos notas: la moral y la higiénica. He subordinado a ello todo lo demás.

El texto de lectura para los grados elementales y superiores no puede ser, ni ello convendría, un mosaico de enseñanzas concretas sobre los distintos ramos. Se conspiraría contra otro fin principal: el de hacer amar la lectura, la buena lectura, reuniendo a la utilidad el interés que cautiva la atención del niño, le haga reflexionar y sentir, le ennoblezca el espíritu al ponerle en contacto con lo bello y lo bueno, incitándole a leer más, encariñándole con el libro. Por eso, hasta las nociones áridas de la higiene, con cifras estadísticas, van presentadas en un marco que las hace interesantes.

Una consideración especial ha pesado también sobre mi espíritu induciéndome a tratar con cierta extensión determinados tópicos, por ejemplo: el alcohol, el tabaco, la alimentación, la higiene en general. Fuera de las grandes ciudades, en las pequeñas poblaciones y en las campañas, no llega, con frecuencia, a los hogares, más libro que el usado por el niño obligatoriamente en la escuela, vale decir, el de lectura. Pensé, entonces, que éste debía prestarse como vehículo, el mejor hasta por su acción constante, repitida, para introducir en el hogar ciertas nociones o sugerencias que los adultos de la familia, padres o hermanos mayores del escolar, tal vez nunca recibieron, y que pueden serles útiles. Ello servirá, en el mejor de los casos, para recordarlas y obtener más seguramente la cooperación de la familia en la obra de la escuela sobre puntos de tanta trascendencia como son los que afectan a la salud y a la conducta.

Por razones análogas y de interés social, algunos capítulos tienden a despertar y arraigar en el niño, que será hombre y acaso gobernante mañana, así como en la familia, que suele leer con los hijos, un respeto más sincero por la obra del educador. Y eso será de trascendencia, nadie ignora por qué.

Las narraciones de este volumen no requieren, para ser mejor interpretadas, ni para interesar, de ilustraciones *ad-hoc*. He preferido reemplazarlas por otras en su casi totalidad ajenas al texto. Elegidas entre cuadros de mérito artístico, agregan a este valor, que permite utilizarlas como medio de educación estética, la ventaja de ser verdaderos asuntos nuevos incorporados al libro en forma grata al niño, llena de sugerencias, capaces de hacer pensar y sentir. Responden, a la vez, como las incluidas en los dos primeros tomos, al fin de servir de temas para variados ejercicios de observación y de lenguaje. Y debe ser simpática a los maestros esta iniciativa realizada en mis libros desde 1901, dado que ha sido imitada después por otros distinguidos autores de textos de lectura.

Algo más quiero decir.

De las 273 páginas del libro, alrededor de 36 son de versos o de prosa de distintos autores. He querido con esto último introducir alguna variedad en el estilo por considerarlo así conveniente a medida que se asciende en los grados de estudio. Huelga exponer las razones.

Diré, finalmente, que algunos de los capítulos contienen observaciones cuyo alcance tal vez no penetrarán de un modo completo todos los alumnos de los grados elementales. No importa. Penetrarán el conjunto y su lectura no resultará nunca ininteligible ni desaprovechada; tanto menos cuanto que el maestro aclarará los conceptos. En cambio, el ligero esfuerzo que la interpretación de los mismos demande, representará un ejercicio benéfico que dará más eficacia a la enseñanza formando mejor la mente y el corazón.

Esto, fuera de las sorpresas que nos reserva a cada rato la intuición del niño, quien penetra y siente mucho más de lo que suele creerse; creencia errónea que resulta nociva si bajo su influjo mantenemos el trabajo mental en un nivel inferior de facilidad. Así desaparece o se atenúa el precioso estímulo que resulta de triunfar mediante el esfuerzo propio.

Enero de 1918.

PABLO A. PIZZURNO.

EL LIBRO DEL ESCOLAR

(TERCER LIBRO)

1. — ¿Por qué lee bien Laurita?



...pero, sobre todo, me preocupo del sentido...

En mi clase todos leemos bastante bien, con claridad y expresión; pero Laurita sobresale. El año pasado fué la primera en un concurso celebrado entre los mejores alumnos de varias escuelas del distrito.

— ¿Cómo has aprendido a leer así? le preguntó una mañana Rafael.

— Aplicando a la lectura *el criterio de la verdad*, según dice la maestra. Con la entonación, con las inflexiones diversas de la voz, con las pausas, procuro reflejar las ideas, las situaciones, los sentimientos contenidos en lo que leo, con naturalidad, como si yo interviniere en ellos, como si hahlara.

— Sí, sí; pero ¿cómo sabes cuándo corresponde cambiar la voz, la entonación, la rapidez?

— ¡Ah! yo estudio lo que voy a leer. Lo examino despacito, despacito. Leo primero todo el capítulo para tener una idea del conjunto; después, si dudo, averiguo el significado de cada expresión; atiendo mucho cuando la maestra lee y explica; ensayo en alta voz varias veces; no descuido los signos de puntuación; pero, sobre todo, me preocupo del sentido, del carácter, del sentimiento del asunto. Y no leo ligero sino cuando la naturaleza del párrafo lo requiere. Evito con cuidado las entonaciones declamatorias exageradas, las subidas y bajadas de voz casi a compás, el abrir y cerrar alternativamente los ojos; huyo de todo lo que parece artificial, contra la verdad. ¡Te fijaste cómo leyó, en el concurso, aquella niña rubia que tenía un lunar tan lindo en la mejilla?

— Sí, pero la aplaudieron.

— La aplaudieron las personas de mal gusto, y muchos por cortesía. ¡Era tan hermosa la chica! Y, sin embargo, no fué aprobada por el tribunal.

— ¡Ciento!

— ¡Sabes qué me ayuda en mis lecturas? El consejo que nos dió el año pasado un inspector que vino a oírnos. «Escuchen con atención, nos dijo, las entonaciones naturales, llenas de vida, de los niños, cuando juegan,

cuando conversan de sus cosas, sobre todo fuera de clase; cuando discuten espontáneamente. Escuchen, de igual manera, las inflexiones de voz de las personas al hablar en la vida habitual y en las circunstancias extraordinarias, en momentos de dolor, de alegría, de asombro, de miedo, de admiración, de enojo, etc., y procuren recordarlas oportunamente y aplicárlas cuando convenga. Es más fácil de lo que parece, si son ustedes atentos y perseverantes. »

— Pero tú pronuncias también con mucha claridad; siempre se entiende todo lo que lees.

— ¡Claro! porque articulo bien, y eso es cosa importantísima. Yo no me apresuro y me he ejercitado siempre en destacar bien una sílaba de otra; en respirar a tiempo y en conservar, para facilitar esto, una actitud cómoda y derecha. Leo mucho en alta voz, y además recito de memoria y canto sin gritar. Pero, fíjate bien en esto: *no leo nunca, ni recito, sin saber lo que digo*. No quiero parecerme a los loros. Y si lo que se me presenta no está a mi alcance o está mal escrito, sigo el consejo de papá y de la maestra: no lo leo. Hacerlo sería perder tiempo, adquirir un mal hábito y casi como mentir. Y eso...

2. — ¡Qué lindo!

Ocurrió en Belgrano, en la amplia calle Cabildo.
Añochecía.

Acababa de llover torrencialmente. Hasta tres metros, desde el cordón de la acera hacia el centro de la calzada, corría el agua como un arroyo, abundante.

En la esquina de la calle del Pino descendieron del tranvía una mujer del pueblo, casi anciana, y una chiquilla de figura enfermiza.

Se quedaron perplejas: no podían pasar sin hundir todo el pie en el agua.

Yo presenciaba la escena desde la acera.

— ¡Eh, cochero! Ud. va desocupado. Pase a esa gente. Es una pequeña buena acción, tan fácil y rápida...

Él, insensible, me miró encogiéndose de hombros y siguió viaje.

Me disponía a pasárlas en mis brazos, cuando vi un automóvil detenerse junto a la triste pareja. Iban en él una dama y una niña de aspecto aristocrático.

— ¡Suba, señora!... ¡Sube, chiquita!... gritó la niña.

Las pobres vacilaron; pero la gentil criatura hizo ademán de bajar para tomarlas de la mano. Entonces subieron, cohibidas y como temiendo estropear el lujoso carruaje.

— ¡Hasta la acera, nada más! dijo la mujer. Ya podremos seguir a pie.

— No, no, hasta su casa, ¡verdad mamita!... ¡Dónde es la casa de ustedes?

Debieron ceder otra vez, y el auto partió.

Y yo dije: ¡Qué lindo! ¡Qué lindo!

Y saludé descubriendome.

3. — Sé cortés.

— Sé amable y cortés siempre, hijo mío. Te harás simpático a todo el mundo y eso aumentará tu felicidad.

Elvira, que es la hermana mayor, al oír la exhortación que la madre dirigía a Luisito, exclamó:

— Justamente, acabo de leer en esta revista un ejemplo de lo que mamá te aconseja.

Un señor bastante joven, comerciante enriquecido que pasaba por un barrio central de la ciudad, se detuvo



4. — Tema de composición oral o escrita.

para comprar el diario de la tarde a un chico de aspecto inteligente, quien le dió el vuelto de su moneda de veinte centavos sin pronunciar una palabra.

El señor, notando la figura expresiva del muchacho, le preguntó :

— ¡ Cómo te llamas ?

— Genaro Martínez.

— ¡ Cuántos diarios vendes tú cada día, Genaro ?

— ¡ De cuarenta a cincuenta, señor !

— ¡ Nada más ? ... Escucha : cuando yo tenía tu edad vendía diarios en esta misma esquina. Rara vez me compraban menos de cien cada día. ¡ Y sabes lo que me ayudaba a ser tan favorecido ? Yo no dejaba de decir « gracias », en alta voz, al que me compraba.

Algunos días después, el comerciante volvió a pasar por el mismo sitio, y de nuevo compró el diario a Genaro.

— ¡ Gracias ! — dijo el chico sin fijarse en quién le hablaba.

— ¡ Y cómo va el negocio ? — preguntó éste.

Genaro, entonces, lo reconoció.

— ¡ Vendo más de setenta cada día, señor ! — Y una expresión de sincera gratitud brilló en sus ojos.

— ¡ Bravo, chico ! — dijo el caballero, golpeándole suavemente la cabeza.

Y se alejó.

5. — En pocas palabras.

I. — BUEN CORAZÓN

En la puerta de un conventillo varios chicos se entretienen de diferentes maneras.

De pronto, uno de ellos hace sonar un látigo, lo que

asusta a una mujercita como de cinco años, vestida de luto. Otro varoncito, más o menos de la misma edad, exclama :

— ¡No la asustes !... ¡No ves que no tiene madre ?

II. — COMPAÑERO GENEROSO

Durante el recreo Luis y Jorge corren en el patio de la escuela.

De súbito, Luis, con una vuelta rápida, derriba a Jorge quien, al caer, se lastima la cabeza; pero se levanta en seguida, y viendo cerca al maestro, se echa a reír.

— ¡Por qué ríes ? le pregunta Jorge.

— ¡Para que el maestro crea que no tengo nada y no te rete... !

III. — UNA LECCIONCITA

Niña. — ¡Sabes, abuelita, cómo se come un huevo ? Se toma un huevo, se le perfora en el anverso, luego se practica en la base correspondiente un orificio, se coloca el huevo en los labios, se inhala con toda la fuerza de la respiración y así se vacía el huevo de todo su contenido.

Abuela. — ¡Jesús ! ¡qué invenciones extrañas hay ahora !

Antes se hacían simplemente dos agujeros en el huevo y después se chupaba.

IV. — LAS BUENAS COMPAÑÍAS

— ¡Qué prodigo, madre mía, fíjate !

— ¡Qué oeurre, hijo mío ?

— Es asombroso, y no lo comprendo. Un trozo de roble que he hallado sobre el tocador de tu cuarto y que huele a cedrón. ¡Toma, huele !

— Adivina la causa. No es difícil hallarla.

— Por más que reflexiono, no la encuentro.

— Pues bien, hijo mío; yo había guardado ese trozo de roble junto con cortezas de cedrón. Ahí tienes el efecto de las buenas compañías.

6. — Lavaos las manos.

¡Ah, vuestras manos! Miradlas qué sucias están! ¡No las habéis vuelto a lavar desde la mañana? ¡No! Y esas uñas, mal cortadas y de luto... ¡sabéis cuántas enfermedades lleváis en esa mugre negra y húmeda, debajo de las uñas y en los poros de la piel? Reflexionad. ¡Sabéis por dónde han andado vuestras manos todo el día? ¡Quién sabe lo que han tocado y a través de cuántos focos de epidemias han chapoteado! Y vosotros las lleváis a la boca, tocáis los alimentos inconscientemente y sin cuidarlos; pero os espantaríais si se os mostrara lo que pulula sobre ellas.

Así se carian los dientes, llueven las anginas, sois la presa incesante de esas mil pequeñas cosas, de todas esas enfermedades que os sitian y se curan solas, hasta el día en que, con las manos sucias, introducís en vosotros el horroroso bacilo de la fiebre tifoidea, de la tuberculosis o la influenza, cualquiera de los cuales puede mataros.

Haced, entonces, como el cirujano avisado: las tijeras a vuestras uñas, el cepillo a vuestras manos y, sobre todo, antes de comer lavaos las manos.

THOMÁS GRIMM.

7. — Recuerda y medita.

1. Las enfermedades vienen a caballo y se van a pie.
2. Precaución vale más que arrepentimiento.
3. Quien tiene salud, tiene riqueza.



8. — Temas de composición oral o escrita.

9. — Pequeñas causas... grandes efectos.

I. — DEBERES SENCILLOS

Al empezar la clase de moral, dijo el maestro :

— Ayer por la tarde durante un breve paseo que di por las calles de la ciudad, observé a un niño que iba comiendo naranjas y arrojando la corteza en la acera.

Muchas deben ser las personas que proceden de idéntica manera, pues con frecuencia se encuentran en las aceras cáscaras de bananas y otros desperdicios. ¿Qué pensáis de esto?

Naturalmente a todos se nos ocurrió la misma respuesta.

— Eso no debe hacerse. Cualquiera puede resbalar sobre ellas, caer y hasta hacerse daños gravísimos : romperse un brazo, una pierna, dar con la cabeza en una punta de piedra y aun perder la vida, como ha sucedido más de una vez.

— Pero de eso tienen la culpa los que caminan sin fijarse dónde ponen los pies, observó Jorge.

— Ciento es, dijo el maestro. ¡Pero cuántas distracciones son justificadas! Caminamos preocupados por una desgracia que nos ha entristecido, por un asunto grave que absorbe nuestra atención; acaso vamos apresurados en busca de médico o de un remedio para un enfermo querido. O bien el transeúnte es una persona de vista escasa, un anciano o un niñito inexperto. Piensa, Jorge, que puede ser una hermana tuya, tu abuelito un amigo querido, la víctima de un accidente tan fácil de evitar. ¡Cuesta mucho arrojar esos desperdicios en las aberturas de las cloacas que se encuentran de trecho en trecho, o en todo caso en la cuneta, donde es más difícil que los

paseantes los pisen? Y en último término, ¿por qué no guardarlos en el bolsillo hasta encontrar dónde arrojarlos? ¿No son, éstos, pequeños servicios que nos prestamos los unos a los otros y que reflejan bondad y sentimientos generosos?

¡Y cuesta tan poco hacer este bien!

Con motivo de lo que ayer hablamos respecto de los peligros que encierra la costumbre de arrojar al paso cortezas de frutas, papá me dió a leer lo que un maestro francés ha escrito (1) para los niños, a propósito de otras costumbres no menos censurables y a las que no damos importancia. He aquí, en resumen, lo que leí:

II. — LAS PLANTAS MALTRATADAS

Estamos en primavera. Hay flores por todas partes. Una retama atrae mis miradas. Es un arbusto encantador con racimos de oro que cuelgan ligeros y graciosos de sus esbeltas ramas. Me aproximo. La planta está mutilada: una rama yace en el suelo con un resto de flores pisoteadas y marchitas. Una banda de chicuelos aléjase cantando, con flores en las manos y en la cabeza.

Es bueno coger las flores; o por lo menos no es un mal. ¡Pero quebrar la rama para tener la flor!... ¿No encontráis en ello un poco de ingratitud? ¿No os parece un acto de imprevisión, de egoísmo y de barbarie?

Sí, existe la ingratitud, puesto que devolvéis mal por bien. Los árboles se nos asemejan un poco; como nosotros, nacen, viven, mueren; como nosotros, son buenos o malos; vivos, nos encantan, nos dan su sombra y sus frutos; muertos, nos calientan, sostienen nuestra casa, la amueblan. Es un acto de imprevisión, pues las flores re-

(1) « Pour nos enfants », de Vessiot.

nacen, pero las ramas no. Es un acto de egoísmo, dado que privamos a los demás del placer que hemos gustado. De barbarie, puesto que es propio del bárbaro no sentir la belleza, no comprenderla, destruir las bellas obras de la naturaleza como las obras maestras del arte. Los que han constituido sociedades protectoras de las plantas, han procedido bien. Yo también quiero asociarme. Sí, tengamos respeto por todas las cosas útiles y bellas. Eso nos hará más felices y aumentará la felicidad a nuestro alrededor.

Esos sentimientos constituyen algo así como *las flores del alma*.

III. — LA PUERTA ABIERTA

Dejar, en ciertos días, la puerta abierta, al entrar o al salir, no es un crimen, seguramente; pero el aire que llega del exterior es más frío que el de adentro, y las corrientes de aire no agradan a todo el mundo; tampoco dejan de ofrecer inconvenientes y peligros. Un mal de garganta o un dolor de muelas y otros males semejantes se producen fácilmente y no se van con tanta rapidez como llegan.

Un niño mal criado no piensa en las posibles consecuencias de un descuido. Piensa en sí mismo solamente; no se preocupa de los demás. Su ineducación se vuelve egoísmo, sea o no voluntario.

IV. — EL PASAMANOS DE LA ESCALERA

Tampoco merece ir a la cárcel quien al subir una escalera se toma del pasamanos y obliga al que desciende a soltarlo. Sin embargo, reflexionad un momento: ¿Es tan necesario apoyarse al subir como al bajar? ¿En cuál de los dos casos será más grave la caída? ¿Y si el que sube es un niño y el que desciende un anciano?...

V. — LA BOTELLA ROTA

Regresamos de un *pic nic*; una botella vuela al camino, se rompe y los pedazos quedan en la vía. ¡Qué mal hay en desprenderse de una botella que está vacía y nos estorba? Ninguno, indudablemente. Habríamos podido regalarla; no hay regalo sin valor; todo depende de quién lo recibe.

¡Es esto pedir demasiado?

Pero lo que se tiene el derecho de exigir a los niños y a los grandes, es que reflexionen que una calle, un camino, son lugares donde pasan las personas y los animales, y que si un vidrio roto no es peligro mayor para la pezuña de un caballo o la suela del botín de un pasante, lo es para los pies desnudos. Y hay todavía gentes que andan descalzas.

¡Y qué pensar de los que arrojan los vidrios a los arroyos, ríos o playas donde otros podrán ir a bañarse?

VI. — EL CARRO

He aquí un pesado carro; va cargado de piedras; una de éstas cae en medio del camino. El carrero no la ha visto; pero la vieron caer algunos y pasaron de largo, sin advertir al carrero, ni siquiera arrojarla a la zanja que bordea el camino.

Llega la noche y es posible que algún vehículo vaya a chocar contra la piedra y vuelque. Un carruaje puede volcar así con las personas que van en él, y es poco frecuente que uno reciba un bien con la caída.

¡Hubiera costado mucho evitarlo?

Hoy por mí, mañana por ti.

VII. — EL CABALLO CAÍDO. LA CUESTA DIFÍCIL

Un caballo cae; todo el mundo rodea, curioso, la escena. El cochero se apresura, quiere desatar y liberar a la bestia. Le cuesta mucho. Todos le miran hacer, con interés, hasta con simpatía.

¿No podrían también ayudarlo?

¿Y este otro pobre que arrastra su carro cargado por una pendiente difícil, llegará hasta arriba? Se detiene para respirar, sofocado; tira su carro oblicuamente; varios le siguen con la mirada. Por fin llega arriba. Los paseantes continúan entonces su camino. ¿No hubieran hecho mejor empujando la rueda?

¡Cuántos casos hay, semejantes, en los cuales una curiosidad tonta parece que paralizara todo movimiento generoso!

VIII. — CANTORES NOCTURNOS Y TURISTAS RUIDOSOS

Es bueno divertirse. No es posible trabajar sin descanso. Pero debemos divertirnos sin incomodar a los demás, y sobre todo sin perjudicarlos.

Entre las distracciones, el canto es una de las más sanas y morales, si se eligen bien las canciones.

Pero cantar en plena calle, ya entrada la noche y a gritos, despertando a las gentes que duermen y necesitan dormir porque han trabajado todo el día o están enfermas, eso sí que es « otro cantar » intolerable.

¿Y qué pensar de los turistas que también, en altas horas de la noche o antes del amanecer, atraviesan los pueblos y las aldeas despertando con sus cornetas o con las bocinas de sus automóviles a los tranquilos habitantes no repuestos aún de las fatigas del día anterior?

10. — La lección del viejo pescador.



Temas de composición oral o escrita.

11. — En un incendio.

En 1897 se produjo en Buenos Aires, en la calle 25 de Mayo, y a consecuencia de una explosión, un incendio que asumió pronto terribles proporciones.

En esos momentos encontrábese a pocas cuadras, en la Casa de Gobierno, el Comandante del Ejército Nacional señor Luis R. Coquet, hombre joven entonces y conocido por su bravura. Al oír la explosión y comprender que algo grave sucedía, acudió presuroso.

La gente huía, pero él, saltando sobre los montones de vidrios y maderas, llegó a la puerta del almacén que ardía. Encontró allí a un peón llorando desesperado, porque en el segundo piso se hallaban su mujer y su hija, y él no se atrevía a subir, pues la escalera era presa de las llamas.

Coquet pidió las señas del cuarto, y sin vacilar se arrojó a saltos a través del fuego. Encontró a la mujer y a la niña acurrucadas en un rincón, paralizadas por el terror. El bravo comandante levantó con un brazo a la madre y con el otro a la niña. Corrió a la escalera... Imposible ya bajar por allí. El humo y las llamas lo impedían. Avanzó entonces al balcón y gritó al público que recibiera en sus brazos a la mujer. La tomó firmemente por las muñecas y, como hábil gimnasta, se aseguró él con las piernas a las rejas del balcón, lanzó a la mujer al aire sin desasirla y, estirando su cuerpo cuanto pudo, ganó así casi la distancia de dos cuerpos y soltó a la mujer que cayó sin hacerse daño. Tomó en seguida la criatura; pero en ese momento llegaron los bomberos, colocaron una escalera junto al balcón, por la cual bajó Coquet con la niña en brazos, entre las aclamaciones de la multitud.

Más tarde, una parte del primer piso se hundía. Gritos de espanto se oyeron entre los espectadores, pues se sabía que allí estaban los bomberos. Entre la nube de polvo del derrumbe, el humo y el ruido trágico, vióse caer un cuerpo con un hacha en la mano. Era el subteniente Luis Schenone que, por fortuna, sólo recibió leves heridas. Instantes después el sub-teniente Santa Cruz perdió pie y se precipitó al sótano. Se le creyó irremediablemente perdido; pero estaba allí el bravo jefe del cuerpo, coronel Calaza, quien se lanzó detrás del caído y con un valor extraordinario salvó a su oficial.

Aplaudamos cada vez que pase corriendo por las calles el valiente cuerpo de bomberos. Van a salvar a sus semejantes de la ruina y de la muerte, exponiendo la propia vida.

¡ Bravos !

12. — Durante la gran guerra.

En la huerta situada no lejos de la línea de fuego, una pobre vieja, débil, sin fuerzas, trabaja con la azada que introduce con dificultad en la tierra.

« ¡ Páseme eso, buena mujer ! » — dice un mocetón barbudo que cruza por el camino. — « Esa herramienta me conoce. »

Un cuarto de hora después el pequeño cuadrado de terreno está perfectamente removido. Entonces, sin dejar de trabajar, el bravo soldado explica :

— « Para que produzca bien es necesario remover profundamente la tierra », — y agrega :

— « Páseme usted sus plantitas; yo se las voy a trasplantar. »

La vieja, sonriente, se las pasa y pregunta :

— ¡ Usted es jardinero, acaso ?

— No, yo soy maestro, — responde sencillamente el hombre de la barba.

13. — Vacúnate.

I

En los vidrios delanteros de los tranvías, en los trenes y en las paredes de las calles de la ciudad, se lee este aviso :

« *Vacúnese usted. Haga vacunar a los suyos. La viruela existe por culpa exclusiva de los que no se vacunan. Los niños deben vacunarse antes de cumplir los tres meses. Los adultos, cada diez años.* »

Esa horrible enfermedad, repugnante y a menudo mortal, que hacía estragos donde se presentaba, ha sido hoy dominada gracias al feliz descubrimiento de Jenner : la vacuna.

Las espantosas epidemias que antes asolaban las poblaciones, sólo pueden producirse ahora por culpa de las autoridades y de la ignorancia de las gentes. Por eso, en la mayor parte de los países civilizados la vacunación es obligatoria, y es tanto más imperdonable en los particulares el resistirse a ser vacunados, cuanto que la operación ni es dolorosa, ni ofrece peligro alguno.

El que no se vacuna conspira contra sí mismo y contra la salud y la vida de los demás.

Los efectos de la vacuna sólo duran cierto tiempo; por eso debe repetirse cada diez años, y si se quieren extremar las precauciones es preferible vacunarse cada siete.

II

El descubrimiento de la vacuna se debe a un médico inglés, Jenner. En 1777 una terrible epidemia de viruela se había desarrollado en Inglaterra. Jenner observó que

a los campesinos que tenían en las manos ciertos granos contagiados de las vacas que ordeñaban, no les atacaba la viruela. Atando cabos, pensó que si los que por accidente casual se inoculaban adquirían inmunidad, lo mismo podría obtenerse haciendo ex profeso la inoculación. Se le ocurrió inocular a un niño, llamado Phipps, el pus de los granos que una sirvienta, Sara Helms, había adquirido ordeñando vacas; el resultado fué que se produjo una erupción en los puntos en que la criatura había sido inoculada. Pasados tres meses, se decidió a inocularle directamente la viruela produciéndose el maravilloso efecto: la viruela no prendió. Jenner continuó sus experimentos y veinte años después, en 1796, publicó sus ya bien seguros resultados. Desde entonces la vacunación empezó a extenderse en todos los países civilizados.

III

En Enero de 1902 hubo en Nueva York 190 casos de viruela. Alarmadas las autoridades, dispusieron que 200 vacunadores acudieran a todas partes, y en seis meses inmunizaron ochocientas mil personas. En Diciembre de ese mismo año sólo hubo 9 casos de viruela. En las circulares se pedía a los ciudadanos no vacunados que tuvieran « la bondad de prestar su brazo a la ciudad durante uno o dos minutos nada más », para ser inoculados. Los « oficiales de la salud », que así se llamaba a los vacunadores, sabían que cada brazo prestado con aquel propósito era más útil, para la protección del hombre mismo y de la ciudad, que si cargase un fusil para tirar contra un enemigo visible.

La verdad es, dice Guliek Jewett, que en cada ciudad el enemigo invisible puede hacer mayor daño que el enemigo visible; y el caso de la viruela, el brazo de un

niño es tan fuerte para la defensa como el del hombre más robusto.

En Alemania, entre 1870 y 1871, hubo 162.000 víctimas de la viruela, y en 1910 sólo 34, en su mayoría extranjeros.

¡Vacúñate, niño! Y aconseja lo mismo a todos los que te rodean. Las ciudades que todavía tengan epidemia de viruela no merecen figurar en la lista de las poblaciones civilizadas. Contribuye tú también a evitar esa vergüenza al pueblo en que habitas.

14. — El Trabajo.

(*Fragmentos*)

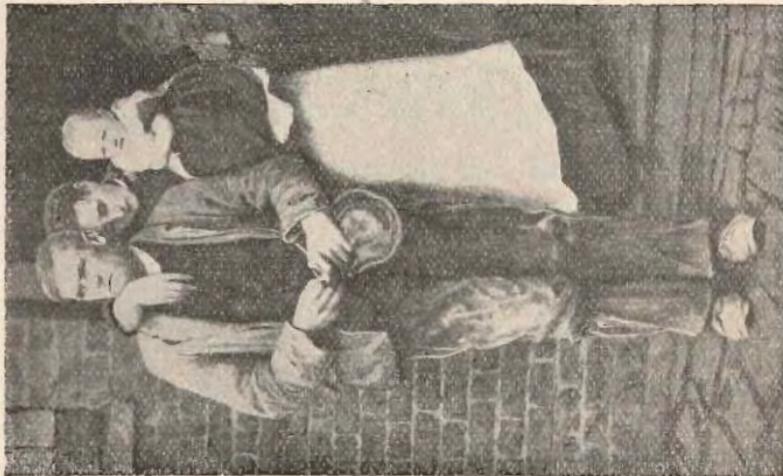
El trabajo es ley forzosa,
Todos los hombres obreros,
Éste que guía un rebaño,
Aquél que gobierna un pueblo;

Lo mismo el que ara la tierra
Que el que interroga a los cielos;
El que piensa, y el que imprime
En el libro el pensamiento.

¡Bendito el trabajo sea,
Fuente de paz y consuelo,
Nobleza de los humildes
Y de los malvados freno!

Él dió a conocer a Newton
Las leyes del firmamento,
Y la carrera del globo
Al insigne Galileo.

15. — Contraste. — Con y sin trabajo.



Temas de composición oral o escrita.

Él dió a Gutenberg la idea
De inmortalizar el *verbo*,
Y entregó a Franklin el rayo
Y a Colón un mundo nuevo;

Y él, en fin, prestando fuerza,
Constancia y luz a los genios,
Levantó las catedrales,
Dictóle estrofas a Homero,

Esculpió el mármol con Fidias,
Pulsó la lira de Orfeo,
Con Velázquez pintó al hombre,
Y con Murillo los cielos.

VELARDE.

16. — Mi maestra.

¡ Qué linda y cariñosa es mi maestra ! Es linda porque es buena.

Yo sé a qué horas dobla la esquina de mi casa cuando se encamina a la escuela. Casi siempre la espero para verla y seguir a su lado tomándola de las manos.

Tiene un andar inconfundible. Me parece que así debían caminar las princesitas buenas de los cuentos de mi abuelita.

Vestida siempre con sencillez y buen gusto, jamás usa colores chillones, ni adornos excesivos. Se llama Margarita. Avanza sonriendo con afecto a todos los niños que a su paso encuentra. ¡ Cómo me gusta sentir sobre mí la caricia de sus ojos que miran dulcemente, y gozar del encanto de su palabra ! Tiene una voz melodiosa, musical, pero la levanta mucho cuando se entusiasma explicando, y eso sucede tan a menudo que a veces sufre de la garganta. « Es por mis chicos », dice, « no me importa ».

El otro día sucedió una cosa linda. Vino el inspector, que es un señor muy amable. Cuando examina nuestros trabajos no busca sólo las faltas, sino también las cosas buenas, y éstas las elogia de modo que todos oigan.

No bien entró en nuestra clase nos dijo con una expresión que parecía la de un papá hablando, alegre, con sus hijos :

— Chicos, ¡saben ustedes a qué vengo hoy?... A darle un reto a la maestra, en presencia de ustedes...

— Sí... ¡Cómo no!... ¡Mañana!... prorrumpió espontáneamente Jorge, y en seguida, abochornado, ocultó el rostro entre las manos.

— Sí, prosiguió, risueño, el inspector, vengo a darle un reto porque los quiere demasiado a ustedes, y por eso se olvida de ella misma. Desde la otra sala estuve oyendo su voz, que levanta, sin darse cuenta de que puede hablar más bajo y ser mejor atendida, sin lastimar su laringe. Con el tiempo será una enferma crónica. ¡Les gustaría eso a ustedes?

— ¡Oh, no señor! — dijeron muchos, mirando primero a la señorita y después al inspector.

— Entonces, escúchenme: vamos a armar una conspiración permanente contra ella. Cada vez que hable muy alto sin necesidad, uno de ustedes dígale sin miedo : « Señorita, señorita, no nos eche a perder su linda voz, que así nos gusta! »

— ¡Me prometen hacerlo?... ¡Sí?... Bueno; ahora me retiro. Sólo entré para esto. Cuiden a su maestra, chicos, y ¡hasta pronto!

La señorita apenas tuvo tiempo para decirle : ¡gracias! y ya el simpático inspector estaba en el patio.

¡Oh, querida maestra mía! ¡Cómo la conocen en seguida todos los que la observan!

Quiero contar otra cosa de ella.

Siempre tiene un ramito de flores en el pecho; pero al retirarse cada día de la escuela, suele, por turnos, regalarlas a las niñas.

En la clase hay una alumna de color moreno, muy pequeña y enfermiza, pobramente vestida, pero limpia, y que suele contemplar con expresión de tristeza a sus compañeras más robustas y afortunadas. Se llama Margarita, como la maestra. Se sienta junto a una hermosa criatura de cabellos ensortijados y rubios, de familia pudiente y que la trata siempre con cariño, como todas, porque Margarita es buena y muestra gran empeño por aprender.

Hace pocos días empezamos a escribir con tinta, y ayer, en un descuido, a Margarita cayósele un borrón sobre el cuaderno.

Afligida, lloró; entonces la maestra, tomándola en sus brazos, la puso en pie sobre el primer banco, arrancóse el ramito que en el pecho tenía y, colocándolo entre los cabellos de la criatura, exclamó :

— ¡ Miren qué rica está mi chiquita !

Nosotros aplaudimos, aplaudimos, y ella, mi maestra linda y buena, poniendo el índice sobre sus labios, dijo con gracia :

— ¡ Chitón, barulleras, que puede oír la directora !

17. — Recuerda y medita.

1. No hay ganancia más cierta que el ahorro.
2. Resuélvete a no ser pobre. Sean cuales fueren tus entradas, que tus gastos sean menores.
3. Miremos el ahorro como a una vieja tía que ha de dejarnos una herencia.

18. — ¡Qué buena idea!

¡Oh, qué buena idea tuvo mi hermana Julia!

Con frecuencia mamá y papá invitan personas a su mesa, y después de la comida hacemos música, cantamos, o simplemente conversamos, pasando así ratos muy agradables. A veces se baila también un momento; pero no a la moda, ¡eh! es decir, no en esa forma parecida a lo que llaman tango. ¡Qué cosa tan chocante, de mal gusto! Ni papá ni mamá consentirían nunca que en casa se bailara de semejante manera.

Y bien: hace días, a Julia se le ocurrió decir:

— Mamá, ¿por qué no invitás nunca a la maestra? ¡Es tan buena! Y además, es mi maestra, mi segunda madre, como tú misma dices cuando me recomiendas que la respete mucho. ¿No crees que merece tanto como cualquiera de tus invitados venir a pasar un rato con nosotros?

— ¡Pero es claro que sí, querida! — contestó mamá, y agregó: — ¡Qué cosa extraña! ¿Por qué no se nos ocurrió eso antes?... Has tenido una idea feliz, hija mía. ¡No te parece a ti lo mismo, Ricardo?

— ¡Naturalmente! — respondió papá.

— Entonces mañana mismo la invito, ¡eh, mamita?

Así lo hizo Julia, y ayer tuvimos el placer de recibir su primera visita. ¡Qué contentos estuvimos todos! Fué tan interesante, tan agradable su conversación sencilla e ilustrada, que cuando se levantó para despedirse, Julia dijo:

— Quédese otro momento, señorita, ¿quiere?... Mamita, ¡pídele que no se vaya todavía!

Ella accedió visiblemente satisfecha...

Mi hermanito Jorge, que tiene 6 años de edad, encantado de las maneras afectuosas de la maestra, exclamó :

— Yo también quiero ir a su clase desde mañana.

Pero papá no es partidario de que los niños vayan a la escuela antes de los 7 años. A mí me mandaron a los 8. Y la señorita dijo que papá tenía mucha razón; que por diversos motivos era preferible no empezar antes de los 7 años; aparte de otras ventajas, aprenden con más conciencia, adquieran mejores hábitos, aman después más el estudio.

— Bueno, entonces venga seguido, señorita, — protrumpió otra vez Jorge, cuando la maestra se retiraba.

— Sí, querido, con mucho gusto.

Todos la acompañamos hasta la puerta de calle y ella, al llegar a la esquina, miró otra vez hacia casa y saludó. Jorge, que había permanecido en la acera viéndola alejarse, le envió un beso con la mano.

19. — La conciencia y el « qué dirán ».

UN PROBLEMA DE MORAL

Esta mañana, en la clase de « lectura libre », Margarita dió a conocer el contenido de un recorte de diario que decía más o menos así :

La Caridad.

— Hija mía, nunca ejerzas la caridad en público. La limosna que se da con una mano debe quedar ignorada para la otra.

— ¡ Nunca, padre mío ?

— ¡ Nunca ! Ésa es la caridad verdadera.

Así le decía a la bellísima Angelina su virtuoso consejero.

Cierto día hallábase Angelina en el jardín del palacio del millonario X... rodeada de otras damas y de multi-

tud de jóvenes, cuando se acercó a la verja una mujer demacrada y vestida de harapos, que conducía a dos niños pequeños y quien con voz de suprema necesidad dijo:

— Señores, me muero de hambre y estos niños también. ¡Dadme una limosna para comprarles pan!

La elegante concurrencia permaneció indiferente, y alguno de los jóvenes exclamó en tono desabrido :

— ¡Perdone y márchese!

Angelina sentía deseos de socorrer a la pobre madre, pero no se decidía. Había sacado de su bolsillo varias monedas con ánimo de entregárselas y las ocultaba en la mano. Para dar aquella limosna necesitaba levantarse, pasar por entre varios jóvenes y luego, a la vista de todos, llamando la atención general, hacer entrega del dinero a la mendiga. No era posible contravenir con mayor escándalo los sanos consejos.

Entretanto, la pobre mujer volvió a exclamar tristemente :

— ¡Ah, señores, por amor de Dios, socorran a estos niños!

Angelina, impulsada por su corazón generoso, hizo un esfuerzo, se levantó y dirigióse a la verja; pero antes de llegar vaciló y se detuvo avergonzada de que todos la vieran y la creyeran vanidosa.

Entretanto, la infeliz madre, perdida toda esperanza, se alejaba ya, triste y llorosa.

Angelina, entonces, sintió remordimiento y honda pena.

¡Habré hecho bien, pensaba, en no socorrer a esos pobrecitos por el temor de que me viesen? Y si he hecho bien, ¿por qué me acusa la conciencia?

— ¿Qué opinan ustedes? — dijo la maestra, cuando Margarita hubo terminado la lectura.

20. — Pequeñas mentiras.

El niño que, debiendo contar hasta cien para dar a los otros el tiempo de esconderse, *se come la mitad de los números* para andar más ligero; el alumno que, antes de entregar su deber, dirige una mirada furtiva al de su vecino; el adolescente que disimula una ligera desobediencia, una escapada poco grave en sí misma; el padre de familia que, volviendo de Bélgica con tabaco bajo su chaleco, responde al aduanero que nada tiene para declarar; la madre que, por ahorrar medio boleto, atribuye siete años menos un día a su varoncito o a su niña cuyos siete años cumplieron ayer; todas estas personas no cometan actos criminales; pero carecen, sin embargo, de probidad.

Las pequeñas mentiras, las pequeñas faltas de probidad, debilitan poco a poco la delicadeza moral y llevan por grados a cometer actos mucho menos inofensivos.

M. BOUCHOB.

21. — El entierro de María Elena.

¡Pobrecita! Tenía apenas cuatro años y medio.

Sana, fuerte, murió de una manera inesperada y violenta.

Había salido con la niñera para ir a una tienda inmediata a la casa en que vivía. Al llegar a la esquina, la simpática criatura, vivaracha y traviesa, se desprendió de pronto de la niñera y se lanzó corriendo para cruzar la calle Callao. Precisamente en ese momento pasaba a escape un carro que el cochero no tuvo tiempo de contener. María Elena dió un grito agudísimo y cayó derribada por los fogosos caballos. Las ruedas del coche pasaron por sobre la infeliz criatura, que expiró pocas horas después.



22. — Temas de composición oral o escrita.



Renuncio a describiros la desesperación de sus padres y de sus hermanas, que la adoraban. María Elena era la menor y la mimada de la familia.

Como la casa está en la calle General Guido, a muy poca distancia del Cementerio de la Recoleta, fué conducida a pulso. ¡Y qué escena conmovedora presencié!

Marchaba delante un bonito coche fúnebre de colores claros y plumeros blancos, blancos. Iba cubierto de coronas, casi todas blancas también. Muchas eran de flores naturales.

El carroje avanzaba lentamente. Detrás de él, el padre, el hermano mayor y algunos amigos íntimos, conducían el pequeño ataúd. Seguían muchos señores que caminaban en silencio.

Pero lo que me impresionó profundamente, fué un grupo de numerosos chiquillos del barrio que habían acudido y formaban parte del triste cortejo.

Entre temerosos y llenos de curiosidad, trataban de acercarse todo lo posible al ataúd y al carroje.

Los había de todas las edades y de todos los aspectos. Bien vestiditos unos, calzados y teniendo en la mano sus gorras con visera; descalzos, sin sombrero, harapientos los más, ¡pobrecitos!, los hijos de humildes obreros, algunos sin padre o sin madre tal vez.

Un negrito de ojos expresivos y que no tendría más de cinco años de edad, llevaba en la mano una rosa blanca que contrastaba con el color de su piel, y una chica rubia, muy rubia, con la cara llena de pecas, un ramo grande de aromas y violetas, atadas con una cinta amarilla de raso.

Y hablaban unos con otros.

— Yo la conocía mucho. Todos los días venía al almacén de mi papá con la mucama, — exclamaba un chiquillo.

— Yo también la conocía, — contestó una niña con carita de enferma, pálida, vestida pobremente, pero muy limpita, y que daba la mano a su mamá, que es planchadora. Y agregó: Se llamaba María Elena. Lo sé porque muchas veces yo saltaba a la cuerda con ella, cuando me hacía entrar en su casa. ¡Era mi amiga!

— También era amiga mía, — dijo otra: — y yo la quería mucho porque siempre me daba caramelos, y una vez me regaló una muñequita, cuando a ella le compraron otra más grande que cierra y abre los ojos.

— ¡Pobrecita! Dicen que el coche le rompió las dos piernas, y uno de los caballos la pisó en el pecho. Por eso se murió, — exclamaba un muchacho de 8 años.

— Pero en la cara no tenía nada, — observó otra. — Estaba linda como siempre. Parecía viva. Su casa está al lado de la mía, y mamá me llevó.

Cuando, llegados al cementerio, los sepultureros se disponían a poner el ataúd en el nicho, los chicos se agruparon, y entonces vi al negrito avanzar por entre todos, llegar tembloroso hasta el cajón y arrojar sobre éste la rosa blanca que traía. Me pareció que abría la boca para decir algo, ¡adiós! quizá; pero no pudo. Se le anudó la voz en la garganta. Iba a llorar.

El padre de Elena vió la escena y me dijo, entonces, sollozando:

— Es el hijo de la cocinera: mi querida hijita le tenía mucho cariño. Siempre nos pedía para él trajecitos usados de su hermano y ella misma se los entregaba, a veces junto con dulces de los que le servíamos en la mesa.

Quise hacerle una caricia al agradecido negrito, pero no pude. Se había alejado y estaba llorando, solo, apoyado contra el tronco de un árbol.

Yo volví pronto a casa. Tenía grandes deseos de ver a mis hijitas. Cuando las tuve a mi lado, sentí necesidad de estrecharlas a todas en un solo abrazo y conservarlas siempre así.

— ¿Por qué lloras, papá? — me preguntó Haydée.

— No lo sé, mi hijita.

23. — Habil sentencia.

El último Presidente que tuvo la República Sud-Africana del Trasvaal se llamaba Krüger, y era tan justiciero y bondadoso que sus conciudadanos lo adoraban. Lo consideraban como el padre de una gran familia y a su decisión, como juez, sometían a menudo hasta las querellas domésticas y los conflictos de intereses. He aquí un caso contado por un diario de París, para mostrar cuán merecida era la confianza que todos depositaban en su rectitud y sabiduría.

« Un día, dos vecinos y parientes le eligieron como *árbitro*. Se trataba de repartir entre ambos un bien del que tenían la propiedad indivisa, y no lograban ponerse de acuerdo respecto de la proporción que a cada uno debía corresponderle. El Presidente Krüger, sentado bajo el cobertizo de su casita y lanzando al cielo nubes de humo, escuchaba silenciosamente sus quejas. Los contendientes se excitaban, cambian palabras agrias, la discusión se envenena. De pronto, Krüger, los interrumpe :

— Tú dividirás la propiedad en dos partes y como te parezca mejor.

Y al otro litigante le dice :

— Y tú tomarás de esas dos partes la que más te convenga.

¿Qué opináis, niños, de este fallo?

24. — Soportemos el mal humor de nuestros padres.

Lamprocles dijo a su padre Sócrates : — Es cierto que mi madre ha hecho mil cosas por mí; pero *ella es de un humor tan desagradable* que nadie podría soportarla.

— Y tú, hijo mío, — respondió Sócrates, — ¿crees que desde tu infancia has sido siempre agradable a tu madre?

— ¡No ha tenido ella mil disgustos, cuidándote día y noche! Despues de eso, ¿puedes suponer que no te ama?

— Ciertamente, ella me ama, — dijo Lamprocles.

— Tú sabes que tu madre te ama, — respondió entonces Sócrates; — tú sabes que si te enfermas ella pasa sus días y sus noches cuidándote; y, sin embargo, tú osas quejarte de su humor. ¡Oh, hijo mío, si eres juicioso, cambiarías de sentimientos! Si los demás hombres conocieran tu ingratitud para con tu madre, todos te despreciarían y no tendrías un amigo. ¡Cómo podrías amar a tus amigos, si no amas a tu propia madre?

25. — Estudia, y juega también.

Poco después de ingresar en la escuela, captóse Rosita las simpatías generales por su carácter bondadoso y sus maneras humildes; pero tenía un aire entrustecido y no tomaba parte en los juegos durante los recreos, sino que los pasaba leyendo o quieta en un costado del patio.

La Directora, advertida de ello, le recomendó un día que jugara como las demás, y tomándole el libro que leía le dijo dulcemente :

— Estudiar es muy bueno y necesario. Tú eres una niña aplicada y gracias a ello serás útil a tu familia y a ti misma; pero cada cosa a su tiempo. Los recreos son para descanso de la mente y para hacer un poco de ejercicio que, agregado al de las lecciones y juegos especiales, satisface otras necesidades del ser humano.

Le acarició la mejilla y agregó :

— Créelo Rosita, y dame el gusto de seguir mi consejo. Ten tus horas de estudio invariablemente; pero también tenlas, y respéntalas, para dar al cuerpo el movimiento, el ejercicio diario, frecuente, de que ha menester para desarrollarse bien, sobre todo a tu edad. Si el organismo es torpe y débil y la salud no es completa, no sólo sufrirás físicamente; padecerá también tu inteligencia, aprenderás menos y con mayor esfuerzo y no podrás tampoco sacar todo el provecho posible de tus conocimientos. Te faltará energía y placer para el trabajo. Serás menos útil y menos feliz que quien como tú sea buena, como tú aplicada, pero además alegre, decidida, entusiasta, a consecuencia de la mayor salud y vigor físicos.

Juega, ejercítate, entonces; pero al aire libre; nunca en lugar cerrado; y procura que tus hermanitos hagan lo mismo. Ustedes no viven lejos de la plaza, donde hay lugar para los juegos. Aprovéchenlo. ¿Me lo prometes?

— ¡Oh, sí, señorita! Y gracias.

Pocos días después, la maestra llegó a saber que los padres de la simpática niña, gente pobre y bondadosa, pero ignorante, creyendo hacer un bien y ganar tiempo, la incitaban a estudiar y estudiar hasta de noche y con mala luz y aire insuficiente.

Entonces la Directora les escribió una carta amable invitándolos a pasar por la escuela. Cuando la madre

llegó, supo hablarle en tal forma, sin herir su delicadeza, revelando interesarse tan sinceramente por el porvenir de Rosita, que la buena señora, con efusión de conveniencia, prometió no olvidar las indicaciones de la maestra. Esta la condujo al grado en que estaba la niña y, así, asistió un momento a la lección durante la cual Rosita fué interrogada dos veces. Contestó con acierto, pero con voz ligeramente temblorosa.

— Muy bien, muy bien, Rosita, — dijo la maestra; y volviéndose hacia la madre, que se había puesto colorada, agregó :

— Estamos muy contentas, señora, de la aplicación y conducta de su hijita. Y todas aquí la queremos mucho

Las alumnas miraron a la compañera con una sonrisa expresiva de aprobación.

La buena señora, emocionada, sólo acertó a decir :

— ¡ Oh, gracias, gracias !

Ya en la puerta de calle, hasta donde la acompañó la Directora, le preguntó tímidamente :

— ¡ Permite usted que vuelva otro día con mi marido ?

— ¡ Ya lo creo que sí, con mucho gusto !

— Bueno, vendremos; pero dígale a él lo que a mí me ha dicho respecto a la chica, ¡ eh ! Que la deje jugar, que la deje ir a tomar aire y sol todos los días. Porque... usted sabe... él...

— ¡ Oh, sí señora, comprendo, comprendo ! Trataré de convencerlo a él también, y no será difícil. Adiós, señora, y vuelva cuando guste.

26. — Tened orden.

El orden es inteligencia, claridad, belleza.

Aunque la habitación sea tan modesta y pequeña como queráis, el orden introduce en ella algo de bueno y sonriente que calma el corazón y lo atrae.

Los surcos bien trazados, los campos bien tenidos, proclaman la gloria del labrador, en tanto que los trozos de tierra revueltos como quiera e invadidos por la mala yerba, son objeto de la burla, de la cizaña y el cardo.

La mesa en que se trabaja, el banco en que se asierra y acepilla, la fragua del herrero, la cocina de la cocinera, *todos los lugares en los que el hombre descansa y trabaja, hablan de él y hacen su elogio o su vergüenza.*

¡Qué agradable es ver una mesa bien arreglada! Diez veces más objetos ocupan diez veces menos lugar que sobre un escritorio en desorden, en el cual es necesario retirar cada cuaderno, cada carta y cada nota de debajo de un cúmulo de papeluchos. Todos los objetos bien arreglados hablan de orden, de armonía, de labor tranquila y de cuidado.

Tened orden, entonces, y haced que reine en todas partes: de tal suerte, si vuestra pieza o vuestra casa hablan de vosotros, sólo lo harán en vuestro elogio.

CH. WAGNER.

27. — El Negro, la Negra y el Coco.

I

Así empezaron a llamarles desde pequeños, y ahora, si se pregunta al padre o a la madre cuál es el nombre de cualquiera de sus tres hijos, tienen que pensar un momento antes de recordarlo.

Son tres hermanos que me inspiran la mayor simpatía por sus cualidades. Los conozco bien porque, siendo yo muy amigo del padre, frequento mucho la casa. Son buenos como hijos y excelentes como estudiantes.

No son lo que se suele llamar unos « santitos », niños que en la escuela apenas dan señales de vida y siempre están quietos con los brazos cruzados; que hablan poco y no preguntan nada, y si un compañero les molesta no se quejan y hasta son capaces de dejarse pegar sin mayor protesta. Si así fueran mis tres personajes, por cierto que no despertarían mi afecto. Les tendría lástima; les consideraría como enfermos y buscaría los medios de curarlos. Les incitaría a moverse, a jugar, a ocuparse como los demás.

Un niño sano es alegre y activo; le gusta correr, saltar, reír. Es curioso; observa lo que pasa a su alrededor; quiere explicarse las cosas.

Así son el Negro, la Negra y el Coco.

Ella es la mayor. Lee mucho y a veces hace unas preguntas que ni el padre ni la maestra pueden contestar en seguida sin consultar sus libros o pensarla un poco.

El primer día que el padre no pudo sacarla de dudas en el acto, se quedó asombrada. El padre le contestó sencillamente :

— ¡No sé hija mía! Pero vamos a informarnos. Aprenderemos juntos.

La Negra comprendió más tarde que es imposible conocerlo todo y que lo importante es saber cómo se averigua una cosa cuando interesa no ignorarla. Y así aprendió a buscar ella misma en los libros, o preguntando u observando lo que sucede a su alrededor si se trata de hechos que puede apreciar o experimentar directamente.

Lo mismo ocurre con el Negro y el Coco, si bien este último lee y pregunta menos, pero juega más. ¡Naturalmente! Es el menor y el mimado de la casa.

Cuando interrogan al padre respecto del significado de una palabra, generalmente les contesta lo que también suele decirle al Negro su maestro :

— Ahí está el diccionario, amigo. ¡Busque!
Y allá van al diccionario.

II

La Negra se llama Clemencia. Tiene un amor propio tal vez excesivo, pero eso es mejor que no tener ninguno.

Hace tiempo, por haber cambiado de domicilio, tuvo que pasar a otra escuela, a mitad de año. Había sido la primera en su clase, y en su libreta semanal llevaba siempre las notas más altas. En la nueva escuela las cosas cambiaron. La inscribieron en una sección inferior a la que ya había ocupado.

— Señorita, yo puedo estar en una sección más adelantada. Examíneme otra vez, ¿quiere?

La maestra no pudo atenderla ese día y una niña, llamada Petrona y de cara antipática, dijo a Clemencia, al salir al recreo :

— ¡Desgraciada! ¿Crees que te van a pasar a la sección superior?... ¡Cómo no!...

Clemencia volvió ese día a su casa muy afligida.

— Papá, tienes que ir a la escuela para hablarle a la señorita y decirle que yo estudio, que he sido la primera en mi clase y que no quiero perder el año.

El padre logró, no sin trabajo, tranquilizarla, diciéndole que esperase un tiempo; que la maestra no tardaría en conocerla y en hacerle justicia sin que él fuese a molestarla.

Y así ocurrió; a los quince días, ya la habían pasado a la sección adelantada, y a fin de año, al hacerse el promedio de las clasificaciones, resultó la segunda de la clase.

Petrona, con la cual Clemencia evitaba toda discusión, le dijo otra vez, con sorna, durante el recreo :

— Alicia es la primera en tu clase.

Creyó que la haría sufrir; pero Clemencia contestó sonriendo :

— Claro, porque es muy buena y más inteligente que yo.

Y fué a tomarse del brazo de Alicia que pasaba en ese momento.

Clemencia tiene mucho amor propio; pero es justiciera y no es envidiosa. Y se juzga y se critica a sí misma sin pasión. He aquí un ejemplo :

Como lee tanto y es tan observadora y tiene gran facilidad para expresarse, a veces, en la mesa o en la sala, habiendo visitas, tomaba la palabra y hablaba, hablaba... Pero el padre o la madre la miraban de cierto modo y entonces se interrumpía y ella misma solía criticarse diciendo :

— ¡Ya fuí doctora!... ; Me corregiré, me corregiré!

Y se ha corregido. Ella quiere saber mucho; pero no quiere ser pedante, ni parecerlo. Da gusto escucharle los juiciosos razonamientos que suele hacer.

III

El padre da mensualmente, a los tres hermanos, una cantidad fija para los gastos generales de la escuela, papel, cuadernos, plumas, lápices, secante, etc. Y ellos deben hacer de modo que les alcance. Si quieren más para otros gastos no indispensables o para ir al biógrafo, comprar algún juguete o dulces, etc., tienen que ganarlo.

Pero ¿cómo pueden ganar dinero si son niños, van a la escuela y no trabajan?

Sí, trabajan. El padre tiene una biblioteca bastante grande. Los libros ocupan muchos estantes. Tiene también una máquina de escribir. Como conviene remover y ventilar los libros de tiempo en tiempo, ese trabajo lo hacen el Negro y el Coco; y el padre les paga una suma por cada estante removido. Gracias a esto el Coco suele decir con demasiada frecuencia:

— Papá, ¿no te parece que ya se están apolillando los libros? Hay que ventilarlos.

La Negra hace copias a máquina de muchos de los trabajos que escribe el padre, que es médico y profesor, y publica libros y artículos en las revistas.

El Negro lleva al día el catálogo de todos los libros, y eso también le produce beneficios.

— Nosotros mismos « administrámos nuestros haberes », — suele decir Clemencia.

— No, — replica el Negro, — al Coco se los « administra » mamá, para que no se arruine.

Y se ríen maliciosamente, porque saben que el Coco se gasta su dinero en chucherías de a cinco centavos y que la madre, que lo mimá, repone de su bolsillo lo gastado.

— Es que el Negro es un avaro, — contesta el Coco. ¡Guarda cinco centavos! Y papá dice que no se debe ser avaro.

— Yo no soy avaro. Gasto en lo necesario. No tiro el dinero en lo *superfluo*.

— Mamá, ¿qué es un *superfluo*? Yo nunca he comprado un *superfluo*, ¡verdad?

El Negro y la Negra se ríen, y la madre explica a Coco lo que no sabe.

— No hay que olvidar, — dice el Negro sentenciosa-



28. — Tema de composición oral o escrita.

mente, pero en broma, que los *pocos* sumados forman los *muchos*. Yo no derrocho. Economizo.

Y la Negra, que ha leído también algo sobre el ahorro, agrega con cierto aire de maestrita :

— *¡Cuida los centavos, que los pesos se cuidan solos!*

Entre las muchas buenas cualidades que tienen mis tres personajes, no falta una de las principales, la que tanto me gusta : son incapaces de mentir.

29. — Caridad de pobre.

Sopla el viento helado de un día terrible de invierno. En el camino, un abrigo se levanta y en él se ofrece sopa caliente al desgraciado que pasa.

Una mujer muy anciana que durante largo rato estuvo esperando su turno, se sienta por fin y es servida. Antes de tocar su porción, advierte que un obrero joven y robusto, sentado junto a ella, devora ya la suya con una avidez que denuncia a un ser hambriento. Inmediatamente empuja su parte hacia el lado del obrero y le dice :

— Yo me siento sin apetito; ¿quiere usted comer esto?

El obrero acepta. Pero alguien lo ha visto todo. A la salida, llama aparte a la viejecita y le dice :

— ¿Entonces, usted no tiene hambre?

— ¡Oh, sí! — responde ella ruborizándose; — pero yo soy vieja y puedo soportarlo; y ese pobre joven tenía más necesidad que yo.

C. WAGNER.

30. — Recuerda y medita.

Di siempre estrictamente la verdad, pero dila de una manera agradable. La verdad es la pintura; la manera de expresarla es el marco que la exhibe ventajosamente.

31. — Abuelita, ¿qué horas son?

La querida viejecita se pasaba todo el día pensativa y silenciosa, recostada en el sillón; blanco el rostro y el cabello y el batón que la vestía, semejaba una escultura puesta en la melancolía de un rincón del comedor.

Sus tres nietos, los risueños, los alegres angelitos, angelitos con las caras más espléndidas que el sol, ellos solos la llenaban de placeres infinitos cuando, en torno de la silla, la aturdían con sus gritos :

Abuelita... ¿qué horas son?

Todas, todas las mañanas al regreso de la escuela, cuando el golpe acompasado se escuchaba del reloj, los hermosos nietecitos, con su paso de gacela, se acercaban y de pronto le gritaban a la abuela :

Abuelita... ¿qué horas son?

Y a la tarde y a la noche siempre el mismo movimiento, siempre el mismo ruido hacían de la abuela en derredor, y la buena viejecita no escondía su contento cada vez que los tres niños levantaban el acento :

Abuelita... ¿qué horas son?

.....

Hoy he visto a los tres niños que con luto en el vestido se entregaban a sus juegos en el mismo comedor : y jugaban como siempre aquel juego repetido, y cantaron como antes... pero no escuchó mi oído :

Abuelita... ¿qué horas son?

Y apartándose, de pronto, el mayor de los hermanos se marchó hacia el rinconcito del oscuro corredor; y al mirarlo tan vacío, tan igual a los arcanos, al reloj alzó sus ojos y, juntando las dos manos, Sollozó junto al sillón...

C. ORESTE.

32. — La alimentación.

I. — CÓMO SE DEBE COMER

Mi tío Pablo suele decir que la mayor parte de los dolores y enfermedades que afligen a la humanidad son consecuencia de la falta de respeto a las reglas de la higiene. A menudo, a mí mismo, cuando me sorprende en alguna infracción, me incita a conversar y me aconseja con calor. Así ocurrió por ejemplo, ayer, después de haber almorcado con nosotros.

— Manuelito, — me dijo, — creo que te preparas una vida de sinsabores y que acortas tu existencia.

— Pero si recién empiezo a vivir...

— Pues por eso. Pones a tu organismo físico malos cimientos que disminuirán su resistencia. Y adquieres hábitos malos que perjudicarán tu salud.

— ¿Por qué dices eso, tío Pablo?

— Por tu manera de comer. Te he observado varias veces. Tragas, tragas, sin medida, apresurado, sin masticar, y comes tanto a medio día como de noche y no te preocupas de la que comes.

— ¡Pero yo nunca he estado enfermo!

— Di que no has estado enfermo *todavía*; pero lo estarás antes de lo que imaginas. Y ahora mismo sueles decir que estás muy pesado en ciertos momentos, que no puedes estudiar, que duermes mal, que tienes pesadillas.

Más de una vez has tenido dolores de cabeza, desarreglos intestinales, pasajeros, sí, pero los has tenido. Repito: si todavía no sufres mucho, sufrirás después. Esto fuera del espectáculo desagradable, antipático, que ofrece el niño glotón.

— Pero tío, usted me ha dicho que cuando niño fué como yo y que continuó siéndolo hasta no hace muchos años: que comía con el libro en la mesa, estudiando, y terminaba en pocos minutos. Y usted tuvo fama de ser uno de los mejores alumnos de su escuela.

— Así es; pero, ¡cuánto me ha perjudicado y me perjudica todavía el no haber sabido a tiempo lo que hoy aconsejo a los demás! Por fortuna, cambié de régimen antes de que la máquina se descompusiera del todo. Y eso que yo no adquirí el vicio del cigarro y sólo he bebido agua como regla general. Y así he podido evitar y evito muchas dolencias y además prolongo mi vida, pues no doy a mi estómago, a mis riñones, a diferentes órganos, trabajos excesivos, ni les envío elementos perturbadores de su buen funcionamiento y de su conservación.

— ¿Es por eso que usted repite que «la humanidad está enferma de tanto comer»?

— De comer mal, sobre todo, sin excluir a la gente muy pobre, aun cuando no coma demasiado.

— Oye, Manuelito; ¿crees tú que cualquiera es capaz de cuidar una simple locomotora, dirigirla, regular la cantidad de carbón o de leña que es menester echarle y el momento en que conviene hacerlo?... No, ¿verdad?... Y tú sabes que quien quiera emplearse como maquinista debe probar sus aptitudes, como debe acreditarlas un motorman o un *chauffeur*. Y con mayor razón si se trata de máquinas o aparatos más importantes que debemos

conocer bien para desarmarlos cuando es menester descubrir por qué andan mal.

Y, sin embargo, existe una máquina mucho más complicada, con trabajos variadísimos y difíciles y de cuyo buen gobierno depende que suframos o seamos felices, que acortemos o prolonguemos nuestra vida; y la descuidamos. Es la máquina humana. De su estudio nos ocupamos muy poco, desgraciadamente, y la manejamos a capricho, a oscuras, tanto en lo que se retiere a la digestión como a las demás funciones.

Reflexiona, reflexiona, hijo mío, y comprenderás cuánto interesa ocuparse seriamente de conocer la propia máquina. Atiende a las enseñanzas que sobre eso te dé tu maestro, estudia las reglas de la higiene, aplícalas, y algún día te felicitarás de haberlo hecho, te lo aseguro.

II. — DEBE MASTICARSE MUCHO

Antes de tragarse conviene masticar mucho, mucho, hasta que lo llevado a la boca sea una masa líquida o casi líquida. De esa manera no se recarga el estómago, ni a los otros órganos, con la función que corresponde a la boca, a los dientes, a las glándulas salivares.

Y debe procederse así no sólo con los alimentos duros y secos como el pan, la carne, el queso; hay que masticar o remover en la boca, para que reciban la acción de la saliva, también los alimentos blandos: los purés, el arroz, las sopas, las cremas, las frutas, etc.

El hábito de no masticar influye, además, desde la niñez, en el incompleto desarrollo de los órganos de la boca, los maxilares, los dientes mismos, la lengua y la faringe, que no alcanzan la resistencia y el vigor suficientes.

por falta de ejercicio. Así se explican, a veces, las caries de los dientes y otros males, como, por ejemplo, las vegetaciones adenoides en la garganta.

— ¡Pero procediendo así tardaremos mucho en levantarnos de la mesa, tío!

— ¡Curiosa salida la tuya! Ciento es: tardaremos diez o quince minutos más. ¡Y qué? Una operación tan importante, de la cual depende la salud y con ella nuestra mayor capacidad para el trabajo, nuestro bienestar material, nuestra alegría y, más tarde, la de nuestros hijos, ¡no merece que le dediquemos el tiempo necesario, cuando lo malgastamos todos los días muchísimo más en cosas insignificantes y hasta nocivas?

Masticando mucho los sólidos y paladeando un momento los líquidos, ingerimos en definitiva menor cantidad de alimentos, pero serán mejor aprovechados, porque la digestión se hará bien; nada se desperdiciará.

— Entonces, tío, ¿puede resultar que se gaste menos en las familias, haciéndose economías aplicables a otras necesidades?

— ¡Claro que sí! Pero aun cuando así no fuera, lo importante es no comprometer la salud, dando un trabajo innecesario al organismo, acelerando su desgaste, envenenando la sangre y provocando todos los malestares, desarreglos y enfermedades, grandes o pequeñas, cuya causa no se nos ocurre.

Un reputado médico norteamericano aconseja que se mastique mucho, mucho. Se llama Fletcher. Otro médico, el doctor A. de Neuville, refiere que el mismo Fletcher experimentó las ventajas de su sistema, aplicándoselo rigurosamente. « A las pocas semanas, dice, fué completamente transformado. Como si hubiese descubierto la

fuente de la juventud, al poco tiempo remozó con robusta lozanía, el talle se adelgazó, perdió bastante de su peso, señalando la báscula 80 kilogramos en vez de 108 que tenía antes. Simultáneamente con el vigor físico, recobró la energía intelectual.

« El cansancio que antes lo abrumaba, cuando era muy grueso, desapareció; sintió una irresistible necesidad de andar, de volver a ocuparse en los deportes; descubrió que ya no era el mismo hombre, que sus fuerzas reconquistadas le devolvían la salud y la juventud, y que al propio tiempo su cerebro se aclaraba; que estaba más dispuesto para los quehaceres; en una palabra, que tenía veinte años menos y podía esperar una nueva vida. Todo esto lo debía a la estricta observancia de sus preceptos, a los que ahora continúa fiel con una tenacidad obstinada, reduciendo considerablemente la cantidad de sus alimentos; pero sin condenarse al vegetarianismo y a la abstinencia ascética, sino utilizando en provecho de la digestión cuanto come o bebe, y no dejando entrar en su estómago ningún alimento que no haya sido masticado en la forma exigida. No queriendo beneficiar con egoísmo de las ventajas de su sistema, lo preconizó en artículos de diarios, revistas y folletos. Empezaron por burlarse de él; después algunos higienistas fijaron su atención en los resultados que obtenía, y por último ellos mismos siguieron sus preceptos.

« El fletcherismo, concluye diciendo el doctor A. de Neuville, tuvo secuaces y hoy cuenta con millones de ellos. »

III. — *¿CUÁNTO SE DEBE COMER?*

Échale a la máquina del ferrocarril más carbón del que necesita y sin descanso; caliéntala al exceso, lo mismo

si debe andar largas distancias a gran velocidad, como cuando ha de andar lentamente o quedarse quieta, y esa máquina se destruirá mucho antes de lo que debiera.

— ¿Y cuánto se debe comer, tío?

— ¡Oh! es difícil darte una respuesta categórica y matemática. En principio, se debe comer hasta sentir satisfecho el natural apetito. No debes sentirte incómodo, pesado, después de la comida. Es preferible que te levantes de la mesa sintiendo que habrías tomado algo más. Si al terminar te sientes incapaz de continuar el trabajo intelectual o corporal, ello es síntoma de haber comido con exceso.

Los niños necesitan comer relativamente más que los adultos, porque se alimentan no sólo para reponer lo que gastan diariamente moviéndose, jugando, estudiando, viviendo, sino también para crecer, puesto que el alimento ingerido se transforma en sangre y después en huesos, músculos y en todo lo que forma el organismo. En esto difiere nuestra máquina de la locomotora. El alimento que a ésta le echamos, carbón o leña, tiene por único objeto producir calor, que, obrando sobre el agua, la convierte en vapor y éste pone en acción las ruedas. La máquina se fabrica aparte con otros materiales.

Los hombres maduros, comen para reponer lo que gastan, para conservarse y seguir trabajando.

El anciano que no hace nada, que gasta poco, sólo necesita mantenerse; por eso debe comer menos que el hombre joven. Y todos los que hacen vida sedentaria deben ingerir menos alimentos que el herrero, el mozo de corral, el albañil, el carpintero, etc., que trabajan rudamente.

— ¿Y, cómo abuelito come más que tú y papá que tienen veinte años menos de edad?

— Sí, come más; pero ¿no recuerdas lo que le decí-

mos todos los días y lo que le advirtió el médico a raíz del ataque repentino que tuvo?

— Que se está suicidando.

— Exactamente. Acorta su vida, aunque él no lo cree. Se derrumbará cuando menos lo espere. Y ahora mismo, ¡cuánto más fuerte y ágil sería, si reprimiese su gula, si tomase alimentos ligeros y muy poca carne!

— ¿Entonces no se debe comer carne?

— No me atrevo a decir que convenga suprimirla por completo. ¡Se discute tanto esta cuestión todavía! Pero me parece indudable que conviene comer poca y dar preferencia a otros alimentos, sobre todo a los vegetales.

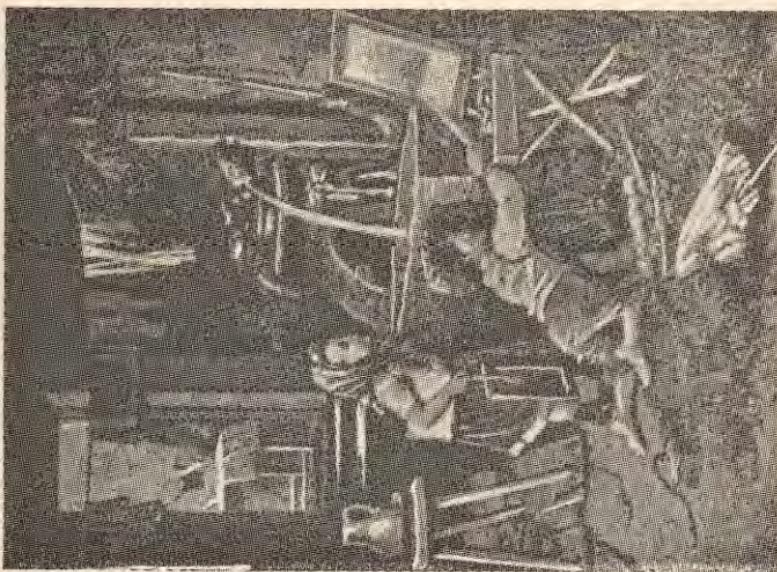
IV. — ALIMENTOS DE ORIGEN ANIMAL

Interesado en los consejos de mi tío, volví a conversar con él sobre el régimen alimenticio y anoté las principales indicaciones que me hizo. Voy a transcribirlas, pues conviene no olvidarlas.

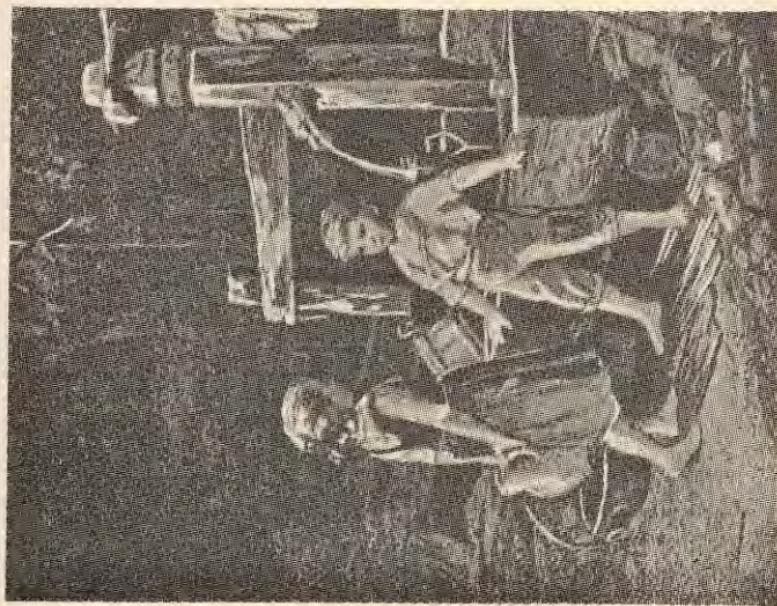
Si se come carne, que sea fresca. Prefiérase asada y de pollo, pavo o pescado. Son las de más fácil digestión. El ganso, el pato, el cerdo (excepto el jamón), la ternera y ciertas carnes como el hígado, los riñones, etc., se digieren menos bien. La caza, sobre todo si no es fresca, no conviene.

Si se come carne de animales enfermos se corre el peligro de adquirir graves enfermedades (tuberculosis, lombriz solitaria, triquinosis). Se aminora el peligro mediante una perfecta cocción.

La leche es un gran alimento, de los más completos; pero si no se está bien seguro de su procedencia, se la debe hervir durante 15 ó 20 minutos al baño-maría, para destruir los peligrosos gérmenes que pueda traer y que



33. — Temas de composición oral o escrita.



proviene de las manos del ordeñador, de las vasijas en que la leche se guarda, de la vaca misma que puede ser enferma, etc.

Para evitar, en lo posible, los peligros, en muchas ciudades se halla establecida la inspección municipal de la leche, como la hay para otros artículos alimenticios, bebidas, medicamentos, etc.

En la ciudad de Rochester murieron, en 1892, mil niños menores de cinco años de edad.

Se estableció ese año la inspección de la leche y la mortalidad fué bajando hasta 700 en 1896. Ese año se fundaron estaciones municipales para el expendio de la leche y la mortalidad infantil descendió a 440.

La leche debe tomarse a pequeños sorbos, paladeándola, y no tragarse directamente como si fuere agua. De lo contrario, se coagula en el estómago en grandes masas, difíciles de digerir. Es un error considerarla como agua; si se toma leche, debe disminuirse proporcionalmente la dosis de otros alimentos.

El queso y la manteca son buenos alimentos; la segunda debe tomarse fresca.

Los huevos constituyen otro buen alimento, considerado por sí solo tan completo como el pan y la leche. Un huevo contiene una cantidad de principios nutritivos correspondientes, poco más o menos, a un bife de 80 gramos, siendo de más fácil digestión. Conviene tomarlos apenas calientes; duros son de digestión más difícil.

Las grasas, aceites, manteca, queso y huevos proporcionan calor a nuestro cuerpo, y por eso también son necesarios, sobre todo cuando hace frío; pero el abuso de ellos origina diversas enfermedades del estómago y del intestino, del hígado y del corazón.

V. — ALIMENTOS VEGETALES

Con los diferentes vegetales puede combinarse un régimen alimenticio suficiente hasta poder prescindir por completo de la carne, si se quiere, evitándose los residuos y las toxinas (venenos que se introducen en la sangre). El caballo y el buey, sólo comen granos y pastos, lo cual no les impide desarrollar una gran fuerza.

Los cereales, especialmente el trigo, el maíz y el arroz, son generalmente la base de nuestra alimentación. La avena también tiene gran valor nutritivo.

El trigo convertido en harina se transforma en múltiples productos, entre los cuales el pan es el primero. Debemos preferir el pan que se fabrica en panaderías que tienen amasadoras mecánicas, pues ofrece más garantías de ser preparado limpiamente. Hay panaderías que para evitar el manoseo, el contacto con las moscas, etcétera, venden el pan metido en bolsitas de papel.

El pan bueno se conoce en que tiene muchos « ojos » y es liviano, de olor agradable, no ácido. La migas es elástica; la corteza adherida a la migas es sonora, de color amarillo gris y no brillante; es más nutritiva que la migas y contiene menos agua.

El pan caliente es indigesto, porque no lo penetran bien los jugos digestivos.

Las semillas de las legumbres proporcionan alimentos que, aparte de su valor nutritivo, suelen ser los más baratos para el pobre. Así son los porotos, habas, garbanzos, arvejas, lentejas, frescas o secas. Secas se las considera indigestas, pero se vuelven más digestibles cociendo las bien.

Son igualmente de general consumo, aun cuando algo menos nutritivas, las hortalizas verdes, espinaca, acelga,

zanahoria, tomate, zapallo, cebolla, etc., que se prestan a ser preparadas de múltiples maneras.

En la preparación de las legumbres conviene evitar el abuso de salsas demasiado cargadas de grasa.

Las frutas en general, naranjas, uvas, manzanas, durracos, tomadas maduras y frescas, son otro alimento excelente y agradable. Ejercen un efecto que en cierto modo atenúa la acción nociva del abuso de la carne.

Podría decirse que contribuyen a desintoxicar (desvenenar) el organismo. Hacen soluble el ácido úrico, que es uno de los venenos, y hasta pueden impedir su formación. Tal vez por eso mismo la naturaleza las ha hecho agradables y los niños las desean.

Muchas personas tienen el hábito excelente de desayunarse con frutas, particularmente con uvas o naranjas.

Las limonadas, jugos y jarabes de frutas son muy sanos, inclusive para los enfermos, salvo casos especiales.

Las frutas aceitosas como la nuez, el maní, las avellanas y almendras, son muy nutritivas y también relativamente pobres en azúcar.

El chocolate, cuya base es el cacao, constituye un alimento muy fuerte y agradable.

Por fin, el azúcar que ingerimos en tantas formas : en dulce, cremas, miel, frutas, leche, té, café, etc., es otro alimento poderoso que produce fuerza y repara la fatiga y la falta de nutrición. Por ignorancia suele creerse perjudicial. Es preferible tomarlo en las bebidas o incorporarlo a los alimentos sólidos, y no puro.

VI. — ALIMENTOS MINERALES Y BEBIDAS

El agua y la sal son dos elementos esenciales de la vida. La primera entra en la composición de nuestro organismo en más del 50 por ciento.

Todos los alimentos que ingerimos llevan agua o sales en mayor o menor proporción. Las sales entran en la formación de los huesos, a los que dan consistencia.

El agua disuelve los alimentos y facilita la eliminación de lo inútil en forma de transpiración, de orina, etc. No conviene tomar mucha junto con las comidas, porque debilita la acción de los jugos digestivos y puede producir dilataciones del estómago; pero sí es ventajoso, en cambio, beberla una vez terminada la digestión, antes de acostarse y por la mañana en ayunas. Puede decirse que el agua buena, tomada así, oportunamente, lava el organismo, eliminando de la sangre sinnúmero de toxinas, que, acumuladas, causan el reumatismo, la nefritis, la diabetes, etc.

En la mesa debe tomarse en pequeñas dosis y no en grandes vasos al terminar la comida.

La mejor y más pura, es la de manantial y la de pozos no contaminados; pero debe estarse seguro de esto. La de lluvia (aljibes) es pobre en sales y puede ser rica en microbios; la peor es la de los ríos pequeños y arroyos que atraviesan poblaciones con fábricas, sin obras de salubridad, etc.

En estos casos, si no se tienen buenos filtros, se la debe hervir; pero como hervida pierde alguno de sus componentes, debe ventilársela antes de beberla. Los filtros han de tenerse constantemente limpios y hervidos con frecuencia al baño-maría.

Donde no se pueda prescindir del uso de aljibes, há-

ganse éstos de paredes bien impermeables, téganse bien limpias las azoteas, no se deje penetrar al pozo la primer agua caída y ventílesela tanto como se pueda antes de beberla, como se hace con la hervida.

El agua debe tomarse fresca, no helada.

En caso de duda, hágase analizar el agua de la fuente (río, lago, pozo, etc.) que va a utilizarse. El aspecto transparente, brillante, de algunas aguas, no es prueba cierta de su pureza.

En una ciudad norteamericana, Cleveland, murieron en 1904 de fiebre tifoidea 45 personas en febrero, 50 en marzo y 27 en abril. Se cambió al año siguiente el agua, y en los mismos meses sólo murieron 2, 5 y 7 personas, total 14 contra 122.

El vino, la sidra, la cerveza, bebidas de origen vegetal, pueden beberse, si son de buena calidad, y en pequeñas cantidades.

Los niños deben abstenerse; tampoco deben tomar café ni té, puros, sino con leche. Es preferible el mate, preparado en infusión, como el té y el café; pero no debe tomarse sorbiéndose de la « bombilla » y menos chupando por la misma varias personas.

VII. — CUÁNDO SE DEBE COMER

El estómago y los intestinos necesitan varias horas para terminar bien el trabajo digestivo, no menos de tres o cuatro, y para algunos alimentos más tiempo. No debe, entonces, perturbarse la digestión empezada, comiendo a cada rato.

El desayuno debe ser poco copioso, puesto que nos levantamos de la cama descansados; abundante el almuerzo de medio día, sobre todo si se trabaja mucho;

más escasa la cena de la noche, puesto que gastaremos poco y vamos a dormir.

Durante el sueño se retardan las funciones, particularmente las del estómago.

Es preferible evitar de noche los alimentos que se consideran pesados, es decir, de digestión lenta, como por ejemplo las carnes muy asadas, los guisados muy compuestos, los huevos fritos, las aves manidas, las conservas, etc.

VIII. — VARIOS CONSEJOS

No comas bajo la influencia de un estado de aflicción o de fatiga. Espera a reponerte; descansa y hasta recuéstate un momento antes de sentarte a la mesa.

No hagas ejercicios violentos después de la comida, ni te acuestes a dormir en seguida. Descansa, entrégate a una ocupación agradable, sin esfuerzo. La risa y la alegría son un gran digestivo.

Cuida mucho tu boca, limpia tus dientes todos los días con un cepillo y sin usar polvos o pastas que no conozcas. Basta emplear la creta con un poco de esencia de limón o de menta, si quieres (1). No uses mondadientes de metal. Lee la siguiente información :

Un médico eminente, el doctor Emilio P. Cooke, profesor de la Escuela Médica de Harvard, observó que de 220 casos de niños retardados en sus estudios en las escuelas de Boston por causa de deficiencia física, 180, es decir, el 80 por ciento, debían su inferioridad a falta de cuidado de la dentadura.

(1) Una solución de *timol* al uno por mil es excelente para enjugarse la boca. De esta solución se echa una cucharada grande en un vaso de agua tibia.

No tomes agua helada inmediatamente después de tomar bebidas o alimentos calientes, ni viceversa.

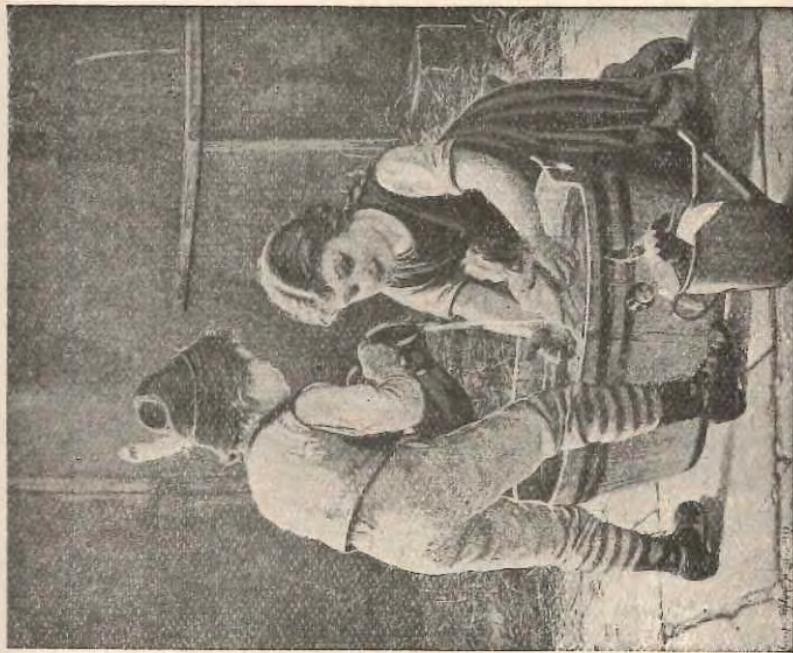
Evita las conservas en general y los condimentos picantes. El único condimento necesario es la sal : pero si abusas de ella sufrirás las tristes consecuencias. Ataca sobre todo a los riñones.

No tomes aperitivos. Los aperitivos sólo benefician al comerciante que los expende y a quien los fabrica, pero arruinan la salud del que los consume. El mejor aperitivo es el paseo al aire libre, el trabajo y el comer a las horas debidas.

Sigue el régimen de la sencillez y del orden en el alimento, como en todo ; eso favorece la vida sana y alegre.

Para ser alcoholista y sufrir, llegado el caso, las fatales consecuencias de serlo, no es necesario beber cada día hasta embriagarse. Las pequeñas dosis de alcohol ingeridas con los licores, el vino y la cerveza, pero repetidas a menudo, producen el alcoholismo, sin que uno lo advierta sino cuando el mal acentúa sus efectos y es ya irremediable. No lo olvides.

Observa lo que te hace bien o te daña. No todos los organismos son iguales. En los casos de duda, consulta a quien pueda ilustrarte : tu padre, tu madre, tu médico. Los alimentos más sanos, por ejemplo, el pan y la leche, pueden ser un veneno para ciertas personas, según el estado de su organismo.



34. — Temas de composición oral o escrita.

El estómago es la oficina donde se fragua la vida (Don Quijote).

« Come poco, cena menos, duerme en alto y vivirás. »

35. — ¡Cochero!... ¡Va uno atrás! ¡Déle!

¿Quién no ha presenciado alguna vez la escena?

— Un muchacho va sentado en el estribo posterior de un carro o de un carroaje, o trepado de cualquier manera sin que el conductor lo advierta. Otros muchachos, a veces un adulto, lo notan y no vacilan en hacer señas o gritar al conductor:

— ¡Carrero! ¡Va uno atrás!... ¡Déle...!

Y el carrero, casi siempre sin hacerse repetir el aviso, lanza el fustazo sin preocuparse del daño que puede producir.

A menudo el chico escapa ilesa; otras veces, si no le llega el latigazo, recibe, en cambio, un mal golpe, al desprenderse precipitadamente para evitar el castigo, y no es raro que al arrojarse a un costado, otro vehículo, un caballo, una columna, le produzcan un daño mucho mayor y hasta la muerte.

De esto hablábamos anoche en la mesa, y como Alberto dijera que esos muchachos llevaban su merecido por traviesos, dijo papá:

— ¡Han pensado ustedes en que muchas veces se trata de chicos que tienen que recorrer grandes distancias después de trabajar para ganar unos céntimos, y que están cansados y deseosos de llegar a su casa para comer o dormir? ¡O que se dirigen, desde lejos también, al lugar en que tienen su trabajo?

¡ No les parece, entonces, una crueldad, castigarlos de esa manera por un pecado tan inofensivo, aun cuando lo cometiesen sin necesidad ?

En muchos pueblos norteamericanos sucede todo lo contrario. Es costumbre ya, que los cocheros y carreros permitan y hasta inviten expresamente a los chicos a que se acomoden en sus vehículos, sobre todo si no llevan carga, ni pasajero.

¡ No revela, esto, mejores sentimientos que el grito perverso : « Cochero : Va uno atrás. Péguele » ?

36. — La cuna vacía.

Bajaron los ángeles,
besaron su rostro,
y cantando a su oído dijeron :
« Vente con nosotros. »

Vió el niño a los ángeles
de su cuna en torno,
y extendiendo los brazos les dijo :
« Me voy con vosotros. »

Batieron los ángeles
sus alas de oro,
suspendieron al niño en sus brazos,
y se fueron todos.
De la aurora pálida
la luz fugitiva,
alumbró a la mañana siguiente
la cuna vacía.

JOSÉ DE SELGAS.

37. — El eco y la conducta.

(*Imitación.*)

Jugando cerca de un bosque, Valentina lanzó un grito y oyó que alguien le contestaba en el mismo tono. Sorprendida, volvió a gritar.

— ¡Hola!

— ¡Hola! — repitió la voz, una voz de niña como la suya.

— ¿Quién es?

— ¿Quién es?

Valentina, creyendo que alguna chicuela se burlaba de ella, exclamó, irritada:

— ¡Tonta!

— ¡Tonta! — repitió la voz.

Se aproximó a la entrada del bosque y miró a todos lados. No vió nada. Llamó y no le contestaron. Corrió, entonces, adonde estaba la madre y refirió lo ocurrido, agregando:

— Debe ser una chica mal educada, porque se burla de mí. Yo quise saber quién era y me llamó tonta.

— Tú la habrás provocado.

— Sí, yo le dije tonta primero, porque ella repetía todas mis palabras.

La madre, sospechando lo que pasaba, volvió con Valentina al mismo sitio en que el hecho se había producido y gritó:

— ¡Buena!

— ¡Buena! — oyóse en seguida.

— ¿Ves como a mí no me dice tonta?

— Es que a tí te tiene miedo. Ha de ser Juliana la hija del carbonero, que está escondida.

— Veamos. Prueba tú misma. Dile algo amable.

— ¡Linda! — gritó Valentina.

— ¡Linda! — replicó la voz.

Llegáronse otra vez hasta los árboles; comprobaron que no había nadie y, ante la sorpresa de la niña, la madre le explicó cómo el sonido, cuando choca contra un obstáculo a cierta distancia — no menos de 18 metros para sonidos muy breves, más de 40 para una sílaba y de 80 metros para dos — es devuelto o reflejado con claridad pareciendo que alguien repite. El sonido reproducido se llama *eco*. Si la distancia al obstáculo es menor que la indicada, el sonido devuelto se confunde con el primero, produciéndose lo que se denomina *resonancia*.

La madre de Valentina agregó otras explicaciones muy interesantes relacionadas con el eco sencillo, el eco múltiple, los lugares propicios al eco y la resonancia, la manera de evitarlos si se quiere, etc. Despúes, mientras volvían a casa, fué diciendo a Valentina :

— En el eco tienes, hija mía, una imagen de lo que acontece en la vida. Como tú trates, así serás tratada. No esperes palabras afectuosas, ni atenciones, si eres áspera y desatenta. Si niegas ayuda a quien te la solicita, justo será que te sea negada cuando tú la requieras. Si antojadizamente atribuyes a los demás malas acciones, no extrañes que lleguen a murmurar de ti y a calumniarte. No te hagas eco de chismes, si no quieres ser víctima de los mismos. Respeta, si quieres ser respetada. No asegures nada en contra de los demás, si no tienes la prueba evidente de lo que afirmas, y aun cuando la tengas, no divulgues los defectos ajenos, si con ello no has de hacer ningún bien o de evitar un mal en perspectiva.

— ¡Y si me hacen el mal a mí, mamita?

— Evitarás, si es posible, que vuelvan a hacértelo, sin dañar tú a tu atacante, sobre todo si adviertes que te atacan más que por maldad por ineducación o ignorancia. ¡Cuántas veces usando de la razón, revestida con la dulzura, podrás convertir en amigo agradecido al que poco antes trató de hacerte daño! ¡Y cómo te alegrarás de triunfo semejante!

Pero procura ser fuerte, para que no atribuyan a debilidad tu conducta generosa. Lo serás teniendo siempre la razón de tu parte. Ello te permitirá castigar severamente a quien te ofenda con injusticia, y lo harás sin abandonar el espíritu amable. Lo harás, a menudo, como el médico que aplica un enérgico remedio y un desinfectante poderoso para curar al enfermo e impedir que se contagie a otros la enfermedad. No dirán que eres vengativa. Dirán que eres justa.

— Haré como tú dices, mamita.

— Y no te arrepentirás, querida. Graba, graba en tu mente el sabio precepto :

« *No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti.* »

— De ese modo, lo que te suceda será siempre como el eco de tu conducta.

38. — El concurso de ejercicios físicos.

I

¡Qué entusiasmo reinaba en el torneo escolar de ejercicios físicos, celebrado con motivo de las fiestas mayas!

Más de diez mil niños habían concurrido al hermoso local de Palermo para presenciar la lucha entre los grupos de las distintas escuelas triunfantes en los torneos parciales.

El Inspector de educación física no quiere que se hagan concursos de carácter individual; prefiere los colectivos, en los cuales se triunfa, dice, por el esfuerzo sumado de muchos. Nuestra escuela competía en «banderitas» y en «pelota al cesto».

¡Era de ver la ansiedad que nos dominaba cuando se inició la carrera! ¡Con cuánta emoción seguía cada uno el juego de sus compañeros y las distintas alternativas y accidentes!

— ¡Corre, corre, Juanita! ¡Bien, va delante!

— Y tú, Teresa, ¡lista para tomar la bandera!

— No te detengas. ¡Caramba... La pasaron!

— No importa, ahora corre Enriqueta. Ella sí que es rápida. ¡No te dije? Iguala... Ya pasó... ¡Viva Enriqueta!

— A ti, Victoria. ¡Bien tomada la bandera! ¡Oh! ¡Se le cae!... Recógela, ¡pronto! ¡Perdemos, perdemos!

— No; puede ser que a ellos también se les caiga; no hay que desesperar... ¡Ves? ¡Se les cayó!

— ¡Bravo, Antonia! ¡No te duermas! ¡Corre, corre! ¡Alcanza! ¡Pasa!

— ¡Bravo, bravo! Ganamos. No se puede contra nuestro grupito.

— ¡Viva la escuela N.º 5!

Nos faltaba competir con el grupo de la escuela N.º 9. Era el partido decisivo y lo perdimos.

— ¡Trampa! ¡trampa! — exclamó Antonia.

— ¡No digas eso! — eontestó Enriqueta, que tiene un gran espíritu de justicia. — Alguno tiene que vencer. Es de buena crianza, por lo menos, disimular, si uno se siente afectado.

— Y es precisamente en estos casos cuando uno debe mostrarse bien educado; hay que dominarse y respetar los fallos del juez, — dijo Victoria.

— Claro, — agregaron a un tiempo Juanita y Teresa. Además, el juez había sido el Inspector y no cabía suponer que fuese parcial.

El partido de pelota al cesto fué reñidísimo; igualamos varias veces y todos proseguimos sin desaliento, triunfando, al fin, nuestra escuela. Y nos hizo gracia ver a Antonia, que antes había protestado, acercarse al grupo vencido y decir con toda amabilidad :

— Ustedes han perdido por un solo tanto, pero la verdad es que han jugado muy bien y que lo mismo hubiéramos podido perder nosotros. Así es el juego.

— ¡Lo que está bien, está bien, Antonia! Y acabas de hablar como un libro, — dijo Teresa sonriendo y dándole un pellizco.

— Ya apareció aquello, ¡eh Teresa! exclamó Paulina.

— ¡Qué es aquello?

— ¡El pellizco, pues! ¡No pierdes la costumbre!

Y Emma, una de las alumnas de la escuela vencida, decía :

— Lo que interesa es jugar por el placer y por el bien que nos produce. Ganar o perder no importa mucho, ¿verdad?

— Sí importa; pero lo esencial es ejercitarse, observó Clementina, irguiéndose. — Y levantando el índice como el inspector, que había estado en la escuela, repitió enfáticamente sus palabras :

« Hacerse ágiles, fuertes, sanos, es también patriotismo, porque se pone uno en condiciones de servir mejor al país. »

— Eso es exacto, Clemencia, aun cuando tú lo dices en broma, — observó la maestra que se había aproximado en ese momento. Y ahora, ¡vamos!



39. — Temas de composición oral o escrita

Al pasar nosotros frente a una escuela que estaba alienada, un varoncito, señalándonos, dijo :

— Ésas juegan bien, porque la profesora es del Instituto.

II

— Señorita, ¿por qué dijo ese niño que nosotras jugamos bien debido a que usted es del Instituto?

— Porque él es amigo de mi familia y sabe que he sido alumna del Instituto Superior de Educación Física, donde se estudia especialmente cuanto se relaciona con los juegos y ejercicios; pero puede haber maestras que enseñen muy bien sin haber ido al Instituto, con tal que aprendan lo que se necesita saber para dirigir con acierto la educación física de los niños.

— ¿Y para enseñar los juegos y ejercicios, también se necesita estudiar, señorita?

— ¡Claro que sí! ¡Y ojalá no sólo los maestros sino también las madres aprendieran! En esto, como en todo lo que se refiere a la educación, conviene conocer muchas cosas que la mayoría de las gentes ignoran.

— Papá dice que ésas son « historias »; que así como los gatos y los perros y los potrillos crecen sanos, ágiles y fuertes corriendo por las azoteas, por las calles o por el campo sin que nadie les enseñe cómo han de hacerlo, lo mismo debe ocurrir con los niños.

— ¡Oh, sí! tu papá tendría en parte razón si nuestra manera de vivir, sobre todo en la ciudad, fuera la que nos conviene; si los niños tuvieran facilidades para correr, saltar y jugar al sol y al aire; pero eso rara vez acontece y entonces casi nos hemos olvidado de imitar a los animales que tú citas, y nuestro desarrollo físico sufre las consecuencias.

— Eso se arregla fácilmente, señorita, imitando lo que papá ha hecho con nosotros.

— ¿Qué hizo tu papá, Julio?

— Como vivimos en una casa sin patios, nos ha comprado unas palanquetas pesadas, de hierro, y con ellas hacemos ejercicios en cualquier pieza de la casa.

— Y mi tío ha puesto en el fondo unas paralelas, un trapecio y una barra, — agregó Ernesto.

— ¡Oh, no, queridos, así no se arregla nada! Esa gimnasia de aparatos no sirve para que ustedes consigan el vigor y las aptitudes físicas que necesitan, aparte de las cualidades morales que los juegos y otros ejercicios contribuyen a desarrollar. Y un mismo juego o ejercicio puede resultar menos útil y hasta perjudicial, en vez de ser benéfico, según cuándo y cómo se ejecuta. Pero éstas son cosas que yo no puedo explicarles ahora a ustedes y que se estudian y demuestran en el Instituto.

— ¿Por qué no nos lleva usted un día a visitarlo?
— dijo Martín.

— ¡Sí, sí, señorita, llévenos usted! — exclamaron varios a un tiempo.

— Pediré autorización al Director y los llevaré con mucho gusto, — contestó la señorita.

40. — El instituto de educación física.

Tuvimos, por fin, el placer de visitar el Instituto de educación física. Fuimos con la «señorita» y también nos acompañó la Directora.

¡Qué alegría desde la entrada! Se avanza por una vereda flanqueada de plantas en flor y que separa grandes patios llenos de niños que con sus maestras al frente se

entregaban a los juegos y ejercicios que el Instituto enseña. Detrás del edificio en donde están las aulas, la dirección, la secretaría, laboratorios, etc., también se jugaba, en otro gran patio; pero no eran niños los que jugaban, sino señoritas. El señor Director nos recibió muy amablemente y nos dijo que todas esas señoritas eran maestras de las escuelas, que después de trabajar durante el día como tales, iban al Instituto tres veces por semana para aprender cómo se debe dirigir la educación física, cuáles son los juegos y ejercicios más convenientes y cómo deben enseñarse. Por eso ellas mismas los practican. Los otros tres días de la semana asisten los maestros varones.

En el laboratorio de fisiología encontramos otro grupo de maestras que hacían experiencias con aparatos especiales para apreciar el efecto que sobre las funciones vitales, la circulación, la respiración, etc., producen los distintos movimientos, y el canto y la lectura y las malas actitudes del cuerpo. La señorita profesora de esa sección nos dió explicaciones muy interesantes y nos mostró los resultados de varias experiencias; y hasta hizo algunas con nosotros para mostrarnos cómo se media la capacidad respiratoria. ¡Qué buena ocurrencia tuvo! Pareció que le había llamado la atención el aspecto físico de una de nuestras compañeras. La examinó un momento y después habló con el Director, que además de profesor es médico; y entonces pidió a nuestra Directora que aconsejara a la madre de la niña lo que debía hacer para robustecerla.

Cuando volvimos al patio grande nos mostró una niñita que en pocos meses había conseguido enderezar su columna vertebral torcida, y otra que el año anterior no podía correr sin fatigarse en seguida. Ahora juega y respira como los demás.

Después de un recreo, vimos una clase práctica de gimnasia «estética». ¡Qué lindo! Los niños hacían movimientos combinados de tal modo que, según nos explicó la profesora, influyen a la vez en el desarrollo físico y la salud, y dan gracia y soltura al andar y en todas las actitudes, corrigiendo la torpeza o las maneras que hacen a menudo desagradables a las personas.

También presenciamos una lección de primeros auxilios y otra en que los varones aprenden la «defensa personal», sin más armas que los propios órganos, los puños, los brazos, las piernas, hábilmente adiestrados.

El Instituto está situado en la calle Coronel Díaz, poco antes de llegar a la Penitenciaría Nacional. Cuando pasábamos, al regresar, por delante de ésta, dijo la Directora :

¡Cuántos de los ladrones y criminales que aquí se hallan encarcelados, gozarían de libertad y serían hombres honrados y útiles, si cuando niños se les hubiese habituado a jugar a la pelota, al tennis, al foot-ball, a remar! ¡Si en vez de ir a las tabernas a jugar, por dinero, a la taba, a los naipes, a las carreras, hubieran ocupado sus días festivos en juegos sanos al aire libre!

Por fortuna, esos juegos cunden cada día más entre nosotros y ello se debe, en mucho, al Instituto que acabamos de visitar, porque su director y los maestros que de aquél han salido y salen llevan la buena semilla a todas partes.

Cuando llegué a casa estaba mi tío Francisco, que es médico. Hablé de nuestra visita y él exclamó :

— ¡Oh! conozco bien esa escuela y el noble grupo de profesores que en él enseñan. ¡Cuánto, cuánto bien al país están haciendo desde allí!

Y mi padre, que también lo conoce, dijo:

— ¿Saben ustedes qué letrero pondría yo en la fachada del Instituto? Pondría:

ESCUELA DE OPTIMISMO

Aquí se vacuna contra la miseria física y moral.

Aquí se inocula el generoso bacilo que da la salud, la dignidad, la fe en el esfuerzo, la alegría de vivir.

41. — El paso de los Andes.

(*Fragmento.*)

¡Ya están sobre las crestas de granito fundido por el rayo!

¡Ya tienen frente a frente al infinito: arriba, el cielo de esplendor cubierto; abajo, en las salvajes hondonadas, la soledad severa del desierto; y en el negro tapiz de la llanura, como escudos de plata abandonados, los lagos y los ríos que festonan de la patria la regia vestidura!

¡Ya están sobre la cumbre!

¡Ya relincha el caballo de pelea, y flota al viento el pabellón altivo, hinchado por el soplo de una idea!

¡Oh! ¡qué hermosa, qué espléndida, qué grande es la patria, mirada desde el soberbio pedestal del Ande! El desierto sin límites doquiera, océanos de verdura en lontananza, mares de ondas azules a lo lejos,

las florestas del trópico distantes,
y las cumbres heladas
de la adusta argentina cordillera,
como ejército inmóvil de gigantes!

¿En qué piensa el coloso de la historia
de pie sobre el coloso de la tierra?

Piensa en Dios, en la patria y en la gloria,
en pueblos libres y en cadenas rotas;
y con la fe del que a la lucha lleva
la palabra infalible del destino,
¡se lanzó por las ásperas gargantas
y le siguió rugiendo el torbellino!

OLEGARIO V. ANDRADE.

42. — El cochero modelo.

Se habla tan mal de los cocheros, que es bueno decir algo en su elogio cuando la ocasión se presenta.

Voy, pues, a darme el gusto de referir lo que he visto.

Era de noche, a eso de las diez, en una avenida tranquila por donde apaciblemente me paseaba.

Llegaba un coche de plaza al trotocito; las herraduras del caballo resonaban sobre el asfalto en el silencio de la avenida desierta. De pronto cesó el ruido; me volví y vi al caballo que retrocedía, retrocedía, en tanto que el cochero con voz dulce le hablaba: « Vamos, Cocó, no es nada, no tengas miedo. » Pero Cocó tenía miedo, no quería oír nada, retrocedía siempre y el carroaje, empujado, tenía una rueda sobre la acera.

Me aproximé por curiosidad. Cualquiera hubiese hecho lo mismo; pero lo que me atraía sobre todo, era la dulzura inacostumbrada del cochero, quien, sin impacientarse,

continuaba diciendo : « Vamos, Cocó, no es nada, no tengas miedo. »

¡ Cuántos, en caso semejante, toman el látigo por la punta y golpean a las pobres bestias con el cabo, con toda violencia, a despecho de la ley que lo prohíbe !

¿ Pero de qué se asustaba Cocó ?

Uno de esos carros pesados, con un gran cilindro de piedra que sirve para romper los guijarros y para nivelar las calzadas, había quedado a lo largo de la calle con sus brazos al aire. Su forma insólita había asustado al animal, un poco espantadizo de costumbre. Paraba las orejas; sus rodillas temblaban.

El cochero bajó sin soltar las riendas y sin dejar de hablar a la bestia, como lo hubiese hecho con un ser razonable : « Vamos, Cocó, te asustas de nada », y acariciándole con una mano y tomando las riendas con la otra decía : « Yo voy a llevarte hasta allí, vamos; tú verás lo que es; vamos juntos. »

Entre tanto Cocó había llegado, aunque no sin pena, junto al cilindro y resoplaba, resoplaba, ladeando la cabeza a la derecha, a la izquierda, para no ver. Pero el cochero empleó toda la paciencia que fué menester. En cuanto el caballo estuvo un poco más tranquilo, lo hizo avanzar paso a paso por todo lo largo del carro y haciéndole tocar, casi, con la cabeza. Yo estaba admirado.

Por fin, y esto colmó la escena, cuando Cocó hubo dejado atrás la máquina y como manifestase el vivo deseo de alejarse pronto : « No, le dijo este cochero modelo, acerquémonos otra vez. Es necesario que te acostumbres a ella. »

Y lo hizo volver al espantajo y lo detuvo un momento junto a él, siempre hablándole y palmeándole el cuello.



43. — Temas de composición oral o escrita



Y cuando Cocó hubo visto bien la cosa por delante, de costado y por detrás; cuando sus rodillas dejaron de temblar, cuando sus orejas se aquietaron y detrás de sus anteojeras se vieron sus ojos tranquilos, entonces, con toda calma, siempre con calma, ese maestro cochero, muy digno de conducir a los hombres, volvió a subir al pescante y dijo : « Ahora, Cocó, puedes seguir, pero no demasiado ligero, ¡eh! parecería que huímos. »

Y Cocó partió al trotecito, como había llegado.

Y yo quedé allí, plantado en el borde de la acera, diciéndome : « ¡Qué lección! ¡Qué lección!... ¡Qué educación! »

A. VESSIOT.

44. — El libro de oro de la virtud.

Anteayer, al terminar la clase de Moral, durante la cual la maestra nos refirió varias historias muy interesantes, dijo Emilce :

— Señorita : mi hermano Horacito me ha dicho anoche que en su escuela el Director ha establecido una práctica que me parece muy buena.

Todos los sábados se destina la última hora de clase a oír la narración de algún acto digno de imitación : de bondad, de perseverancia, de valor, de justicia, de nobleza, etc. Los niños deben buscar las historias donde puedan : en libros, revistas, diarios, o bien preguntando a sus padres, hermanos y amigos.

Los niños y el maestro resuelven si el recuerdo del hecho merece ser conservado. En caso afirmativo, el mismo niño que lo trajo hace la copia en un gran cuaderno, donde se reúnen todas las historias. Al pie de la página se deja constancia del nombre del alumno que trajo el cuento.

— ¡Por qué no hacemos lo mismo nosotros, señorita?

— Me parece una idea muy plausible, Emilce.

¡Qué les parece a ustedes? — agregó dirigiéndose a la clase.

— ¡Sí, señorita; sí, señorita! — contestaron todas. —

¡Cuándo empezamos? Mañana mismo, ¡quiere, señorita?

— agregó Alicia.

Ayer se reunieron las alumnas de 3.^o y 4.^o grado para oír los cuentos traídos por Mercedes, Alicia y Clementina. A mí me gustó mucho la historia del cochero modelo.

Apenas terminadas las narraciones, Angélica, a quien todos llamamos por su sobrenombre *Quela*, dijo:

— ¡Señorita! anoche cuando yo conté en casa lo que habíamos resuelto hacer, estaba de visita mi tío, que ha sido maestro muchos años, y ¡sabe usted lo que dijo?

Que le parecía muy buena la idea, pero que podía hacerse algo mucho mejor todavía. El Consejo Nacional de Educación podría invitar a todos los maestros de la República a que le enviaran noticias de los actos de valor moral, dignos de ser conocidos. Se publicarían mensualmente en un suplemento de la revista del Consejo. Gracias a eso, bien organizado, todos los maestros de la República podrían referir a los niños las buenas acciones realizadas en todo el país.

— ¡Oh, qué excelente idea!

— ¡Y eso podría hacerse, señorita?

— ¡Y por qué no? ¡Qué hermoso libro se formaría!

Podría llamarse el Libro de Oro de la Virtud, o algo parecido.

— ¡Qué buena idea, qué buena idea! — exclamaron muchas niñas.

— ¡Por qué no se la propone usted al Consejo?

— Así lo haremos, hijitas.

Hoy, casualmente, estuvo en la escuela el Inspector General, un señor muy amable, y cuando la maestra le habló de nuestro proyecto, lo aplaudió mucho. Quiso conocer a Emilce y a Quela, a quienes felicitó.

Al despedirse nos dijo que hablaría con el Presidente del Consejo.

Y entonces todas aplaudimos.

— ¡Ah, diablitos! — dijo, y salió contento, acompañado de la Directora.

45. — El sapo.



No existe en toda la creación un ser más odiado que el sapo. Las mujeres, al verle, lanzan gritos de horror, y si por desgracia su cuerpo ha tocado el borde de sus faldas, ellas se desmayan. La ignorante brutalidad del pasante le declara una guerra sin merced.

Es un maldito que se consagra a una obra justa, útil y benéfica, sin más recompensa que el desprecio y el odio de las multitudes.

El sapo destruye las larvas que cortan las cosechas por la raíz, hacen abatir los trigales y secar las yerbas de los prados; persigue sin piedad a los insectos que devoran los granos, las babosas, las orugas, los gusanos, que pudren sobre las ramas los frutos verdes todavía.

Desdichado sapo, ¡cuándo cesarán, pues, de perseguirte, de maltratarte como a una bestia malhechora, a ti, el auxiliar del labrador, el protector de los jardines, el conservador de los tesoros de la tierra; a ti, que debieras ser el primero entre los animales sagrados, como tus hermanas las golondrinas y las cigüeñas, como tus hermanos los reyezuelos?

OCTAVE MIRBEAU.

46. — El pájaro heroico.

Volvía yo de caza, por una avenida de mi jardín. Mi perro iba delante, corriendo. De súbito veo que modera su carrera y avanza con precaución como si olfatease caza.

Extiendo la mirada por la avenida y veo un pajarillo casi implume, de pico amarillento y con la cabeza cubierta aún de pelusilla.

Había caído del nido — el viento balanceaba con fuerza las acacias del jardín — y estaba encogido extendiendo sus alitas implumes.

Mi perro avanzaba temblándole las patas, cuando de pronto, desprendiéndose de un árbol inmediato, un pájaro viejo, de plumaje negro, cayó como una piedra ante

la boca del perro, crispado y loco; boqueando desesperado, lanzó un pío... pío que daba lástima; saltó dos veces sobre aquella boca abierta y armada de afilados dientes.

Se había lanzado a defender a su hijo, quería servirle de muralla. Pero la pobre avecilla temblaba de miedo; su grito era ronco y salvaje; moriría, sacrificaría su vida.

A sus ojos, el perro ¡qué gran monstruo parecía! y no obstante, el pájaro no había podido quedarse arriba, en aquella rama tan alta y segura.

Una fuerza más poderosa que su voluntad lo había lanzado allí.

El perro se paró y retrocedió. Diríase que hasta él mismo había reconocido aquella fuerza. Lo llamé, aturdido, y me alejé poseído de un santo respeto.

Sí, no riáis; era respeto lo que yo sentía ante aquel pájaro heroico, ante la fuerza de su amor.

El amor, pensaba yo, es más poderoso que la muerte y que el miedo de morir. ¡Sólo por el amor se muere y se mantiene la vida!

IVAN TURGUENEFF.

47. — Respetad a los animales.

Martín pasó unos días en la quinta de sus tíos, en el campo. La madre llegó a saber que había maltratado a un carnero dándole golpes porque no tiraba resueltamente del carrito al que lo había uncido, y entonces le escribió la carta siguiente :

« No trates con crueldad a los animales, hijo mío. Ellos sufren como nosotros, aun cuando no lo expresen con palabras.

« Obsérvalos bien y lo verás.

« Tienen inteligencia; son capaces de comprender mucho más de lo que te imaginas; y suelen responder con su conducta y sus progresos al trato y a la enseñanza que de nosotros reciben.

« Recuerda los prodigios que les has visto realizar en los circos, no sólo a los monos, los perros, los caballos, los elefantes, etc., sino también a muchos animalitos inferiores.

« Piensa en los innumerables servicios que con inteligencia nos prestan los animales domésticos, y las manifestaciones inequívocas de placer o desagrado con que acogen nuestros buenos o malos tratamientos.

« Mira a tu alrededor y hallarás, a cada instante, el afecto y la gratitud claramente exteriorizados por el perro, el caballo, y hasta los pájaros, que sintiéndose queridos, mimados por sus amos, grandes o chicos, no desperdician oportunidad de retribuir sus cariños saltando, meneando la cola, lamiendo la mano del amigo, prorrumpiendo en gritos expresivos, reflejando en sus ojos, como seres humanos, alegría, confianza, afecto; y para el que no los respeta y los maltrata, indiferencia, antipatía, odio, que a veces se traducen en el ataque airado, el picotazo del pájaro, el mordisco del perro, la coz del caballo, el arañazo del gato.

« ¡Cómo quieras que te obedezcan y te sirvan bien y con presteza, si tus maneras para con ellos son bruscas; si les exiges una labor demasiado prolongada o esfuerzos excesivos; si les pones arneses mortificantes, los alimentas mal o a deshoras y los dejas sufrir desabrigados en el invierno, sin protegerlos contra el calor en verano?

« Por lo mismo que los privas de la libertad, que a ti te es tan querida, y que los tienes sometidos a tu sola voluntad, ¿no te parece poco generoso, y hasta señal de

cobardía, abusar de tu poder sobre ellos, para imponer tus caprichos sin medida y sin atender a sus legítimas necesidades?

« Piensa que así tú mismo te perjudicas, pues obtienes servicios inferiores a los que podrían prestarte si los consideraras como merecen.

« También ellos pasan tristezas, que tú no adviertes porque no has aprendido a observarlos; y su amargura se refleja, como su dicha, en sus movimientos y actitudes y basta en la expresión de sus ojos, que pierden su brillo y su alegría.

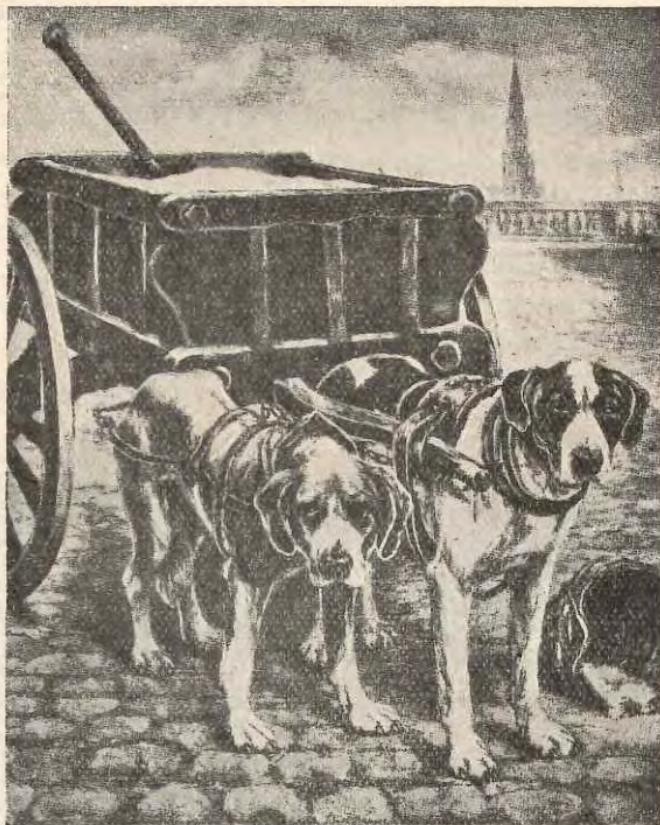
« Obsérvalos, obsérvalos y comprenderás que ellos piensan y sienten, y gozan y sufren y aman y detestan.

« Tu espíritu se subleva ante el solo pensamiento de que un miserable cualquiera arrebate a una madre el hijo adorado que amamanta; te indignas porque un patrón omnípotente abusa de la paciencia del obrero que, mordiéndose, tolera hasta la injuria, porque sus hijos no tendrían pan si él protestase. ¡Por qué castigar, entonces, sin motivo y brutalmente, al pobre asno que tropieza y cae rendido por la fatiga? ¡Cómo atreverse a privar de sus pichoneitos a la dulce paloma y al ave canora que alegran el bosque, el parque inmediato, el jardín de nuestra propia casa, contribuyendo con sus vuelos en torno nuestro, con la gracia y belleza de sus formas y colores, con el encanto de sus gorjeos, a nuestra felicidad y a la de nuestros propios polluelos, nuestros hijitos queridos?

« ¡Cuántas veces serán nuestros mejores compañeros en los momentos amargos de la vida! ¡Cuántas veces con su ayuda desinteresada saldremos airosos de un trance difícil, allí donde, acaso, un semejante nuestro sería capaz de abandonarnos!

« Supón un momento desaparecidos los animales. Reflexiona lo que sucedería. Quedarás asombrado.

« ¡Pero qué! Imagina que desaparecieran las aves solamente. La vida se haría imposible. El hombre solo no



podría combatir con eficacia a los insectos que harían desaparecer semillas y cosechas de trigo, de maíz, de algodón, etc.; ni, acaso, podría defenderse contra los ataques de otros insectos multiplicados al infinito.

« Sé agradecido, Martín; no seas inferior a tu propio

perro, que retribuye con su fidelidad inalterable los beneficios que de ti recibe.

« No uses la fusta, ni la espuela, ni otro medio de tortura, para alentar a la bestia que tira de tu carro o te lleva sobre su lomo.

« No te rebajes así; sé de veras el rey de la creación y emplea, entonces, tu voz superior y tu mirada, que si alguna vez las riendas se cortan, no por eso se desbocará tu caballo, ni te llevará al precipicio. Podrás detenerlo con la palabra. Sí, con la voz y la mirada puedes dominar a la bestia. Es capaz de comprender, si tú la educas. Edúcala. Haz de ella un servidor agradecido y diligente, y no un bruto descontento, taimado, hipócrita.

« Respeta a los seres inferiores; de lo contrario, no tendrás el derecho de considerarte superior. »



48. — Tema de composición oral o escrita.

49. — Servicios que prestan los pájaros.

Corroborando lo que escribió la madre de Martín respecto de los servicios que las aves nos prestan, me dió a leer papá la información contenida en una revista científica que recibe. Quedé maravillado.

Dice un sabio naturalista que, término medio, puede calcularse que cada nido contiene cinco huevos.

Un pájaro consume por día, durante la incubación, alrededor de cincuenta insectos. Suponiendo que aquélla dure un promedio de treinta días, tendremos que cada pájaro que anida destruye 1.500 insectos. Un insecto devora por día, hojas, flores y frutas, en una cantidad equivalente a su peso, hasta alcanzar el máximo de su desarrollo. Admitiendo que consume por mes sólo treinta flores y que cada flor diera nada más que un fruto tendríamos que 1.500 insectos consumen 45.000 frutos.

Luego, cada niño que destruye un nido de pájaros ocasiona una pérdida de 45.000 manzanas, peras, duraznos, ciruelas, o lo que fuese.

50. — Recuerda y medita.

1. Hombre con pereza es como reloj sin cuerda.
2. El hombre ocioso es como el agua estancada : se corrompe.
3. Pereza, llave de pobreza.
4. La tierra del perezoso sólo produce ortigas.
5. La ociosidad se parece a la herrumbre : gasta más pronto que el trabajo. (Franklin.)
6. No cuentes con la lluvia para regar tu jardín.
7. La pereza empieza en telaraña y acaba en cadena de hierro.
8. Piedra que rueda no cría moho.

51. — El peligro de una puerta abierta.

Recuerdo que hallándome en el campo tuve ejemplo de las pequeñas pérdidas que una familia está expuesta a sufrir por su negligencia.

Por faltarle un pestillo de poco valor, la puerta de un corral que daba sobre el campo se encontraba a menudo abierta. Cada persona que salía tiraba de la puerta; pero como no había ningún medio exterior para cerrarla, la puerta quedaba entreabierta. Varias aves de corral se habían perdido de esa manera.

Un día, un joven y hermoso cerdo escapó y ganó el bosque, y he aquí a toda la gente en campaña: el jardinero, la cocinera, la encargada del corral, salieron cada uno por su lado en busca del fugitivo. El jardinero fué el primero que lo advirtió, y saltando un foso para cerrarle el paso, se produjo una peligrosa torcedura que lo retuvo más de quince días en cama. La cocinera encontró quemada la ropa blanca que había dejado junto al fuego para que se secase, y la guardiana del corral, habiendo salido del establo sin concluir de atar a los animales, halló, al volver, que una de las vacas, durante su ausencia, había quebrado la pata a un potrillo criado en la misma cuadra.

Las jornadas perdidas del jardinero valían por lo menos sesenta francos; la ropa blanca y el potrillo valían otro tanto: he ahí, pues, en algunos instantes, por faltar una cerradura de pocos centavos, una pérdida de ciento veinte francos sufrida por gentes que necesitaban hacer las mayores economías, sin hablar ni de los sufrimientos causados por la enfermedad, ni de la inquietud y otros inconvenientes, aparte de los gastos. No fueron grandes

infortunios, ni enormes pérdidas; sin embargo, cuando se sepa que la falta de cuidado renovaba semejantes accidentes todos los días, trayendo, por fin, la ruina de una familia honesta, se convendrá en que valía la pena poner un poco más de atención.

J. B. SAY.

52. — El maestro y la guerra.

Lo que voy a referir ocurrió en una aldea no muy distante de la línea de fuego. Cuando el viento es favorable, alcanza a oírse el cañón como un trueno lejano.

La escuela ha sido reabierta. Óyese desde la calle el alegre parlerío interrumpido por breves silencios, a los que sigue la voz del maestro formulando nuevas preguntas: una voz grave y casi temblorosa.

Mirando por la ventana, se le ve de pie, junto al pizarón, con la tiza en la mano. Es un hombre viejo, con la cabeza blanca, llena de arrugas la frente y una expresión de tristeza en el semblante que no desaparece del todo ni cuando su voz adquiere entonación firme y habla con cierto entusiasmo para interesar a los alumnos.

Es un educador jubilado que pidió hacerse cargo de la escuela hace tres meses, cuando el maestro titular debió partir para la guerra. Insistió tanto, que se debió ceder.

— Este es ahora mi campo de batalla, decía. Aquí puedo ser útil todavía. No he de morir de fatiga. Y si muriese, ¡qué importaría! ¡No están muriendo todos los días frente al enemigo millares de hombres jóvenes, vigorosos, más útiles que yo?

Los alumnos lo sabían, y ni los más traviesos se hubieran animado a faltarle al respeto. No ignoraban tampoco

que él también se había batido, y valerosamente, contra el tirano Rozas.

La lección en ese momento era de Instrucción Cívica. Se trataba justamente de los deberes para con la patria, y se había hablado del servicio de las armas.

Terrible cosa es la guerra, había dicho el maestro: los hombres matándose bárbaramente entre sí, sin conocerse: padres de familia, hijos necesarios al sostén de sus padres o hermanos, sabios ilustres, artistas distinguidos, profesores, industriales, agricultores, obreros honestos y laboriosos, estudiantes llenos de esperanzas, hombres jóvenes todos, en la plenitud de sus fuerzas, que van a luchar y a morir como hormigas aplastadas en la mitad del camino.

¡Terrible, terrible y por desgracia inevitable cosa!

Sólo la educación de todos en otras ideas podrá impedirla. Pero, ¿cuándo?

Horrendo es tener que matar a un semejante. Sin embargo, vivís tranquilos en vuestro hogar; os encontráis trabajando para vuestra felicidad y la de vuestra familia, cuando de pronto atropellan vuestra propia existencia y la de vuestros hijos, sin que vosotros hayáis provocado. ¿Qué hacer? ¡Defenderse, es natural! Y si para salvar vuestras vidas no os queda más recurso que tirar contra el que os ataca, tiraréis.

La patria es la gran familia de todos, cuya existencia es menester salvar a toda costa, aun sacrificando la vida, muchas vidas.

Y escribió en el pizarrón:

« Morir por la patria (1)
¡Qué bello morir! »

(1) de De Luca.

En eso se oyó una exclamación de sorpresa y todos volvieron los ojos hacia la puerta de entrada.

— ¡Oh! ¡el maestro!... ¡Y con muleta!...

En efecto, como si fuese una visión, inesperadamente, el maestro titular avanzaba con dificultad, pálido, demacrado, pero con expresión alegre, en los ojos, de hombre feliz.

Hubo un brevísimos instante de silencio y como de estupor, las miradas fijas en el aparecido; pero en seguida todos salieron de los bancos y corrieron a su encuentro colmándole de manifestaciones de simpatía y acosándole a preguntas.

Gravemente herido en la pierna izquierda, estuvo veinte días en cama en el hospital de la población inmediata. Convaleciente ya, se le permitió hacer la primer salida para visitar a su familia. En un carrito conducido por un panadero llegó al lugar. La escuela quedaba en el camino y no pudo contenerse. En ella estaban sus discípulos, que eran también su familia, y había empezado por ahí sus visitas.

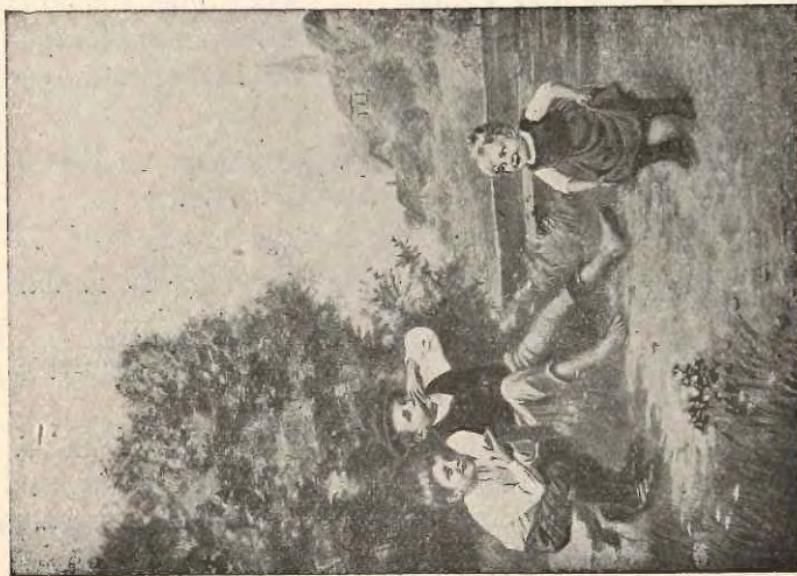
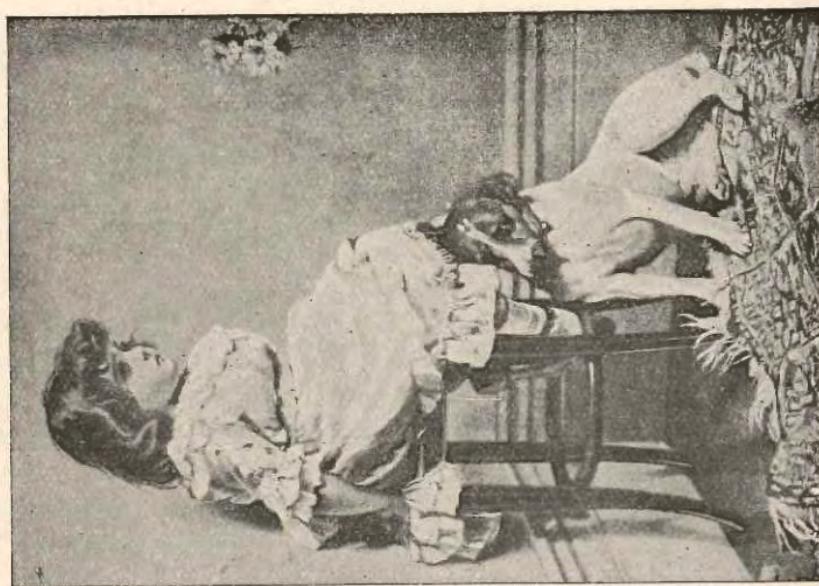
— Déles usted la lección, dijo el viejo maestro. Hablábamos de la patria y de la guerra, precisamente...

Y lo llevaron casi en brazos hasta la clase.

Vió las palabras escritas en el pizarrón, y sin hablar, estrechó la mano del viejo suplente.

Quiso que éste ocupase la silla delante de la mesa y él quedó de pie apoyado en su muleta.

Y empezó a hablar de la guerra, del heroísmo de los soldados, de la entereza con que resistían a las fatigas, al hambre, al frío, a las privaciones y peligros de todo género; de los heridos que, sufriendo dolores espantosos, pedían por favor que los ultimaran; de los que al expi-



53. — Temas de composición oral o escrita.

rar, sin una queja, sacaban del bolsillo un retrato o una carta, de la madre, de la esposa, de los hijos, los besaban silenciosamente en tanto que lágrimas incontenibles corrían por sus mejillas ; de los que, derribados violentamente por una bala, un casco de metralla o un bayonetazo, morían gritando : ¡viva la patria !

Y siguió hablando de la patria, de la riqueza de su suelo, de sus bellezas naturales, de sus hermosas poblaciones llenas de recuerdos, de sus obras de arte, de sus industrias florecientes, de sus instituciones de cultura, de la laboriosidad de sus habitantes, todo lo cual es necesario defender deteniendo el avance del enemigo.

Hablabía como nunca lo había hecho. Las palabras subían fáciles del corazón a los labios, y las decía sencillamente, con una seguridad y una emoción dominada, más impresionante que un discurso lleno de vehemencia.

— Venceremos, vencereímos, decía al concluir. Volverá la tranquilidad y, más tarde, la alegría también.

— Pero usted se queda ahora con nosotros, maestro, dijo uno de los alumnos.

— Dentro de ocho días estaré completamente restablecido, contestó. Yo soy joven todavía. Mi deber está en el campo de batalla, hijos míos. Entre tanto, aquí estoy bien reemplazado. — ¡Mirad !

Y antes de que el viejo maestro comprendiese lo que se proponía, apartó un mechón de sus blancos cabellos, dejando en descubierto, cerca de la frente, una gran cicatriz.

— La recibió en Caseros, por no dejarse arrebatar la bandera. Ya lo veis : él tampoco volvía la espalda al enemigo !

54. — La Victoria.

¡Ah! no levantes canto de victoria
En el día sin sol de la batalla,
Ni el santo templo del Señor profanes
Con plegaria de triunfo y de matanza.

Cuando se abate el pájaro del cielo,
Se estremece la tórtola en la rama;
Cuando se postra el tigre en la llanura,
Las fieras todas aterradas callan...

¡Y tú levantas himno de victoria
En el día sin sol de la batalla?
¡Ah! ¡sólo el hombre, sobre el mundo impío,
En la caída de los hombres canta!

Yo no canto la muerte de mi hermano;
¡Márcame con el hierro de la infamia,
Porque en el día que su sangre viertes,
De mi trémula mano cae el arpa!

RICARDO GUTIÉRREZ.

55. — Recuerda y medita.

1. Afícióngate al agua, adórala y prodígala en tu cuerpo. Si riegas tu rosal, con mayor razón debes regarte a ti mismo; las rosas de nuestras mejillas tienen tanta necesidad de agua como las del rosal (Steeg).

2. Niño aseado, bien mirado.
3. Aire puro, agua pura y corazón puro, traen la salud y la felicidad (Steeg).
4. Dos grandes médicos se llaman trabajo y sobriedad.
5. Duerme siete horas todas las noches; levántate en cuanto te despiertes; trabaja en cuanto te levantes.
6. Pan que sobre, carne que baste, vino que falte.

56. — El vigilante Soler.

ACTO MERITORIO

El 30 de noviembre de 1907 los diarios de Buenos Aires referían un acto extraordinario llevado a cabo por un agente de policía.

He aquí el caso, cuya relación extractamos de *La Prensa* de ese día.

Los esposos Nardi, con dos niños, recién llegados de San Luis, se habían alojado en un hotel del, entonces, Paseo de Julio, en el tercer piso.

A la hora del almuerzo bajaron al comedor con uno de los niños, quedando el otro arriba. Era una criatura de cinco años de edad.

Al encontrarse solo, el niño salió al balcón y trepó sobre él, tal vez para pasar al inmediato; al hacerlo perdió el equilibrio y cayó, pero con tanta suerte que pudo asirse con las manos y quedó colgado.

A sus gritos y los de los paseantes que lo vieron, acudió el agente Guillermo B. Soler, que estaba de faeción en la esquina de las calles Córdoba y Paseo de Julio.

Al ver la crítica situación del niñito, Soler vaciló un momento entre tocar auxilio, entrar al hotel y correr por las escaleras, o traer colchones para amortiguar el golpe, inevitable tal vez.

Pero, ¿y si entre tanto el niño se desprendía?

Todo esto lo pensó en menos tiempo del que hemos empleado en decirlo.

No vaciló más y se plantó debajo del balcón resuelto a recibir al niño en sus brazos, si antes no llegaban a protegerlo desde adentro.

Y acertó, porque algunos segundos después aquél se precipitó desde una altura de trece metros.

Los circunstantes prorrumpieron en un grito de espanto, y algunos miraron hacia otro lado para no verlo aplastarse contra las piedras.

Y bien, no ocurrió así. El agente, con una serenidad, un vigor y una destreza admirables, bien afirmado sobre sus piernas, recibió a la criatura en sus brazos, salvándola de una muerte segura.

Todos rodearon, admirados, al bravo agente, pareciéndoles sueño lo acontecido. El niño apenas tenía una ligera contusión en la cara.

Describir la escena que se produjo cuando acudieron los padres y conocieron la forma casi milagrosa en que su hijo se salvara, sería difícil.

Varios de los presentes, inclusive el padre del niño, empeñado en que Soler recibiese el dinero con que deseaba demostrarle su gratitud, fueron hasta la comisaría y allí hicieron el elogio del agente.

Llegado el caso a conocimiento del Jefe de Policía, éste dispuso que Soler fuese inmediatamente ascendido a cabo y citado en la orden del día para que todos los agentes de la Capital se enteraran de su ejemplar conducta.

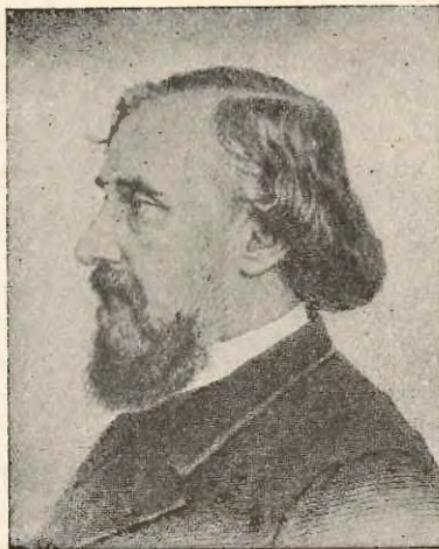
57. — Recuerda y medita.

LOS ESPEJOS

La espiga rica en fruto
Se inclina a tierra :
La que no tiene grano
Se empina tiesa.
Es en su porte,
Modesto el hombre sabio
Y altivo el zote.

(Hartzenbusch.)

58. — Mitre.



(1821-1906)

Coronado de nieve inmaculada
Cumbre es, el Aconcagua, que domina
Sobre toda otra cumbre americana.
Así, en lo moral, Mitre es la cima
Más elevada y pura en nuestra historia
Que él escribe y acrece con su gloria.

Toma la pluma, hijo mío, y resta 16 de 84. La diferencia, 68, fría cifra, ¿sabes tú lo que representa?

¡Asómbrate! ¡Es el número de años consagrados por Mitre al trabajo y al bien público! En 1837, cuando sólo tenía 16 años de edad, luchaba, como soldado y periodista, contra el tirano que oprimía a la República. Y hasta poco antes de morir, a los 84 años, en 1906, era una reli-

quia sagrada pero activa todavía, hacia la cual todos dirigíamos la vista en los días difíciles para la patria. A Mitre acudían, desde el primer magistrado del país, hasta los estudiantes, en momentos de duda, en demanda del consejo sereno y clarividente del conductor de pueblos más noblemente inspirado.

Sus servicios son tantos y de tal carácter, que sólo más tarde, con la edad y el estudio, podrás penetrar toda la grandeza de este patrício digno, como pocos, de gratitud e inmortalidad.

Todo lo fué : guerrero, poeta, historiador, político, legislador, gobernante, educador, investigador científico, apóstol de multitudes. La América toda le recuerda con veneración, porque, ya condujera los ejércitos al campo de batalla, dirigiera los destinos del país desde la presidencia de la república, fustigara desaciertos o señalara el camino desde la prensa, en el parlamento o en la tribuna popular, siempre el más elevado patriotismo movió su espada, su palabra o su pluma, y los ideales más puros alentaron su existencia entera; existencia de una labor extraordinaria y llena de ejemplos admirables de energía, de serenidad, de altruismo, de abnegación; tan patriota, tan grande, que en 1891, proclamada por segunda vez su candidatura a la presidencia, la renunció poco después, cuando creyó mejor para el país que otro fuera el elegido.

Los homenajes que reoibió al regresar de Europa y más tarde con motivo de su jubileo, fueron algo jamás igualado por su grandiosidad. Nunca prócer alguno fué así cubierto de flores por todo un pueblo, delirante de admiración y de sincero afecto.

Ya anciano y visitado en uno de los aniversarios de su natalicio por los estudiantes de la facultad de matemáti-

cas, al dirigirles la palabra terminó con esta frase, reflejo exacto de su vida :

— « *De mis estudios de geometría nunca he olvidado esta noción : que la línea recta es siempre la menor distancia entre dos puntos.* »

Y fué la invariable rectitud de su conducta lo que le atrajo el respeto y el entrañable cariño de sus conciudadanos.

Por eso, cuando murió, pudo decirse, como nunca con mayor justicia, que moría « el padre de la patria ».

59. — Dos anécdotas de Gayarre.

I

El gran tenor Gayarre tenía fama de ser altivo y hasta soberbio con los poderosos, sencillo y benevolente con los humildes. He aquí dos anécdotas que lo reflejan.

Gayarre estaba pasando una temporada en Barcelona, entusiasmando hasta el delirio al público que acudía al teatro a oírlo cantar. Una tarde paseaba por la Rambla, que es una hermosa avenida de la gran ciudad. En una esquina vió parado a un pobre hombre con cara de hambriento y que cantaba desesperadamente acompañándose con un viejo y desafinado violín. Nadie le escuchaba ni menos respondía a su pedido de limosna. Impresionado el admirable tenor ante el triste aspecto del desgraciado, acercóse y le dijo en tono imperativo :

— ¡ Cállese usted !

Calló el hombre, y entonces Gayarre empezó a cantar uno de sus trozos predilectos. Los paseantes, atraídos por la voz maravillosa, fueron reuniéndose hasta constituir un inmenso gentío que aplaudió con locura, cuando aquél

60. — Primavera.



Temas de composición oral o escrita.

terminó. Entonces, el insigne cantante, quitándose el sombrero, imploró la caridad pública. Llovieron monedas de plata, de oro, y billetes de banco, hasta llenar el sombrero y constituir una pequeña fortuna que entregó entre aplausos al pobre hombre, el cual, atónito, casi asustado, creía estar soñando.

II

En otra ocasión, en la capital de Rusia, hallándose en su camarín del teatro, le anunciaron a un oficial del ejército llegado para decirle que el Emperador le ordenaba que fuese tal día a cantar al palacio. Gayarre contestó :

— Dígale al Emperador que tal vez no pueda ir, porque sospecho que ese día voy a estar enfermo.

Tan extraña respuesta chocó mucho al zar de todas las Rusias, y cuando comprendió el sentimiento de altivez que le originaba, corrigió su falta y envió un nuevo mensaje así :

— S. M. el Emperador ruega al admirable artista señor Gayarre, le dispense el favor y el honor de ir a cantar tal día a su palacio, si en ello no tiene inconveniente.

— Dígale usted a S. M., contestó Gayarre, que me honra con tal distinción y que tendré grandísimo gusto en concurrir el día que me señala.

61. — Recuerda y medita.

LA FUENTE MANSA.

Mira esa fuente plácida, Florencio,
Que fluye sin rumor y baña el prado :
Con su ejemplo enseñado
Haz al prójimo el bien y hazlo en silencio.

(Hartzenbuseh.)

62. — Cuatro veces tres o la igualdad.

I

Tres niños tenían cada uno doce bolitas : se pusieron a jugar. El juego concluyó, y uno tenía todavía sus doce bolitas, el otro tenía veinticuatro y al tercero, ¿qué le quedaba?

- Señor, no le quedaba nada.
- ¿Qué prueba eso?
- Que ellos no eran de igual fuerza.
- En efecto : el primero era regular jugador; el segundo muy hábil; y el otro mal jugador.

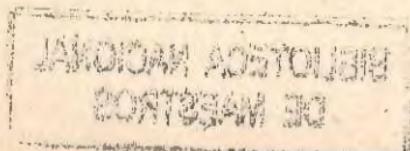
II

Juan, Julio y Santiago iban juntos a la escuela; eran de una misma edad y de igual inteligencia; tenían el mismo maestro, usaban los mismos libros, hacían los mismos deberes : también al principio del año, eran ellos los primeros, cada cual a su turno. Pero al fin fué otra cosa completamente; Juan era siempre el primero, Maese Santiago el último y Julio entre los dos invariablemente. ¿Por qué ese cambio?

- Señor, es que no trabajaban igualmente los tres.
- Justamente : Juan era trabajador, Maese Santiago perezoso y Julio no era ni lo uno ni lo otro.

III

Tres obreros habían entrado juntos en la misma fábrica; como trabajaban con iguales aptitudes los tres, ganaban el mismo salario. Sin embargo, al fin del año, uno tenía colocado dinero en la caja de ahorros, otro no



tenía ni un centavo en el bolsillo y el tercero había contraído deudas. ¿De qué provenía esta diferencia?

- Señor, es que el primero era económico...
- Y arreglado.
- El segundo descuidado...
- E imprevvisor.
- El otro derrochador...
- Y vicioso; bebía, se embriagaba.

IV

Había una vez tres hermanos que habían recibido de su madre una herencia, cada uno una casa, seis caballos y treinta lotes de tierra. Eran, pues, los tres, igualmente ricos; y además, como habían sido bien educados, los tres eran entendidos, lahoriosos y honrados cultivadores; todo igual en ellos. Y, sin embargo, al cabo de algunos años, uno había enriquecido, el otro había guardado su haber, el tercero se había empobrecido: esta vez el hecho es inexplicable; ¿de dónde podía nacer esta desigualdad?

— Señor, es que sus tierras no eran de la misma fertilidad.

- Eran igualmente fértiles.
- Entonces, señor, yo no comprendo.
- El paisano, ¿no tiene, pues, nada que temer por sus cosechas?
- Sí, señor: la sequía, las inundaciones, el granizo, las heladas, las enfermedades...

— Y bien; el tercero había tenido sus viñas heladas, sus campos nevados; mientras que los otros se habían librado de ello. ¿Era esto culpa suya?

- No, señor.
- Seguramente; el trabajador no hace el calor o el

frío; él no transporta tampoco las nubes con la mano como lleva sus animales. Aun más: un día al atar sus caballos uno de ellos le dió una coz que le postró en su cama por seis meses; durante ese tiempo debió pagar los obreros que trabajaban en lugar suyo.

Felizmente, como los tres hermanos se querían entre sí y vivían estrechamente unidos, el más rico vino en ayuda de los otros dos, y la igualdad que el azar y los accidentes habían destruído, fué restablecida por el amor fraternal, sino del todo, en gran parte.

V

Mientras tanto, recapitulemos. Nuestros tres jugadores tenían el mismo número de bolitas, pero eran de diferente habilidad; los tres escolares tenían la misma inteligencia, pero no eran igualmente trabajadores; los tres obreros ganaban el mismo salario, pero su conducta era muy distinta; los tres labradores tenían la misma fortuna, pero no la misma suerte.

Vosotros lo veis: apenas establecida la igualdad, cesa; porque el carácter, el corazón, la voluntad, la suerte, todo difiere entre los hombres. Es una pura casualidad el que dos hombres sean momentáneamente iguales; y el mantener esta igualdad accidental es una empresa tan imposible como hacer sostener un castillo de naipes sobre la superficie de un agua incesantemente agitada. Hay desigualdades naturales que son irremediables; un enano ciego de naturaleza, quedará ciego y enano por el resto de su vida. En cuanto a las desigualdades sociales, ellas son el efecto de desigualdades naturales y del uso que los hombres hacen de su libertad. Habrá siempre hombres viciosos y otros virtuosos, ignorantes y gentes ins-

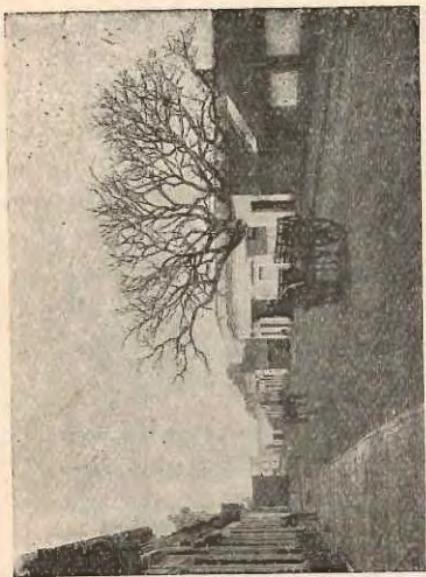
truídas, personas holgazanas y gentes trabajadoras: o dicho de otro modo, entre el vicio y la virtud, la ignorancia y el saber, la pereza y el trabajo, no hay igualdad posible. Habrá siempre hombres vigorosos y otros débiles, sanos y enfermos, muertes prematuras y prolongadas vejeces. La igualdad absoluta es, pues, una pura quimera. Es maravilloso que, a despecho de la naturaleza y de la casualidad, los hombres hayan podido, en medio de tan desigual conjunto, establecer siquiera la igualdad civil y la igualdad política. No ha sido un hecho insignificante: han sido necesarios quince siglos de esfuerzos. Consideraos felices, hijos míos, de haber nacido en un país que goza de tales beneficios; y en cuanto a las desigualdades naturales y sociales, acordaos de que es por la energía personal, por la bondad, por la fraternidad, que se puede y que se debe atenuarlas, suavizarlas y consolarlas.

A. VESSIOT.

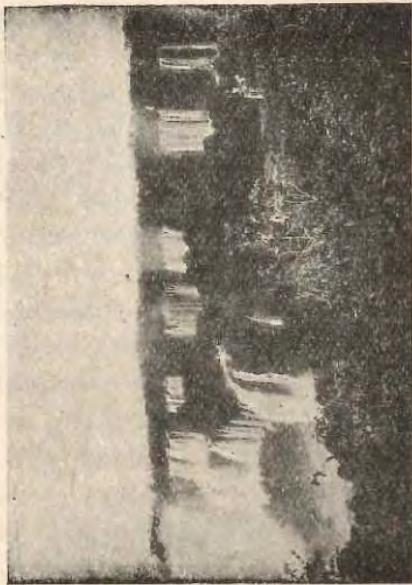
63. — La patria.

I. — CÓMO SE LA SIRVE.

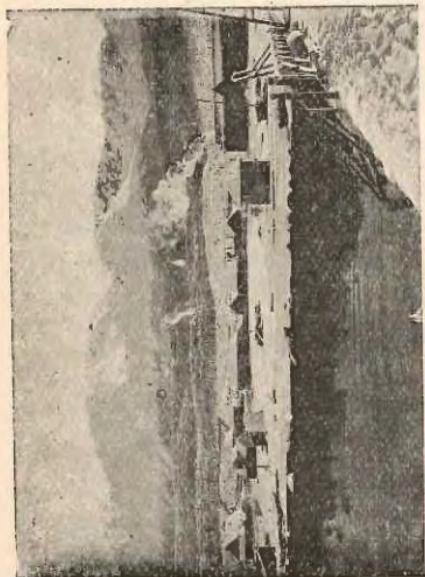
El aniversario de la Independencia fué celebrado este año, en nuestra escuela, en una forma distinta de la de los años anteriores. Habitualmente íbamos a la Plaza de Mayo, depositábamos una corona de flores en la Pirámide, entonábamos el Himno, volvíamos a la escuela y de allí a nuestras casas. El director quiso que hiciéramos algo más esta vez: se puso de acuerdo con la directora de la escuela superior de niñas, resolvieron reunir a los alumnos, más de 2.000, y, divididos en varios grupos mixtos, fuimos respectivamente a llevar coronas de flores naturales y cantar el Himno ante la Pirámide de Mayo



El pacarà de Tucumán.



Tronco visto da Ipanema



Ushuaia.



Monte do Ipanema Rio I.

y la estatua de Belgrano, el monumento a los Congresos y la estatua de Moreno, el monumento a San Martín y la tumba de Rivadavia, en la Recoleta. Algunos niños declamaron poesías adecuadas.

A las once y media nos encontramos de regreso, y reunidos todos en el gran patio de la escuela de niñas, nuestro director nos dirigió la palabra en tono sencillo. Nos habló de las diferentes maneras de servir a la patria explicándonos cómo; terminadas hace mucho las luchas en los campos de batalla, eran ahora otras luchas, acaso más benéficas, las que ocupaban a los ciudadanos. Nos habló, sobre todo, del trabajo en sus diferentes formas, como el medio indispensable para hacer más grande, honesta, feliz a la patria. Dijo que no se cansaría nunca de repetir lo que ya nos había manifestado tantas veces: que los entusiasmos patrióticos en los grandes aniversarios estaban muy bien siempre que nuestro proceder de todos los días, de todo el año, fuese consecuente con las promesas hechas en Mayo y en Julio. Cantando el Himno, saludando a la bandera, declamando en honor de los próceres, no habíamos hecho más que tributar merecidos homenajes a las fechas gloriosas y a los primeros servidores del país; pero seríamos malos ciudadanos, dijo, si no ajustáramos nuestra conducta de cada instante al cumplimiento de los deberes grandes y pequeños, siendo trabajadores, veraces, justos con todos, amables, cultos. Hacer ostentación de patriotismo en la vida privada o en los cargos públicos, en todas las formas aparatosas conocidas, y ser en la realidad otra cosa, revelaba un censurable extravío de la conciencia. El mal hijo, el alumno desaplicado, el obrero, el agricultor y el industrial haraganes y viciosos, el empleado descomedido, mal cumplidor de sus obligaciones; el funcionario que acepta

un cargo público elevado para el cual no tiene aptitudes; todos, en fin, los que sacrifican los deberes individuales y sociales que la moralidad impone, a ilegítimas ambiciones, a la indolencia, a sus vicios, son doblemente despreciables cuando pretenden pasar como patriotas haciendo frases e invocando a los próceres con cualquier pretexto.

Puso varios ejemplos que nos dejaron convencidos, y cuando ya se disponía a despedirnos, la directora de la escuela de niñas le habló un momento en voz baja, y en seguida, volviéndose a nosotros, dijo :

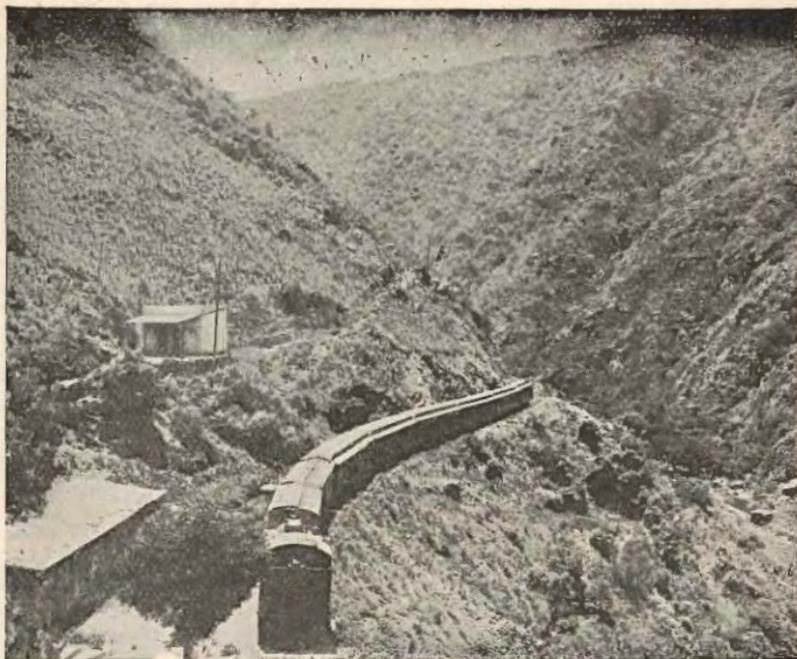
— Niños : hemos convenido en invitar a todos los alumnos de 3.^º a 6.^º grado a que, solos, en sus casas, pronunciando la palabra *patria*, anoten las ideas que en cada uno despierte. Después, en sus respectivas clases, presentarán al maestro el resultado, del cual se dejará constancia en el cuaderno mensual.

Al ponernos en marcha, Emilio gritó : ¡Viva la patria! Todos contestamos : ¡Viva! y aplaudimos.

Emilio no es mal niño, pero es bastante perezoso y embustero. Alberto, que marchaba junto a él y que es muy amigo suyo, le dijo :

— Estuvo bien tu viva, Emilio; pero no olvides que el verdadero patriotismo está reñido con la mentira y la indolencia.

Hicimos el trabajo que el maestro nos recomendó. Fueron leídas las composiciones en las horas de lectura, geografía e historia. Las mejores, después de criticadas por todos y por el maestro, y corregidas, se copiaron en el cuaderno mensual. Vale la pena leer algunas de ellas. Son las que van en seguida.



F. C. Noroeste — Sierras de Córdoba.



Lago del Dique San Roque.

II. — LA PATRIA Y LOS RECUERDOS HISTÓRICOS

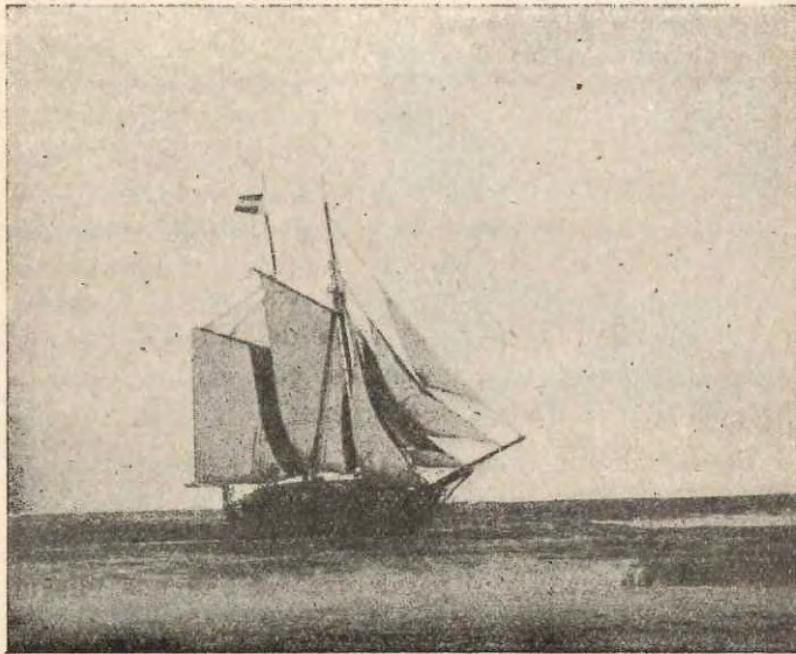
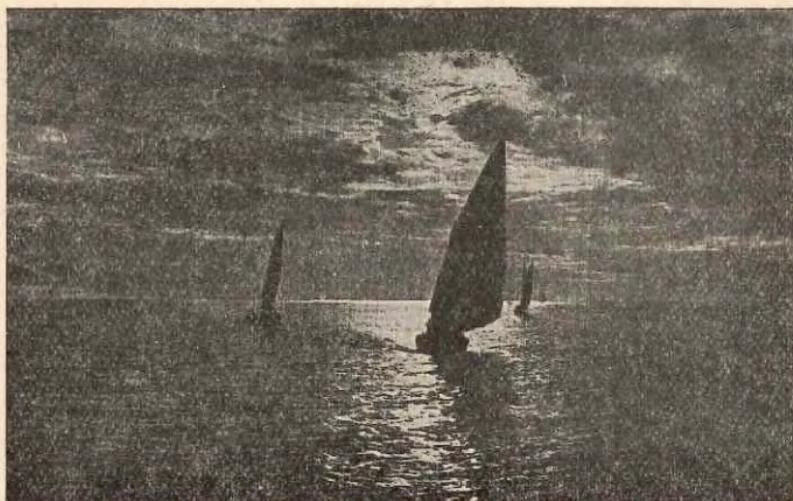
(Composición de Ernesto.)

La palabra patria despierta en mí el recuerdo del pueblo argentino congregado en la Plaza que hoy se llama de Mayo, aclamando a la Primera Junta que asumió con valentía la responsabilidad y la magna tarea de iniciar el movimiento emancipador en 1810; me recuerda el no menos atrevido Congreso de Tucumán, que proclamó ante el mundo la existencia de la «nueva y gloriosa nación».

Patria es cada uno de esos hombres que por ella dieron todo su esfuerzo y expusieron su vida, desde San Martín y Belgrano, Moreno y Rivadavia, y tantos otros no menos nobles y generosos de aquella época y de épocas más recientes, hasta los modestos, oscuros soldados que llenos de entusiasmo siguieron a sus jefes a través de llanos y montañas, sufriendo privaciones y fatigas y la muerte, sin asomos de protesta.

Y como los hombres, también recuerdan la patria las damas argentinas que alentaban a sus hijos, sus esposos y sus hermanos y se desprendían hasta de sus alhajas para armar el brazo de los valientes que debían asegurar la gloria y la libertad de aquélla.

Veo a la patria, en ese grupo de argentinos que acuden hoy mismo contentos a las filas, para habituarse a los movimientos militares y ejercitarse en el manejo de las armas; en la tropa veterana que, en estos días, desfila por las calles; en los poderosos buques de nuestra armada; en las veloces escuadrillas de aeroplanos que hienden los aires; en todas las instituciones que contribuirían a la defensa de la integridad y el honor nacional en los



En el Río de la Plata.

campos de batalla, si el triste día de una guerra debiera llegar. ¡Oh! que no llegará, porque vivimos rodeados de pueblos amigos, tan nobles como el nuestro y que cada día han de estrechar más los vínculos de afecto y ayuda recíproca en el progreso común, para mayor felicidad de todos.

Veo también la patria en el pino de San Lorenzo, en el que fué frondoso *pacará*, a cuya sombra descansó Belgrano después del triunfo en Tucumán, mi dulce y querida ciudad natal que conserva con amor la preciosa reliquia, así como la casa y sala donde el 9 de Julio de 1816 fué proclamada nuestra independencia.

La veo en todos los monumentos que eternizan los grandes hechos y los hombres inmortales de nuestra historia, desde la modesta Cruz de Salta con la significativa inscripción que recuerda la nobleza de nuestros guerreiros: *Aquí yacen vencedores y vencidos*, hasta el Cristo de los Andes, colocado allá en la cumbre por donde pasaron las legiones del « grande entre los grandes », portador de la libertad a los pueblos hermanos y cuyos restos se guardan en el Mausoleo de la Catedral, que también dice patria.

La contemplo después en nuestra hermosa bandera azul y blanca que flamea al frente de mi escuela y que al verme llegar todas las mañanas, con los libros bajo el brazo, parece que así me exhortara:

— Entra, niño, con ánimo resuelto para aumentar tu caudal de saber, tu aptitud para el trabajo, tu respeto por la verdad, tú amor por todo lo bueno y todo lo bello; y que al terminar tus clases y al pasar otra vez bajo mis pliegues, puedas tranquilo y satisfecho levantar hacia mí la mirada y decirme: Vuelvo a casa contento; he cumplido mi propósito: salgo hoy mejor preparado que

ayer para servirte, patria mía; más apto para contribuir a tu grandeza moral y material con el esfuerzo de mi inteligencia y de mi brazo y con la rectitud de mi conducta.

III. — LA NATURALEZA ARGENTINA

(Composición de Julio.)

Es mi patria el territorio inmenso cuyos límites señalamos en el mapa, de cuyos aspectos, climas, producciones, habitantes, costumbres, instituciones, nos hablan los libros, pero con un lenguaje frío que no da idea completa de la realidad, porque sólo nos habla al oído. Si nos fuese dado recorrerla, ¡cuán grande, rica y hermosa nos parecería!

Veríamos en ella los más variados aspectos: desde la Tierra del Fuego con sus maravillosos canales, sus escarpadas costas, sus regiones cubiertas de verduras, sus bosques, sus pintorescas poblaciones, como Ushuaia al pie de montes coronados de nieve, hasta los bellísimos paisajes de Salta y de Jujuy; desde las vastas planicies del litoral, hasta las imponentes elevaciones de la región andina.

Hay en ella los arroyuelos y los risueños canales encerrados entre exuberante vegetación, y los ríos navegables más caudalosos, las corrientes de ancho cauce y poco



En Tierra del Fuego.

profundas que al desbordarse parecen lagos, pero que el viajero atraviesa fácilmente a pie o a caballo; y los estrechos ríos de lecho de piedra, no navegables, que a menudo, cuando las lluvias o deshielos sobrevienen, se precipitan torrentosos y rugientes removiendo bloques enormes de granito y arrasando, a veces, obras poderosas de defensa que el hombre consideraba indestructibles.

A los arenales y a las pampas infinitas cubiertas sólo de yerbas y en las cuales no se divisa un árbol, ni el ombú tradicional, suceden llanuras cubiertas de bosques impenetrables, selvas vírgenes, algunas sólo conocidas

por los animales que en ellas se albergan; altiplanicies desde las cuales se divisan espectáculos naturales llenos de grandeza; quebradas hermosas que ocultan rincones deliciosos; cum-

bres inaccesibles, de las más elevadas del mundo, y cerros hasta cuya cima llega triunfante la locomotora y también el automóvil particular, gracias al esfuerzo humano que se abre camino a través de todos los obstáculos, haciendo volar pedazos de montaña, horadando túneles, colgando puentes sobre el vacío.

Tiene mi patria extensísimas costas sobre el Atlántico; aquí acantilados, puntas de piedra, altos barrancos que parecen contener el empuje del mar, y que éste socava y transforma incesantemente; allí playas magníficas llenas de facilidades para el pescador o transformadas en



balnearios que brindan al hombre descanso, frescura, salud y solaz, en las épocas propicias. Y por dondequiera curiosidades naturales de todo género, algunas como las cataratas del Iguazú, comparables con ventaja a las maravillas más célebres del mundo.

¡Por todas partes amplitud, color, luz, alegría!
¡Eres grande, sana, bella,!
¡Por eso te amo, buena, generosa, dulce patria de mis padres, patria mía!

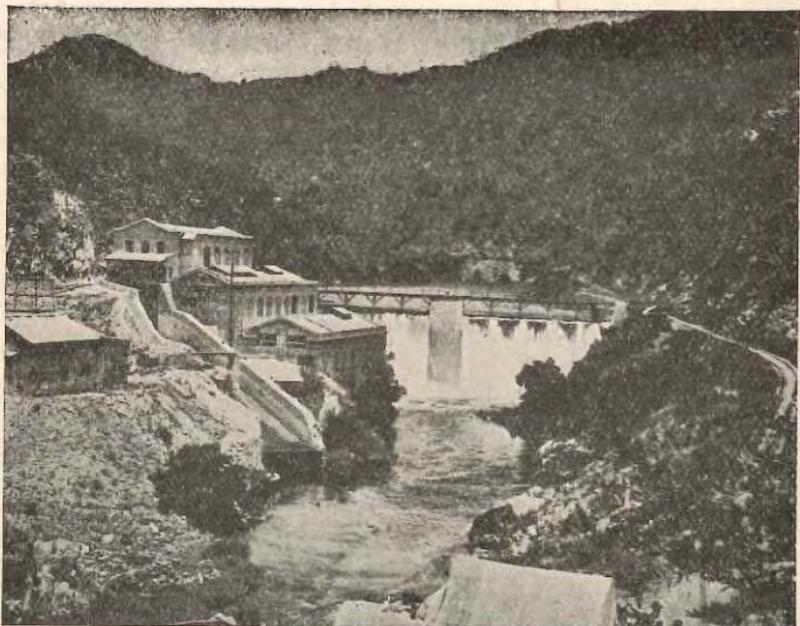
IV. — MI PATRIA ES GRANDE, RICA, GENEROSA.

(Composición de Atilio.)

Amo a mi patria porque es grande y bella, y también la amo porque es rica y generosa. Es tan generosa y rica que no sólo provee de abundante sustento a cuantos hemos tenido la suerte de nacer en ella y a cuantos de fuera vienen a cobijarse bajo su hermoso cielo, al amparo de sus leyes liberales (1), sino que aun trabaja para enviar al extranjero el producto de su esfuerzo y de la fertilidad de su tierra.

A Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Italia y otros países de Europa y de América mandamos alimentos, como la carne, el azúcar y el trigo, el cual se transforma en harina, en pan, en fideos; les remitimos maíz, lino, cebada, forrajes para los animales; lana y cueros que se transforman en prendas de vestir; madera y mu-

(1) El artículo 14 de la Constitución Nacional establece lo siguiente: Todos los habitantes de la Nación gozan de los siguientes derechos, a saber: trabajar y ejercer toda industria lícita; navegar y comerciar; presentar peticiones a las autoridades; entrar, permanecer, transitar y salir del territorio argentino; publicar sus ideas por la prensa sin censura previa; usar y disponer de su propiedad; asociarse con fines útiles; profesar libremente su culto; enseñar y aprender.



Dique Molet. — Córdoba.



Valle de Paramillos — Mendoza.

chos otros productos derivados de la agricultura y de la ganadería, que son nuestras dos grandes industrias. Y en las costas o en la montaña, junto a la superficie del suelo o yendo más a fondo, en la entraña de la piedra, vamos encontrando nuevos tesoros minerales que han de hacer cada día mayor la riqueza nacional.

Tan inmensa es la extensión del suelo argentino que en él caben casi todas las naciones de Europa. Juntas podrían ponerse, por entero, la Gran Bretaña, Dinamarca, Alemania, Holanda, Bélgica, Francia, Portugal, España, Suiza, Italia, Servia, Rumania, Bulgaria, Grecia, y todavía podríamos agregar a nuestra hermana y vecina, la República Oriental del Uruguay.

Todos esos países suman cerca de 250 millones de habitantes, y nosotros no alcanzamos a diez millones porque hemos nacido ayer; pero crecemos, crecemos, con una rapidez asombrosa, como ningún país en la tierra.

Y nuestra Capital, Buenos Aires, es una de las ciudades más importantes del mundo por su población, por su comercio, por sus progresos de todo género. Basta contemplar su puerto para comprender la grandeza del país. Nuestro puerto principal, que ya resulta pequeño, es como un inmenso vestíbulo de entrada al que llegan diariamente buques de todas partes para traernos, a cambio de lo que nosotros exportamos, los productos del trabajo del mundo entero. Y del mundo entero flamean en los diques las banderas, como si dijesen :

— Aquí venimos complacidas, porque es éste un país bendito que si mucho necesita, mucho tiene para ofrecer y lo ofrece sin egoísmo, amplia generosamente, contento de ser útil a los demás y dispuesto siempre a expresar su gratitud a quienes lo favorecen.

V. — MI PATRIA ES CULTA.

(*Composición de Agustín.*)

Yo he tenido la suerte de viajar mucho con papá.

He recorrido todas las provincias argentinas; he andado también por algunas naciones de América y por



Palacio del Congreso. — Buenos Aires.

casi todas las de Europa; hace apenas unos meses de esto último. Conservo frescas algunas impresiones de lo que he visto. No sé por qué yo hacía continuamente comparaciones entre lo que en el extranjero observaba y lo que entre nosotros existe. Tal vez por eso es que ahora la palabra *patria* despierta en mí tantas ideas diferentes.

Me veo en un balcón, en una avenida, allá, lejos, lejos, en una gran ciudad europea, durante una manifestación

popular, con una inmensa concurrencia de gente, que llenaba cuadras y cuadras. Hubo discursos, protestas, músicas, cantos, carteles con inscripciones y figuras alegóricas, un entusiasmo extraordinario en todas partes. Se trataba de reclamar contra una medida del gobierno. Algunos diarios habían anunciado que se producirían disturbios, peleas, desgracias personales, probablemente. Y bien; no ocurrió nada de eso, y el señor amigo de papá que nos había ofrecido su balcón, hizo constar el hecho como prueba de cultura popular, honrosa para la ciudad en que nos hallábamos. Y yo pensé, entonces, que lo mismo había ocurrido muchas veces en Buenos Aires, lo cual revelaba que, a pesar de ser un país nuevo, habíamos alcanzado una cultura igual a la demostrada por el pueblo de una de las viejas ciudades más civilizadas del mundo.

Y voló mi pensamiento, desde allí, a mi casa, junto a mi madre y a mis hermanos; y a la escuela junto a mis condiscípulos; a todos les decía lo que había visto y me sentía orgulloso de ser argentino. En ese momento hubiera dado cualquier cosa por estar en Buenos Aires y andar por las calles y mirar a todas las personas con expresión de gratitud. Hubiera ido a todas las escuelas para decir a los maestros: A ustedes se debe principalmente nuestra cultura, y también a los que escriben buenos libros y revistas y diarios, y a cuantos contribuyen a educar al pueblo.

Mi imaginación siguió viajando por la Avenida de Mayo, por el sinnúmero de nuestras hermosas calles y bulevares; por nuestras plazas y paseos, por la calle Florida, la Recoleta, Palermo, el Jardín Zoológico, el Botánico; la Avenida Costanera; por nuestros teatros, por los grandes bancos, por las espléndidas casas de comercio, por

algunas de nuestras fábricas y por los grandes hoteles y estaciones de ferrocarriles; por el Subterráneo y también por los hospitales y asilos; por la Asistencia Pública y Obras de Salubridad y por muchas otras instituciones benéficas y de cultura: Escuelas, Colegios, Universidades,



Palacio de Justicia. — Buenos Aires.

Museos, Laboratorios. No olvidé nuestro bravo Cuerpo de Bomberos, ni las buenas maneras de nuestros agentes de Policía; estuve con el recuerdo en algunas de nuestras bibliotecas, en las grandes librerías y hasta en la Penitenciaría Nacional, organizada como las mejores. Todo había pasado rápida, rápidamente, por mi imaginación. Y pensé en el sinnúmero de argentinos que sin haber llegado a ser tan grandes como Rivadavia, Mitre o Sarmiento, eran

acredores a la gratitud pública, porque habían contribuido a nuestro progreso con su inteligencia y su patriotismo reflejados en una labor acertada y perseverante. Vinieron a mi mente, no sólo los que actuaron en cargos oficiales elevados, como el que fué Intendente de Buenos Aires, don Torcuato de Alvear, sino los distinguidos ciudadanos que sin desempeñar cargo público trabajan y trabajan con desinterés en pro de la cultura popular, de lo cual fué vivo ejemplo el Presidente de la Asociación Protectora de los animales, don Santiago Albaracín, continuador perseverante de la obra en ese sentido iniciada por Sarmiento.

— ¡En qué piensas, niño, que tan distraído estás? — me dijo de pronto el amigo de papá.

— Pensaba en mi patria, ¡señor! También allá se conduce el pueblo de esa manera, y estoy contento.

Y bien; por la noche, solo en nuestro alojamiento, volví a mis recuerdos; pero ya no estuve con ellos únicamente en las cosas grandes y hermosas de Buenos Aires; recordé también las que había visto menos lisonjeras en nuestra Capital y también en las provincias por mí visitadas. Y junto a las imágenes que volvían, gratas, a mi corazón, aparecieron otras afligentes. Y es eso mismo lo que ahora se ha repetido bajo la evocación de la palabra patria.

No puedo olvidar lo que he visto en mis viajes por la República: muchos pueblos atrasados, gentes perezosas, ignorantes, sin hábitos de higiene y con otros defectos que es menester corregir. Le he oído manifestar a papá que no es posible extirpar de un día para otro defectos de origen; que el progreso se hace así, paulatinamente, y que el verdadero patriotismo no consiste en ocultar el mal, sino en reconocerlo y ponerle remedio con empeño y perseverancia.

Pero yo quisiera ser gobernante para apresurar nuestro mejoramiento. Combatiría la ignorancia, estimularía el amor al trabajo, el ahorro, la ayuda mutua, el respeto a la verdad, a la justicia, a la ley. Y sería el primero en dar el ejemplo.

Yo anhelo oír decir que si la República Argentina es grande, rica y bella por la extensión y la fertilidad de su suelo, la bondad de su clima y la hermosura de la naturaleza, lo es cada día más por el vigor físico y las cualidades morales de sus hijos.

64. — La mejor gimnasia.



Tema de composición oral o escrita.

65. — Recuerda y medita.

1. Los «solemnes» suelen ser los más ignorantes; observad la gravedad del burro.
2. La ostentación suele traer mayores amarguras que el hambre, la sed y el frío juntos.

66. — Fragmentos. (1)

De las entrañas de América
Dos raudales se desatan :
El Paraná, faz de perlas,
Y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
O entre floridas barrancas,
Como dos grandes espejos
Entre marcos de esmeraldas.
Salúdanlos en su paso
La melancólica pava,
El picaflor y el jilguero,
El zorzal y la toreaza.

Como ante reyes, se inclinan
Ante ellos ceibos y palmas,
Y arrójanles flor del aire,
Aroma y flor de naranja;
Así siguiendo su senda,
Sobre sus lechos se arrastran;
Luego en el Guazú se encuentran,
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas
Se derraman en el Plata.

LUIS L. DOMÍNGUEZ.

(1) De la composición « Montevideo ».

67. — Ayudaos los unos a los otros.

I. — PESTALOZZI Y EL INCENDIO DE ALTORF



Con motivo del incendio de Altorf, reuní a mis discípulos y les dije : « Altorf se ha quemado; tal vez en este momento cien niños se hallan sin abrigo, sin pan, sin vestidos; ¿no queréis vosotros rogar al Gobierno que reciba veinte siquiera en esta casa? Veo todavía la emoción con que respondieron : « ¡Ah, sí! ¡ah, Dios mío, sí! »

« Hijos míos, les dije entonces, reflexionad en lo que me pedís. Nuestra casa no tiene tanto dinero como quisieramos; y no es seguro que nos hayan de dar más a causa de esos pobres niños. Podéis, pues, encontrarlos

obligados a trabajar más para manteneros, teniendo menos alimento y debiendo compartir tal vez vuestros vestidos con ellos; no digáis entonces que deseáis que esos niños vengan, a menos que estéis dispuestos a soportarlo todo con gusto por ellos. »

Después de haberles hablado así con toda la fuerza de que era capaz, les hizo repetir a ellos mismos lo que les había dicho, para estar bien seguro de que habían comprendido claramente cuáles serían las consecuencias de su ofrecimiento.

Pero permanecieron firmes en su decisión y repitieron : « Sí, sí, aunque tengamos que comer menos y trabajar más y compartir nuestros vestidos con ellos, estaremos contentos de que vengan. Que vengan, queremos compartir con ellos cuanto tenemos. »

De PESTALOZZI.

II. — SUMAD VUESTRAS FUERZAS

Un hombre viajaba en la montaña y llegó a un lugar en el cual una roca grande caída sobre el camino lo obstruía por completo, no dejando lugar para continuar, ni a derecha ni a izquierda.

Este hombre, viendo que no podía proseguir su camino a causa de la roca, ensayó empujarla para hacerse paso; se fatigó mucho y todos sus esfuerzos fueron inútiles.

Entonces se sentó, lleno de tristeza y dijo : « ¡Qué será de mí cuando la noche llegue y me sorprenda en esta soledad, sin alimento, sin abrigo, sin defensa alguna, a la hora en que las bestias feroces salen para buscar su presa? »

Y mientras así pensaba, otro viajero llegó; y el nuevo

viajero hizo lo que el primero había hecho, pero no pudo mover la roca y se sentó bajando la cabeza.

Y después vinieron varios otros viajeros y ninguno pudo apartar la roca y el temor de todos fué grande.

Por fin uno de ellos dijo a los otros :

Mis hermanos : lo que ninguno de nosotros ha podido hacer solo, ¿ quién sabe si no podríamos hacerlo *todos juntos?*

Se levantaron y todos a la vez empujaron la piedra, y la piedra cedió.

Y ellos continuaron su camino en paz.

De LAMENNAIS.

III. — LA HUMANIDAD ES UNA FAMILIA

Yo no puedo experimentar ni cólera, ni odio, contra un miembro de la familia a la cual yo mismo pertenezco. Estimaos todos, para concurrir a una obra común, como en nuestro cuerpo concurren los pies, las manos, los ojos, las hileras de dientes, arriba y abajo de las mandíbulas.

Obrar los unos contra los otros es, entonces, ciertamente, faltar al orden natural.

MARCO AURELIO.

68. — Recuerda y medita.

1. Una persona realmente culta sabe contradecir con respeto y complacer sin adulación.
2. Perdonarnos a nosotros mismos absurdos que no sufrimos en los demás, es preferir ser tontos nosotros mismos a que lo sean los otros.
3. Usa tu saber como tu reloj. Si te preguntan qué hora es, sácalo de tu bolsillo y contesta; pero no lo saques nunca tan sólo para mostrar que lo tienes.
4. Pregúntate cada día : ¿ qué progresos hice hoy ?
5. Los obstinados son los sublimes (V. HUGO).

69. — Es prohibido escupir...

CONTRASTE SUGESTIVO

Lo que voy a contar se produjo en un coche del tranvía.

Cerca del asiento de delante, que yo ocupaba, un chico de aspecto humilde y como de 8 a 9 años de edad, escupió repetidas veces en el suelo. Un señor, sentado junto a él, le dijo con brusquedad.

— ¡Eh, cochino! ¡Eso no se hace!

El niño lo miró de mala manera, pero, temeroso, calló. A las dos cuadras el señor descendió, e inmediatamente el chico, con aire de quien se desquita o se venga, volvió a escupir.

Algunos días más tarde presencié una escena semejante, pero con un detalle muy distinto.

Otro chicuelo hacía lo que el anterior. Un caballero, que viajaba a su lado también, le tocó suavemente en el hombro y con expresión cariñosa le dijo :

— Oye, chico, ¿sabes leer?

— Un poco, señor.

— Lee allí, y le señalaba el letrero impreso sobre la portezuela del vehículo.

El niño, tartamudeando, leyó :

— « Es prohibido escupir. »

Se puso rojo de vergüenza y contestó :

— Yo no sabía. No lo haré más.

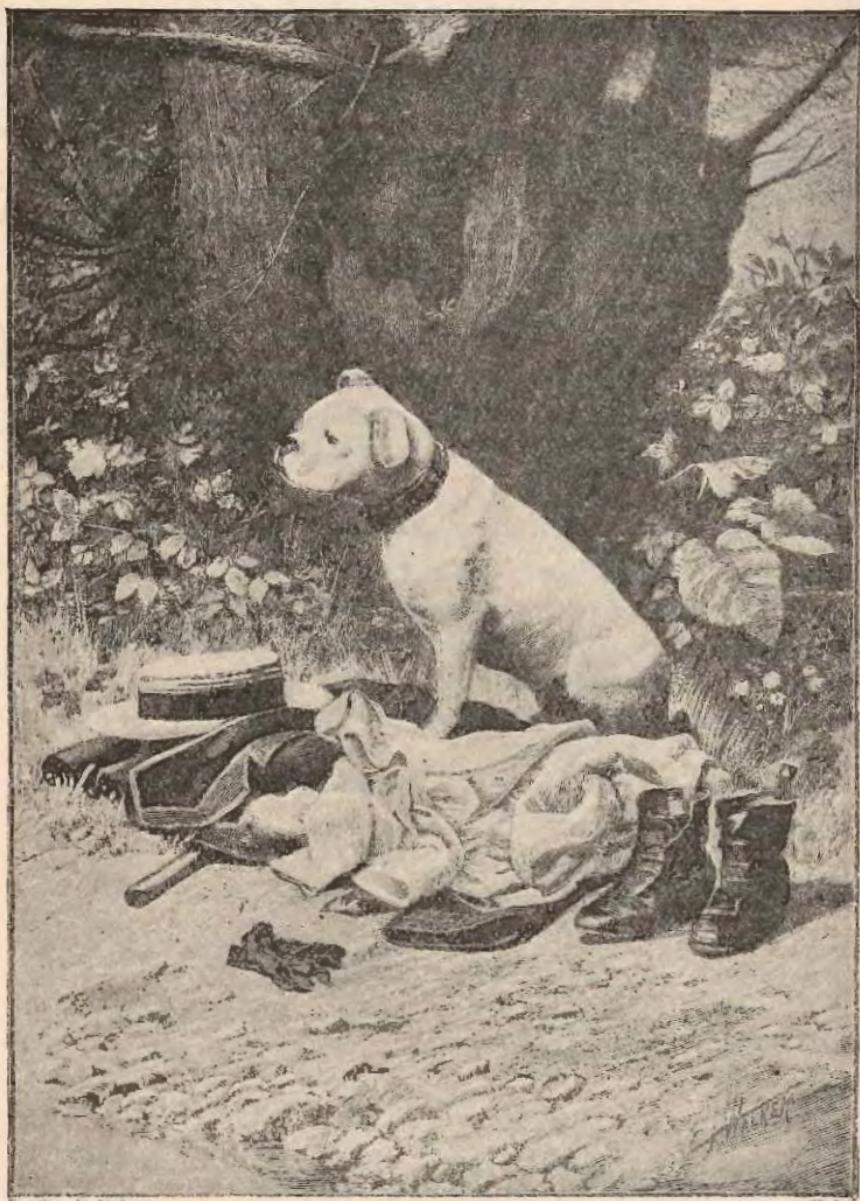
El señor, oprimiéndole el brazo con afecto, agregó :

— Dile a tu maestra que te explique por qué está ahí ese letrero.

— Sí, señor, ¡gracias!

Yo estoy seguro de que ese niño respetará en adelante, de buena gana, la juiciosa prescripción.

70. — El guardián de la ropa.



Tema de composición oral o escrita,

71. — Se debe ser franco (1).

— Luis no es franco, dijo un día a la señora Enriqueta su cuñado Martín.

La madre de Luis se estremeció, como si la hubiesen herido en medio del corazón, y replicó :

— ¡Oh, no, eso no puede ser!

— Y, sin embargo, mi pobre amiga, así es. Tu hijo es obediente, es respetuoso, pero no confiesa jamás espontáneamente una torpeza, y si se la descubren, niega; si se le apura con pruebas, busca disculpa. En cuanto a responder en seguida sin fingir : « Sí, yo he sido », eso no lo hace nunca.

La señora Enriqueta no ignoraba que el hermano de su esposo era incapaz, como éste lo había sido en vida, de asegurar lo que no hubiese comprobado bien, y entonces se afligió mucho.

Ella misma sabía que la mentira conduce a todas las faltas; pero además, combatiéndola en su hijo, cumplía un deber doblemente sagrado. Su desventurado esposo había muerto hacía ya cinco años. Pocas horas antes de fallecer, ella estaba a su lado atendiéndolo; un poco más allá Luisito, entonces de seis años de edad, dormía. De pronto, el moribundo padre, que había conservado hasta el último momento el uso de sus facultades, fijó en la camita sus ojos llenos de lágrimas y exclamó :

— ¡Oh, mi angelito querido, cómo siento dejarte! Y después tomando entre sus manos la cabeza de su esposa, le dijo :

(1) De un cuento de *Julie Sevrette*.

— Pero tú quedas, Enriqueta, para velar por su felicidad. Enséñale a trabajar y a decir siempre la verdad.

Al recordar esta escena, oyendo a su cuñado, la excelente mujer se desesperaba.

— ¡Cómo puede ser eso? Yo no le he sorprendido jamás en mentira, ¡jamás!

Pero Luis hacía mucho tiempo que no vivía con su mamá. Obligada ésta a trabajar para mantenerse y mantenerlo, estaba fuera de casa todo el día y por eso lo había confiado a su buena tía, que habitaba una casita de campo a media hora de ferrocarril. La madre sólo podía verlo los días de fiesta y no todos, pues, con frecuencia, sus recursos no se lo permitían.

En la semana siguiente, la señora Enriqueta fué a visitar a su hijo.

Al verla llegar, Luisito, loco de contento, se arrojó a su cuello llenándola de caricias.

Después le tomó la valija y sin separarse de la madre subieron al cuarto que a ella le estaba destinado.

Luis bajó en seguida en busca de la manta de viaje olvidada en el pequeño vestíbulo y dentro de la cual venía un paraguitas fino, muy delicado, con un largo cabo de plata.

La señora Enriqueta quedó esperándolo. De pronto ve abrirse la puerta violentamente y el niño aparece con la cara contraída, llenos los ojos de lágrimas. Corre hacia ella con los brazos tendidos, y sollozando exclama :

— ¡Mamá, mamá, he roto tu paraguas!

Aunque contrariada y mucho, la madre no tuvo valor para reprenderlo, al ver su desconsuelo.

— Cálmate, hijo mío, cálmate y cuéntame cómo te ha sucedido....

— Mamá, quise sacarlo de la manta y tiré, pero estaba muy ajustado y el mango se me quedó en la mano.

— ¡Ves, Luisito? dijo ella tranquilamente, tu intención era buena, pero has sido muy brusco. Las cosas delicadas deben manejarse con precaución, sobre todo las que, como este paraguas, son recuerdo querido y precioso. No obstante, estoy contenta porque no has vacilado en confesar tu torpeza. Me gustan los niños frances.

Como única respuesta Luis la miró a la cara con ojos llenos de ternura que parecían decirle: « ¡Oh, madre, es que tengo tanta confianza en ti! »

Y la señora Enriqueta sintió inundarse su corazón de alegría.

— ¡Y por qué no confiesas del mismo modo cuanto te sucede a tu tía, que es tan buena y te ama tanto?

— Yo lo hice al principio, mamá; pero ella no me habla como tú. Se pone tan enojada y grita de un modo... Yo tengo miedo de confesarle la verdad.

Y Luis se echó, llorando, en brazos de su madre.

Ésta le tomó la cabeza entre sus manos y, mirándole entre afligida y satisfecha, repuso:

— Es menester decirla siempre, sin embargo, porque así debe ser y porque así no harás ofensa a la memoria de tu padre. Promete, querido, promete decir siempre la verdad.

— La diré siempre, mamá, te lo prometo.

72. — Recuerda y medita.

Todo hombre debe arreglarse de manera que pueda vivir con sus recursos. Esta costumbre pertenece a la esencia misma de la honradez, porque si un hombre no se arregla honradamente para vivir con sus recursos, tiene que vivir, forzosamente, de un modo deshonroso, sobre los recursos de algún otro (*Smiles*).

73. — Guerra a las moscas.

Es asombroso el poder de multiplicación de la mosca, como lo es el de un sinnúmero de otros animales pequeños, muchos invisibles a simple vista.

En la ciudad de Nueva York, el gobierno encargó al profesor L. O. Howard que se ocupara de combatir la temible plaga que allí era la mosca.

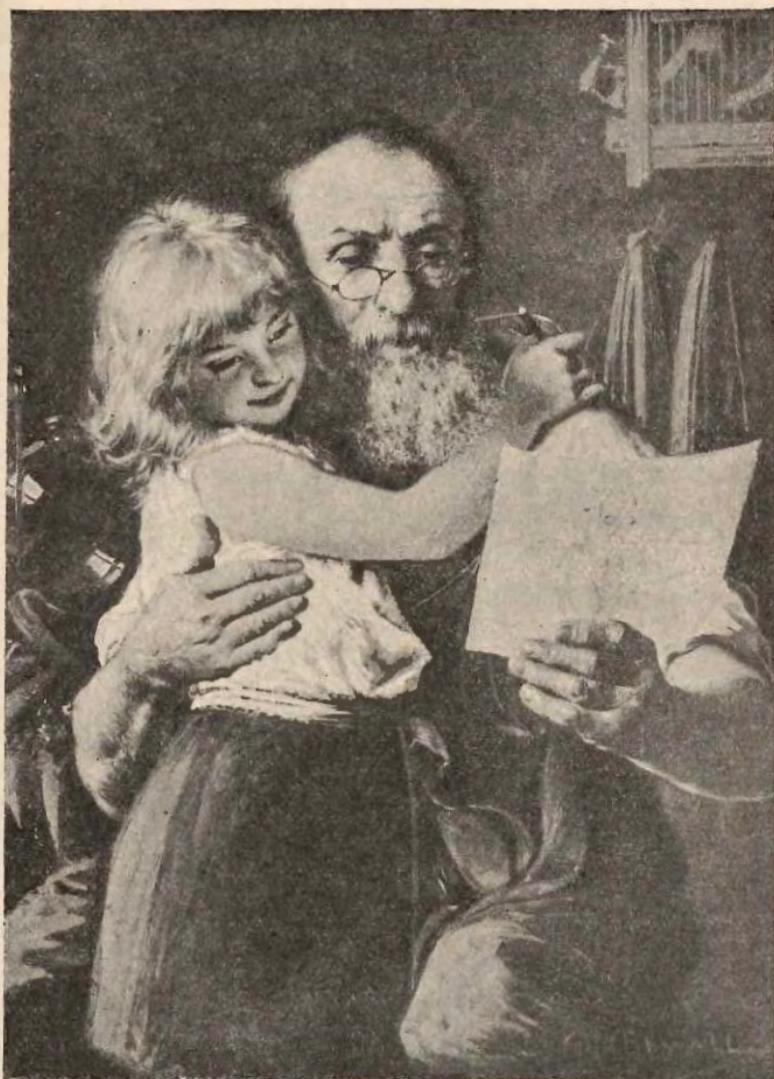
De las observaciones y cálculos de ese profesor resultó que una mosca doméstica hembra pone cuatro series de 120 huevos cada una, que se desarrollan en 10 días, al cabo de los cuales aparecen 120 moscas nuevas que continúan la propagación de la especie. Háganse los cálculos y se hallará que a los 30 días una sola mosca se ha convertido en muchos millones; que en tres meses llegan a una cifra fantástica, inconcebible.

Por fortuna no todas las moscas ponen; muchas son destruidas constantemente y las más no resisten el invierno. De lo contrario no se podría vivir.

Declaremos, pues, guerra implacable a tan nefasto bichito. Puesto que se propaga sobre todo depositando sus huevos en el estiércol, principalmente del caballo y de la vaca, y sobre otras substancias animales o vegetales en putrefacción, evitemos tener en la casa o en sus cercanías esta fuente de vida para las moscas. Destruyamos al dañino insecto por todos los medios.

Si no podemos quemar los desperdicios de la casa, tengámoslos cubiertos hasta que el basurero se los lleve. Que todo a nuestro alrededor se halle en estado de perfecto aseo.

74. — El «deber» de la nieta.



Tema de composición oral o escrita.

Que los alimentos, carne, pan, azúcar, frutas, leche, vino, agua, etc., se hallen siempre a cubierto de todo contacto.

Compremos de preferencia en las casas más aseadas y prolijas del punto de vista higiénico; esto estimulará a las otras a ponerse en las mismas condiciones.

75. — Monólogo de la lluvia.

Yo soy la lluvia...

Mi función, mi razón de ser, ¿qué digo? la condición de mi existencia, es caer...

Si yo no cayese sería nubarrón, nubecilla, vapor; no sería lluvia.

Puedo entonces decir: Yo caigo, luego existo.

Y puedo también decir: Yo caigo, tú te enjugas.

En general los hombres no me aman. Ellos dicen: «fastidioso como la lluvia».

Lo cual no les impide decir también: «una lluvia bienhechora».

Todos sus juicios están, por lo demás, llenos de estas contradicciones. Cuando durante ocho días no me han visto, me llaman a gritos. Después de tres cuartos de hora de mi llegada, tienen bastante de mí y me maldicen...

Mi alma conoce las crisis tempestuosas.

Como una criatura viviente, yo me calmo, redoblo mi violencia, me encapricho, persisto, renuncio, duro, me interrumpo, me eternizo, paso.

Yo puedo ser brutal, si quiero; entonces golpeo las baldosas, azoto los cristales.

Llego algunas veces hasta el crimen: ahogo las semi-

llas, mino los muros, inundo los caminos. Yo acrezco los arroyos, incito a los ríos a los más graves desbordes.

Yo soy música a mis horas; canto deliciosamente bajo el espeso follaje de los bosques.

Soy pintora también. Ningún artista halló colores más brillantes que los que me sirven para iluminar mi tarjeta de visita : el arco-iris.

Yo tengo mis fantasías, a veces, y cultivo la imitación. Así, yo eanto con el aire famoso de Galatea : ¡Chubascos! ¡Chubascos! ¡Más chubascos todavía!

Soy una fuerza poco común, puesto que basta una pequeña lluvia para aplacar un gran viento.

Soy excelente mucama; lavo las aceras, limpio las calzadas, enjuago los techos.

Yo soy higienista de la nueva escuela; deshollino la atmósfera, purifico el aire, saneo el suelo. Abato los microbios flotantes y los gérmenes mórbidos en suspensión.

Soy la providencia de los hortelanos y el hada de los jardines.

Yo soy la hidroterapia botánica; la ducha de las arvejas, el « tub » de las ensaladas y el baño de las fresas.

Soy la amiga de los caracoles, de los patos, de las ranas, de los cocheros de plaza, de las empresas de tranvías.

Soy la cómplice de los trasnochadores que vuelven tarde a sus casas.

Yo soy la causa, soy el efecto, soy el pretexto y soy la excusa.

En fin... yo soy un elemento de alegría, puesto que cuando llueve todo es jaleo.

Y es por estas razones que no debe insultarse nunca a la lluvia que cae.

76. — Lluvia.

Del sol al influjo,
Del mar se levantan
Vapores que envuelven
La tierra en un tul;
Y luego trocados
En nubes que encantan,
La extensión recorren
Del espacio azul.

Después, resumidas
En lluvia benigna,
Van prados y lomas
A fecundizar;
Hasta que cumpliendo
Su eterna consigna
Por ríos y arroyos
Se vuelven al mar.

Así, en el continuo
Rodar de los siglos,
Las generaciones
Vienen y se van.

77. — ¡Quiero!

Conrado no encontraba nada imposible. A veces, en la escuela, el maestro daba tareas que a los demás parecían muy difíciles. Y las traían mal. Él las hacía bien.

En su casa, casa de pobre, le encargaban trabajos materiales que requerían cierta habilidad y esfuerzo continuado. No se desanimaba. ¡Le salían mal una vez? Insistía, una, dos, tres veces, hasta vencer. Enfermo, le recetaban un remedio desagradable que repugnaba tomar. Es menester tomarlo, decía. Y lo tomaba sin protestar. El agua del baño estaba fría. Otros hubieran vacilado. Él se violentaba y ¡al agua!... De noche, a obscura ya, se oía un ruido sospechoso en la pieza o en el patio. Otros, de miedo, se hubieran ocultado entre las frazadas y quedado inmóviles, temblorosos. Él no era valiente, pero se levantaba y encendía luz para ver lo que había. En la mesa, en presencia de un plato o de un dulce de su preferencia, hubiérase servido más de lo regular. Hay que dominarse, decía. Y no abusaba. Se había trazado un horario de trabajo, resolviendo acostarse y levantarse a una hora determinada. Tal noche va a la plaza inmediata donde toca la banda de música. Él se quedaría hasta el final porque adora la música. Pero llegada su hora, volvía a casa. Por la mañana, al despertarse, hacia frío. ¡Con cuánto placer se quedaría un poco más bajo las frazadas calientes! Es la hora fijada para empezar el trabajo. ¡Arriba, Conrado! se decía a sí mismo. Y se levantaba.

Había tenido una discusión apasionada con un rival, en clase, sin haberse convencido ni el uno, ni el otro. Y al día siguiente llegaba a la escuela, buscaba al compañero

78. — Contraste.



Tema de composición oral o escrita.

y, acallado su amor propio, le decía : « He averiguado bien, tú tienes razón. »

Recuerdo que una vez yo le dije : « Tú no encuentras nada imposible, Conrado ; ni sientes repugnancias, ni frío, ni miedo, ni tentaciones, ni pereza, ni sueño, ni orgullo. »

— Sí, contestó ; siento muchas veces todas esas cosas. Pero tengo una receta muy buena para combatirlas.

— ¿Cuál es ?

— La palabra *quiero*. Cada vez que veo claro que debo proceder de cierta manera, me digo : *Quiero, quiero* hacer eso. Y me figuro que la indolencia, el temor, el asco, el dolor, la vergüenza para confesar un error, son enemigos míos que pretenden dominarme, y como no quiero que nadie me gobierne, pienso : ¡Conque sí ? ¡Vamos a ver quién puede más ! Y vuelvo a decir : *¡Quiero, quiero, quiero!* Y soy siempre yo el que puede más.

— Pero, ¿y si se te ocurre ir a la Luna ?

— Es que no soy tonto y no se me ocurren cosas absurdas. ¡Para algo tengo la razón ! Al principio me costaba vencer. Sufría al tragarse el remedio repugnante ; me molestaba mucho meterme en invierno bajo la lluvia fría ; me costaba confesar que estaba equivocado. Pero apelaba a mi auxiliar : *Quiero*. Y el triunfo era mío. Por ejemplo : temía mucho ir, de noche, al fondo de la casa y sentía vergüenza de mi cobardía. Iré, me dije una noche. Y apenas se apagaron las luces, allá fuí. Al pasar, ya en el límite del segundo patio, delante de la puerta, no cerrada, de la cocina, me parecía que un hombre, un negro, estaba allí esperando. Entonces pasé silbando y así llegué hasta el cerco y me volví, siempre silbando.

— Silbo de miedo, pensé la noche siguiente. No silbaré más. Y no silbé.

Me estremecía al estirar el brazo para empujar una puertecita que comunicaba el segundo patio con el fondo y tocando la cocina. Pasaré con las manos en los bolsillos; empujaré con el hombro, más cerca, así, de la puerta de la cocina. Y lo hice.

Una mañana, como sufriera mucho de las muelas, mi padre me llevó al dentista. Había que extraer una, y como al dentista se diese cuenta de que yo era muy sensible al dolor, se dispuso a anestesiar la parte dolorida con cocaína.

— No me ponga nada, dije. Quiero aguantar sin quejarme. Y aguanté. Y te aseguro que esa mañana llegué más allá de la Luna. ¡Vi muy de cerca las estrellas! ¡Pero el *quiero* es un gran remedio!

— ¿Quién te dió la receta?

— Mi padre. Y era su presencia la que me alentaba en los momentos de vacilación, al principio. Ahora la palabra sola obra milagros: *¡Quiero!*

Cuando tenía trece años, su maestro le había dicho un día, afectuosamente:

— Tú irás lejos, Conrado.

— Adonde yo quiera, señor.

Y no había petulancia en su respuesta. La dijo sencillamente, convencido.

Se hizo profesor, estudiando en la Escuela Normal. Después, los parientes y algunos amigos lo incitaron a que estudiase medicina o ingeniería. Podría hacerse rico. Y llegó a inscribirse en la Facultad. Pero dos de sus maestros más queridos le dijeron que consagrándose a la enseñanza también haría carrera y sería más útil a su país.

Él consultó, entonces, a su padre.

— Elige lo que te diga el corazón, hijo mío.

— *Quiero ser educador.*

Y lo fué.

Y cuando sus discípulos o amigos le pedían consejo, solía contestar :

— Para realizar una obra, aunque sea difícil, tres cosas son suficientes : *querer, querer y querer.*

79. — Pasión de inventor.

BERNARDO PALISSY (SIGLO XVI)

Palissy soñaba descubrir el secreto del esmalte, que Faenza, en Italia, guardaba celosamente.

Buscó durante años. Él ignoraba el arte del alfarero : lo aprendió a fondo. Ensayó todos los materiales y descubrió primero el esmalte blanco. Pero era un esmalte de color lo que él anhelaba; sintiéndose en el camino de hallarlo, redobló sus esfuerzos. Veinte veces creyó tener el secreto; pero cada vez, como él no disponía de medios de fortuna, un accidente imprevisto arruinaba su esperanza.

Su horno, sobre todo, muy imperfecto, le traicionaba por su calor insuficiente o mal distribuído. En su familia le creían loco, y comenzaron a preocuparse respecto de la situación en que colocaba a los suyos, pues la miseria los acechaba; pero él continuó su sueño de creación. Pronto inventó el medio de proteger las piezas de porcelana contra el alcance de llama; tocaba el fin : ya no necesitaba sino un calor más ardiente. Encendió un formidable brasero y el barniz comenzó a fundirse. Febrilmente, siguió Palissy la operación; pero, he aquí que, faltó de combustible, el fuego bajó. Entonces el artista arrancó los rodrigones de su viña, despedazó las sillas,

las mesas, los muebles de su pobre casa, y arrojó todo al fuego. Su alegría fué inmensa, pues sus ojos asistieron a la formación y a la terminación feliz de la obra maestra que había soñado. ¡Había descubierto por fin el difícil secreto de esas admirables alfarerías brillantes, tan poderosamente coloreadas, que labraron su gloria!

80. — La rama de lilas.

Una pobre obrera, pegada contra los cristales de una vendedora de flores, contemplaba las lilas con ojos de ansiedad. La nieve, afuera, caía fría y copiosa. Las lilas de la tienda parecían haber sido acariciadas por las primeras brisas de la primavera.

Con vacilación, la mujer abrió la puerta de la vendedora : « La rama de lilas, ¿cuánto vale ? » dijo, tomando una.

— Diez francos.

— ¡Diez francos!... exclamó la obrera, dejando caer las flores sobre el mostrador.

Una lágrima escapó de sus ojos, una de esas lágrimas aisladas y contenidas, que abrasan los párpados.

— ¡Pobre chiquito mío! Había nacido cuando las lilas estaban en flor... y se irá para siempre sin una rama en los brazos.

— ¿Usted ha perdido a su hijito? — preguntó la vendedora, conmovida.

Entonces tomó, no ya una sola, sino un montón de lilas, llenó con ellas el delantal de la desgraciada madre y, rechazando la moneda que le ofrecía, agregó :

— No se dirá que yo os haya cobrado el último lecho de vuestro niño.

81. — El mimado.



Tema de composición oral o escrita.

82. — Un terrible enemigo de la humanidad.

I. — EL ALCOHOL

¡Oh! ¡Jamás hubiera creído que fueran tan grandes, tan terribles, las daños que causa el alcohol a la humanidad!

El maestro nos explicó la influencia nociva del traidor veneno, no sólo sobre la salud, produciendo perturbaciones graves hasta llegar a la muerte y pasando por ataques terribles como el « delirium tremens », sino también la que ejerce sobre la inteligencia, la memoria y el juicio, originando a menudo el idiotismo y la locura.

El hombre pierde la voluntad, se envilece, cae en la conducta más despreciable, se convierte en objeto de

lástima o en el hazmerreír de los demás; ocasiona la desgracia de su familia e influye hasta en la de sus descendientes. El bebedor concluye en la degradación vergonzosa y con frecuencia en el crimen.

— Estos espantosos efectos del alcohol son los más conocidos; pero no son los únicos; ni quizás los más abundantes, nos dijo después el maestro. Y continuó: — Tal vez el daño mayor es el que sufrimos sin que se nos ocurra atribuírselo al alcohol que ha trabajado el terreno a oscuras, sin dejarse ver, despacito, despacito, pero incesantemente. Es el daño inferido al inmenso número de personas que no pasan por alcoholistas, que no beben jamás hasta embriagarse, pero que absorben todos los días una cantidad de alcohol, al parecer inofensiva, porque no produce efectos visibles inmediatos. Es la copita por la mañana, el vermut, el terrible ajenjo, el guindado o la caña de durazno que prepara la familia, y también el delicado Jerez y el Oporto, tomados como aperitivos; el traguito de cognac o de licor, que acompañan al té o al café en distintos momentos. Todo eso se suma y en vez de favorecer, como muchos creen, retarda el trabajo digestivo y produce en diferentes órganos otras perturbaciones que si no siempre son graves, bastan para alterar su buen funcionamiento y para hacer de una persona vigorosa, capaz de resistir a las enfermedades, un ser debilitado, que cuando una dolencia de importancia lo invade, lucha sin fuerza suficiente y es vencido. ¿Quién lo mató? ¿El alcohol? No; decimos que fué la nefritis, la neumonía, la fiebre tifoidea, la erisipela, la tuberculosis, la influenza complicada, etc. Pero éstas triunfaron porque el riñón, el hígado, el estómago, el corazón u otro órgano, o más de uno de ellos, andaban mal, alterados de tiempo atrás por el alcohol traicionero.

Otras veces no sobreviene la muerte, pero nos vemos obligados, para retardarla, a someternos a un régimen de vida penosa, llena de privaciones y molestias, que hubiéramos evitado absteniéndonos de beber ese veneno lento, pero tenaz y seguro, que es el alcohol.

Sus estragos son más visibles entre la gente pobre porque sólo pueden pagarse bebidas ordinarias y porque entre ellas existen otras causas de debilitamiento: habitación antihigiénica, alimento escaso, trabajo excesivo, etc.

El maestro nos recomendó que leyéramos un librito publicado (1) entre nosotros por el doctor Domingo Cabred, médico argentino progresista, generoso, que ha venido haciendo el bien, creando en diversas regiones, hasta las más lejanas del país, hospitales, sanatorios, asilos para distintas clases de enfermos, y combatiendo, con perseverancia e inteligencia, el alcoholismo y otros males sociales.

Y agregó el maestro:

— Más que con palabras y consejos, quiero convencer a ustedes, con hechos y datos estadísticos de todas partes, que he reunido tomándolos de libros y revistas científicas.

Nosotros anotamos todo en nuestro cuaderno.

II. — EL ALCOHOL Y LA MORTALIDAD

En Glasgow, ciudad de Inglaterra, hubo, entre 1847 y 1849, una gran epidemia de cólera. El doctor Adams, médico, hizo cuidadosas observaciones y estadísticas, comprobando que de cada 100 personas que bebían alcohol y que fueron atacadas por el cólera, fallecieron 91, en tanto que sólo murieron el 19 por ciento de los no bebedores.

(1) «La enseñanza antialcohólica en la escuela», por D. Cabred y M. de Toro Gómez.

Comprobaciones análogas han hecho y hacen con frecuencia los higienistas de distintos países, confirmándose que la mortalidad por tuberculosis, fiebre tifoidea, erisipela y demás enfermedades infecciosas, es muchísimo mayor entre los que acostumbran a tomar alcohol en cualquier forma, sin excluir la cerveza, ni el vino.

El doctor Willard Parker, médico norteamericano, dice: « Una tercera parte de todas las muertes habidas en Nueva York son producidas, directa o indirectamente, por el alcohol. »

Después de una investigación efectuada en cierto número de hospitales, asilos y hospicios de París, por encargo de la Academia de Ciencias, M. Fernet, en la sesión del 21 de Noviembre de 1908, informó que el alcoholismo interviene como causa eficaz en un tercio de la mortalidad general; como causa principal y única, en un décimo, y como causa accesoria o coadyuvante, en más de otros dos décimos.

El doctor Landouzy afirma que en los departamentos del Ródano y del Sena, en Francia, sobre 1.000 muertos de tuberculosis, más de la cuarta parte eran bebedores.

El doctor Luciano Jacquet, médico del hospital Santa Ana de París, expresa: « El alcohol llena la mitad de nuestros manicomios y casi la mitad de nuestras prisiones; el alcohol forma la cuarta y hasta la tercera parte de la mortalidad general, es el productor de la mitad de la tuberculosis, que mata anualmente en Francia unas 150.000 personas. Además, el alcoholismo de los padres produce la mitad de la mortalidad infantil. »

En Suiza, una estadística hecha reveló que más del 11 por ciento de la mortalidad era originada por el alcohol.

En Francia, Inglaterra y otros países, se ha observado

que las profesiones que dan mayor número de muertos son las de expendedores de bebidas.

En la guerra turco-balcánica se comprobó que la mortalidad entre los heridos turcos era mucho menor que entre los demás. Y es sabido que su religión les prohíbe toda bebida alcohólica.

III. — EL ALCOHOL, LA LOCURA Y EL SUICIDIO

La inmensa mayoría de los alienados del Open-Door de Luján (prov. de Buenos Aires) deben la locura al alcohol.

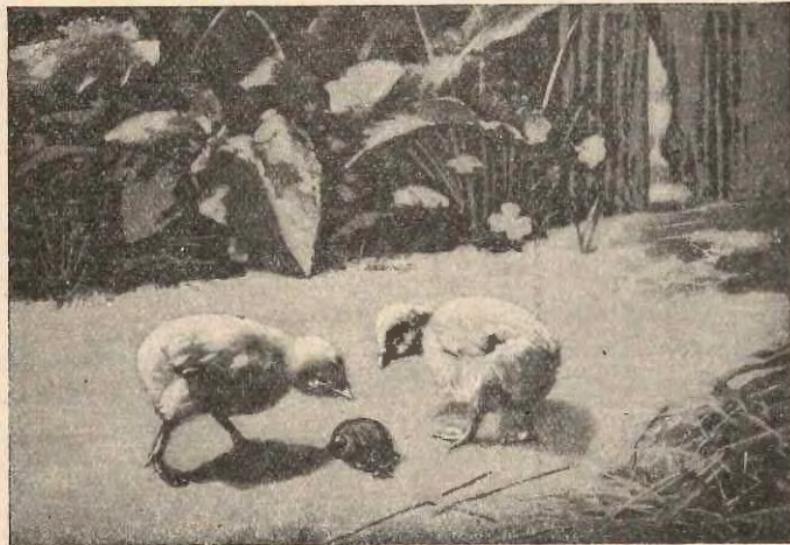
Hace más de medio siglo, cuando todavía no se había generalizado el uso de los aperitivos, ingresaban en los manicomios de París más alienadas que alienados, ocurriendo ahora todo lo contrario desde que el aperitivo se usa entre los hombres.

En general, en Europa y América aumentó la locura producida por el alcoholismo, alcanzando en muchos países a más del 30 por ciento del total. En cambio, en los países con leyes contra el alcohol, la cifra ha disminuido, como acontece en Suecia, donde era hace pocos años de 9 por ciento y en Noruega sólo de 3 por ciento.

La misma influencia del alcohol se ha observado en los suicidios. El doctor Von Octtingen da estos informes : de 28.199 suicidios, en diversos países, 3.562 fueron debidos a la intemperancia.

En Suiza se comprobó que eran más frecuentes en los dos primeros días de la semana, que siguen a los excesos del domingo. En los países antes alcoholizados y hoy temperantes (Suecia y Noruega), de 1821 a 1845 había de 50 a 60 suicidios por cada 100.000 habitantes, y en el período de 1878 a 1889 no pasaron de 10 por 100.000 habitantes.

88. — ¿Qué es esto?



Tema de composición oral o escrita.

IV. — EL ALCOHOL Y LA CRIMINALIDAD

Un departamento de Francia que poseía el mayor número de despachos de bebidas en proporción a sus habitantes, resultó ser también el que iba a la cabeza por el número de crímenes y suicidios.

Otra estadística relativa a los delitos reveló que eran producidos por el alcohol, en Francia, el 72 por ciento; en Alemania, el 43; en Inglaterra, el 53; en Suiza, el 75.

En Baviera, en 1910, hubo 8.864 personas alcohólicas condenadas, representando el 14 por ciento con respecto al total de criminales. En Inglaterra, en 1917, fueron 187.000 los delitos por embriaguez.

En Austria, de 2.006 detenidos, según el doctor Kostie, director de la prisión de Mitrovica, 1.160 eran alcohólicos, y la mayor parte de los delitos habían sido cometidos los domingos y días de fiesta.

Entre tanto, en los países que tienen leyes contra el uso del alcohol ha bajado la criminalidad lo mismo que la locura. Un hecho expresivo es el siguiente: durante el mes de agosto de 1909 hubo una huelga en Estocolmo, capital de Suecia, y las autoridades resolvieron cerrar las tabernas del 4 al 31 de ese mes. Y bien, los delitos por embriaguez que en agosto de 1908 habían sido 1.469, bajaron a 168; los robos que habían alcanzado a 412, descendieron a 196, y así en los demás delitos.

V. — EL ALCOHOL HIERE A LOS HIJOS DE LOS BEBEDORES

Pero la influencia terrible del alcohol va más allá todavía: alcanza a los descendientes de los bebedores.

El doctor Sullivan, del hospital de Liverpool, observó la progenitura de 21 madres dadas a la bebida y de 28

sobrias, pertenecientes unas y otras a la misma clase social. Las 21 intemperantes, madres, en total, de 125 niños, perdieron 60 que murieron antes de cumplir los dos años de edad. En cambio, de los 138 hijos de las otras sólo murieron prematuramente 33.

De 1.000 niños atrasados, idiotas o epilépticos asistidos en el hospital de Fouleville (Francia), en 475 casos el padre era alcoholista, en 84 lo era la madre y en 65 lo eran ambos.

Una comisión presidida por el doctor Howe, de Massachusetts (E. U.), indagó los antecedentes de 300 niños idiotas y halló que 145 eran hijos de padres y madres bebedores.

El profesor Demone, de Berna, siguió de cerca la vida de 10 familias de bebedores y de 10 de abstemios durante 10 años, y publicó después los resultados.

En las familias de bebedores nacieron 57 niños, de los cuales murieron 25 antes de las seis semanas de edad, 6 fueron idiotas, 5 raquílicos, 5 epilépticos, 5 contrahechos, 1 con el mal de San Vito y sólo 10 sanos.

De las 10 familias de abstemios nacieron 61 niños. De ellos sólo 5 murieron en las seis primeras semanas; no hubo ninguno idiota, ni epiléptico, ni raquílico; hubo 4 enfermos, 2 contrahechos y 50 sanos.

El promedio de buena salud fué de 17 por ciento entre los hijos de bebedores y de 81 por ciento entre los de no bebedores.

En Noruega, hace poco más de 80 años, cuando se abusaba del alcohol, morían en el primer año de edad 300 de cada mil niños nacidos. Ahora, a causa de la ley que ha hecho al país temperante, la mortalidad infantil oscila entre 70 y 80 por 1.000. En Baviera, en cambio, donde se bebe mucho, la mortalidad infantil es de 300 por 1.000.

VI. — RECHAZO DE LOS ALCOHOLISTAS

Las fábricas, las empresas de ferrocarriles, los comerciantes y hasta los particulares no quieren a su servicio a quienes son bebedores, y las compañías de seguros cobran primas mayores a los que beben, y no aseguran, absolutamente, a los alcoholistas.

En varias universidades norteamericanas se hicieron averiguaciones y se comprobó que un gran número de asociaciones atléticas, de foot-ball, de remo, etc., excluían por sus reglamentos a los que tomaban alcohol, y los más grandes campeones resultaban ser los que se absténian del alcohol y del tabaco.

VII. — EL ALCOHOL Y LA RIQUEZA

Alberto preguntó por qué los gobiernos no prohibían el expendio de bebidas alcohólicas.

— Ya se han tomado en diversos países medidas en ese sentido, nos dijo el maestro. En otros se vacila; se dice: que prohibir el uso del alcohol como bebida, importa privar al Estado de muchos millones de pesos que recibe como contribución y que dedica a servicios públicos; pero no se ha calculado los enormes beneficios que resultarían de la prohibición, asegurando el mayor y mejor trabajo y la vida feliz, disminuyendo las huelgas, los accidentes de todas clases, las enfermedades, los delitos y los crímenes. No se ha calculado todo lo que podría hacerse con lo que se invierte en hospitales, asilos de idiotas, hospicios de epilépticos, manicomios, depósitos de mendigos, cárceles, etc., sostenidos hoy por el público y que se llenan con legiones de bebedores.

En Rusia, desde que la prohibición del alcohol se de-

cretó, pudo apreciarse pronto todos los grandes beneficios resultantes. Se notó una extrema mejora en la salud pública; aumento en la producción del trabajo de los obreros; aumento de lo depositado en las cajas de ahorro, pasando de 1.673 millones de rublos que había el 1.^º de Septiembre de 1914 a 2.195 millones el 1.^º de Septiembre de 1915 y acreciendo, término medio, en 100 millones de rublos por mes. Se construyeron usinas para los usos industriales del alcohol y se exportaron cerca de 2 millones de hectólitros.

El doctor Luis Jacquet ha calculado que el valor del alcohol consumido en un año en sólo once naciones: Estados Unidos, Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, Austria, Rumania, Bélgica, Suecia, Dinamarca y Noruega, asciende a *diez y nueve mil ochocientos ochenta y un millones de francos*, de modo que para el mundo entero, dice el librito citado del doctor Cabred, puede calcularse el consumo, sin exagerar, en *treinta mil millones de francos* o sea cerca de *catorce mil millones de pesos m/n.* Agrega: «¡Cuántas instituciones benéficas, cuántas escuelas, cuántos sanatorios, cuántas bibliotecas y museos se podrían fundar; cuántos bienes se podrían procurar a la sociedad y cuántas desgracias y miserias se evitarían con sólo la mitad de esta enorme cifra!»

Para la República Argentina puede calcularse la suma que se malgasta por el consumo abusivo de bebidas alcohólicas, en alrededor de *215 millones de pesos*.

En Estados Unidos son ya incalculables los beneficios que resultan de la prohibición del alcohol.

VIII. — DECLARACIÓN DE GUERRA AL ALCOHOL

Al oír Carlitos estas cifras, exclamó:

— Señor: cuando yo sea hombre, he de trabajar para

que me elijan diputado y, una vez en la Cámara, no descansaré hasta conseguir leyes severas contra el alcohol como bebida. Haré que los millones ahorrados se apliquen a construir en todas partes, en lugares sanos, casas higiénicas para los pobres y a disponer grandes espacios y plazas para que los niños jueguen.

— Y también bibliotecas, dijo Luis, con salones de fiestas, conciertos y lecturas amenas e instructivas, para los padres y para los hijos. Y se buscarán personas que sepan leer bien porque así interesarán a los oyentes y éstos no faltarán nunca.

— ¡Ah! sí, observó Julio, eso se hace en Estados Unidos. Ernesto, que estuvo allí, me lo contó.

— Ciento, cierto, agregó el maestro; los niños se acostumbrarían cada vez más a esa manera útil de ocupar el tiempo, así como a los juegos y ejercicios sanos y agradables al aire libre, que los alejarían de otros entretenimientos perjudiciales y de las terribles tabernas.

— Y yo, señor, exclamó Pablito, pondría árboles y jardines por todas partes donde pudiera; pequeños lagos con cisnes y otras aves; estatuas lindas y otros adornos para que hubiera paisajes bonitos en todos los barrios, y estuvieran las gentes contentas y tuviesen lugares de sombra y frescura en verano, y de sol que entibie el aire en invierno.

— También bandas que hagan buena música, porque papá dice que todas esas cosas ayudan a hacer buenas a las personas, ¿verdad, señor? dijo Juanito.

— Y yo, entonces, exclamó Enrique, empezaré desde ahora a combatir el alcohol, contaré a todos lo que hoy he aprendido, lo repetiré siempre, y entretanto propongo que fundemos nosotros una sociedad para combatir la intemperancia.

— ¡Esto es una declaración de guerra!

— ¡Claro que sí! Guerra a muerte, sin cuartel, y no admitiremos proposiciones de paz en ningún momento, dijo Enrique.

— ¡Bravo, chicos! exclamó el maestro : eso será portarse como buenos ciudadanos, sirviendo al país eficazmente. ¡Bravo!

84. — El abuso del vino.

(*Leyenda árabe.*)

Dicen los árabes que cuando Noé hubo plantado la viña, Satanás fué y la regó con sangre de pavo; en cuanto aparecieron las hojas, rególa con sangre de mono; al formarse los racimos, con sangre de león; y cuando la uva estuvo madura, el riego fué con sangre de cerdo...

Y bien, agregan, alimentada la viña con la sangre de esos cuatro animales, el vino ha tomado los caracteres de todos ellos. Así, a los primeros vasos de vino, el hombre bebedor se vuelve más confiado en sí mismo, es jactancioso, lleno de orgullo : la sangre de pavo ha producido sus efectos. Los vapores del pérvido licor empiezan a subírsele a la cabeza, está contento, salta, hace piruetas como un mono. La ebriedad se apodera de él : es un león furioso. Llega al colmo de la borrachera, cae, y como el cerdo revuélcase en el suelo, se estira y duerme.

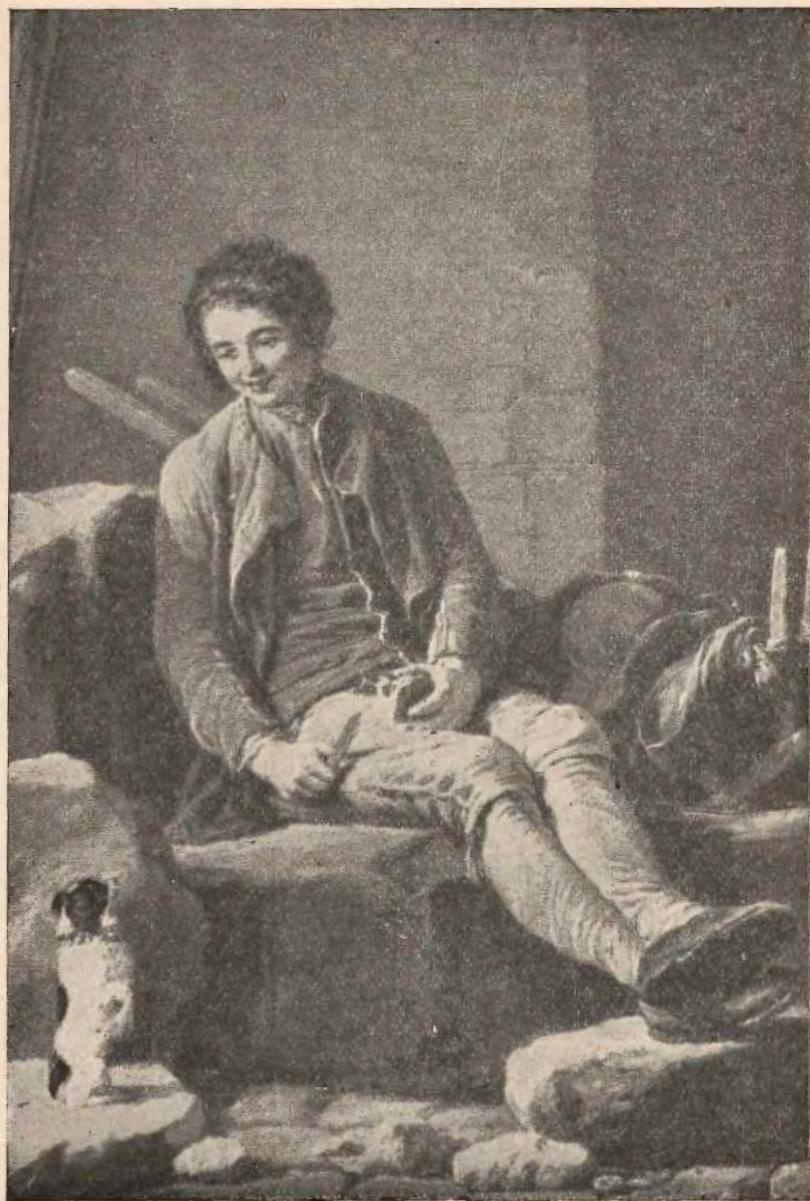
85. — Recuerda y medita.

1. El que sabe cosas útiles y no el que sabe más cosas, es el hombre sabio.

2. Aprendé pronto el arte de ganar dinero dignamente y también de emplearlo bien.

3. En el surco del arado entierra el hombre sus vicios. — (V. HUGO.)

86. — Gracia interesada.



Temas de composición oral o escrita.

87. — Las rosas.

Soy impresionable, y por razones que no es del caso referir, me eran más que antipáticos los habitantes de cierta población donde había pasado una temporada en mis viajes por Europa.

Una tarde del mes de Noviembre, sintiendo la nostalgia del sol y del aire de mi tierra argentina, salí a buscar flores para alegrar la pieza del hotel, una pieza indiferente y severa que me helaba los huesos.

Entré en un negocio que ostentaba en sus escaparates una magnífica colección de azaleas.

Mientras elegía una de ellas, oí tras de mí una vocecita suave que preguntaba el precio de unas rosas.

Me di vuelta y vi dos niñas pálidas, ojeras, flacuchas, que contaban unos céntimos. Luego, con tristeza, dirigiéronse a la puerta. Curiosa, las detuve.

— ¡Para quién buscáis las flores? — interrogué.

— ¡Ah, señora! — me respondió la más grandecita: — hoy es el cumpleaños de la dueña del taller donde trabajamos...

— Llevadle este ramo y sed siempre buenas.

La mayor me miró turbada mientras tomaba las flores.

— ¡No sabéis dar las gracias! — interrumpió la florista.

La pequeña avanzó un paso, y tímida, en voz baja, muy baja, me dijo:

— Señora, ¡permitís que os abrace?

Estreché en mis brazos a la criatura. Un nudo me cerraba la garganta, los ojos se me nublaron. Cuando logré dominarme, la chiquilla estaba lejos. Se había llevado hasta el último vestigio de mi antipatía por las gentes del lugar.

88. — Caridad.

Dad al pobre, dad al pobre
paz, consuelo, alivio, pan;
¡que recobre
la esperanza y la alegría
con la ayuda que le dan!

A las manos bondadosas
desde el cielo Dios envía
el perfume de las rosas
de la eterna Alejandría.

Dad limosna al que se agita
por cruel miseria opreso;
a la triste cieguetcita
dadle un beso.

Damas bellas y adorables
que vivís entre esplendores,
a las niñas miserables
dadles pan y dadles flores.

Bondadosas y discretas
dad un beso al pobre niño...
¡Dios bendiga,
Dios bendiga las violetas
que se arrancan del corpiño
para darse a la mendiga!

Si a los tristes dais consuelo,
sensitivos corazones,
tendréis alas en el cielo
y en la tierra bendiciones.

89. — Dad al pobre.



— Tem de composición oral o escrita.

90. — Acuarela.

Canción infantil.

Es la mañana; lirios y rosas
Mueve la brisa primaveral,
Y en los jardines las mariposas
Vuelan y pasan, vienen y van.

Una niñita madrugadora
Va a juntar flores para mamá,
Y es tan hermosa, que hasta la aurora
Vierte sobre ella más claridad.

Tras cada mata de clavellina,
De pensamientos y de arrayán,
Gira su traje de muselina,
Su sombrerito, su delantal.

Llena sus manos de lindas flores,
Y cuando en ellas no caben más,
Con su tesoro de mil colores
Vuelve a los brazos de su mamá.

Mientras se aleja, como dos rosas
Sus dos mejillas se ven brillar,
Y la persiguen las mariposas
Que en los jardines vienen y van.

91. — El fraude en materia de impuestos.

¡Cuántas personas estimables no vacilan en defraudar al tesoro público, haciendo falsas declaraciones de ventas, de arrendamientos, so pretexto de que el Estado no es nadie! Pero es mucho más que alguien, es todo el mundo y todo el mundo representando lo más sagrado que tiene la sociedad : la Ley. No importa; se comete sin esfuerzo este fraude, aun cuando sea agravado por una mentira y a menudo por una mentira escrita y firmada.

Pensando en eso, yo no puedo acordarme sin reír y sin cierta emoción de la cualidad característica de uno de mis más queridos amigos. Él aplica a todas las cosas de la vida, y sobre todo a las cuestiones de dinero, una inflexibilidad de principios, un rigor en la probidad, una delicadeza tan caballeresca, que le ha valido entre las gentes el sobrenombre de Don Quijote.

Pues bien : X... regresaba de Bélgica con su suegra. La distinguida señora había comprado en Malinas unos hermosísimos encajes y los había ocultado hábilmente en sus maletas, entre sus ropas. Llegados a la aduana, su yerno le dijo :

- No olvide usted de declarar sus puntillas.
- ¡Cómo no! Tendría que pagar derechos enormes...
- Pero esos derechos usted los debe.
- ¡Yo los debo? ¡A quién? ¡Por qué?
- Porque hay una ley sobre la importación que establece un impuesto...
- ¡Y acaso soy yo la autora de esa ley? ¡Me han pedido mi opinión antes de dictarla?... Yo la encuentro absurda esa ley; yo la encuentro inicua, opresiva y no

comprendo cómo un hombre liberal como usted apruebe tal tiranía. Yo escapo de ella. Es mi derecho.

— Pero eso es un contrabando, y el contrabando es un fraude.

— ¡Basta! — replicó ella con bastante sequedad. — Usted no tendrá la pretensión, supongo, de enseñarme lo que debo hacer. Por lo tanto, cállese.

Él se calló; pero cuando empezaron a examinar las maletas y el aduanero preguntó a los viajeros si no tenían nada que declarar, mi amigo, con su calma habitual, respondió: « Sí, señor; la señora tiene aquí unos encajes que yo creo que deben pagar la entrada. »

Pueden ustedes imaginarse el furor que se apoderó de la dama.

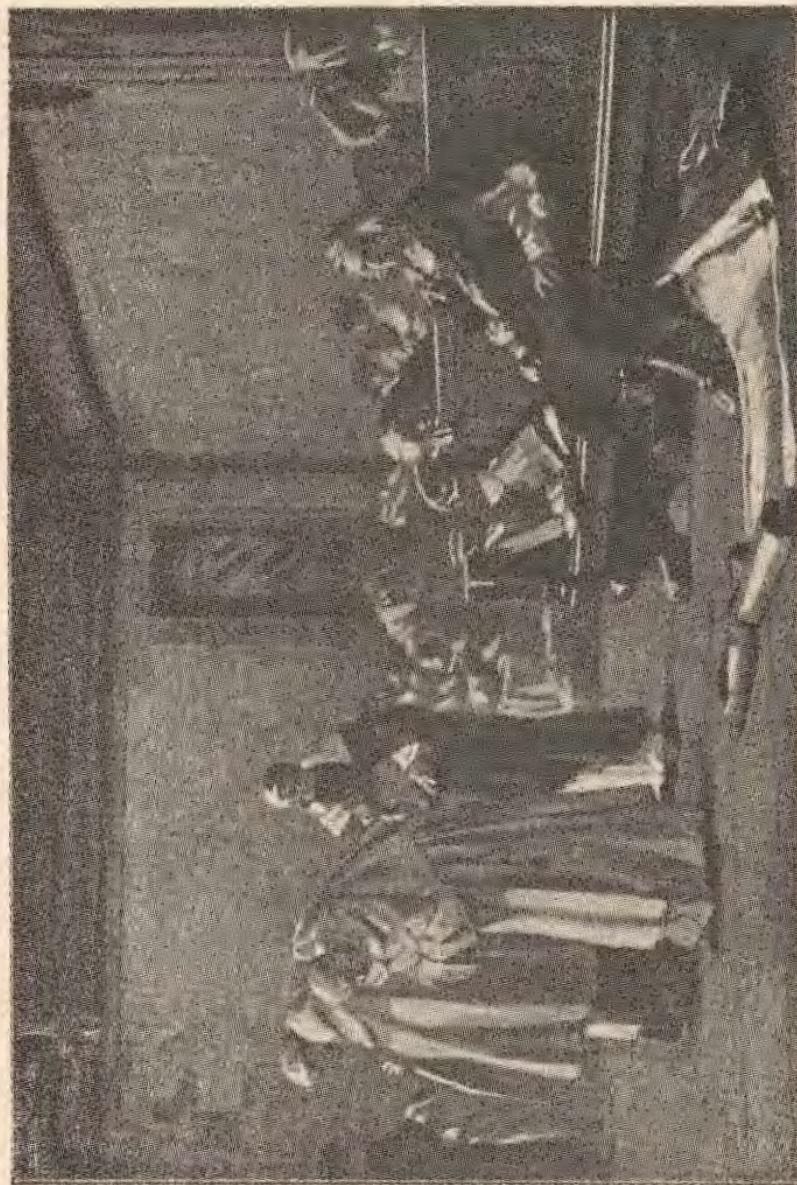
Ella no podía decir nada; el aduanero estaba ahí; tuvo que abrir sus maletas, desenvolver sus tiras de Malinas y pagar un derecho que le pareció exorbitante. A cada pieza de puntilla que mostraba y a cada suma de dinero que pagaba, dirigía a su yerno miradas furibundas e imprecaciones sordas, que él soportaba con una flema imperturbable. Pero la historia tuvo un desenlace imprevisto. El espectáculo de la honradez tiene un ascendiente tal, aun sobre aquellos a quienes condena o irrita, que concluída la visita y ya solos los dos viajeros, la suegra de mi amigo se volvió hacia él y después exclamó: « Mi yerno, usted es un hombre honrado; déjeme darle un abrazo. »

E. LEGOUVÉ.

92. — Recuerda y medita.

Si quieres conservar a un amigo, hónralo cuando esté presente, elóglalo en la ausencia y ayúdalos cuando necesite.

93. — Cristóbal Colón ante el Consejo de Salamanca.



Tema de composición oral o escrita.

94. — Las elecciones en clase.

(EL DEBER Y EL DERECHO DE VOTAR)

I

En mi clase hay un « monitor » encargado de repartir los cuadernos, los lápices y los libros, así como de recogerlos cada vez que es necesario. Se llama Luis, y ha sido designado, para desempeñar esas funciones, por el maestro, hace un mes. Pero esta mañana, poco antes de salir al recreo largo, el maestro suspendió la lección y, después de dar las gracias a Luis por lo bien que había desempeñado sus deberes, nos dijo :

— Hijos míos : el nuevo monitor ya no lo nombraré yo; vosotros vais a elegirlo por mayoría de votos. Cada uno escribirá el nombre y apellido del niño que prefiera, en un papel, lo firmará y, doblado, lo depositará en la caja que a propósito he traído. Durante el recreo podéis pensar cuál es el más digno de ser elegido. No olvidéis que se trata de un cargo de honor y de confianza.

Salimos al patio, y entonces se formaron varios grupos de niños que discutían el candidato. Lucas, que está resentido conmigo y con Emilio porque el otro día no le dejamos copiar la solución de un problema, hablaba en un rincón con un alumno, después con otro y así fué llamando a muchos. Ni a mí, ni a Emilio nos dijo, naturalmente, una palabra. Noté que unos movían la cabeza como diciendo sí; otros la sacudían negativamente y se alejaban de Lucas, quien hacía entonces un movimiento de fastidio.

A Gustavo, con quien discutieron un rato, le gritó al verlo alejarse : « Ya me las pagarás. » Gustavo se rió y no hizo mayor caso.

Jorge, que es uno de los mejores alumnos de la clase, recorría los grupos junto con Luis y hablaba con todos muy animadamente. Parecía que la mayor parte le oía con gusto. Todos los que a Lucas decían no, a Jorge contestaban sí. De pronto me llamaron, y Jorge me dijo :

— ¿Quieres votar por Rafael? Tú sabes que es el más serio y estudioso de la clase y, además, todos lo respetan. Lucas mismo, que de todos se burla, no se atreve a hacerlo delante de él, ni menos a provocarlo en la calle como hace con los menores. Rafael es fuerte, y aunque no le gusta pelear con nadie, ni provocar, se impone con los puños también si es necesario.

Iba yo a contestar cuando llegaron cuatro o cinco compañeros, con Andrés a la cabeza, y éste me dijo :

— Alfredo, no votes por Rafael ni por Lucas. Vota por Alberto. Ya sabes cuán generoso y hueno es.

Alberto es, en efecto, un niño bastante desprendido. Es rico y todos los días trae cosas nuevas a la escuela : lapiceras de bolsillo, plumas doradas, libros con figuras de colores, juguetes, y, sobre todo, dulces, con los cuales regala a los que le rodean y le aplauden todo cuanto dice. Alberto no es un niño malo; pero hay algo en él que no me gusta. Me parece que no es sincero, y, además, no es respetado por todos. Así, pues, creí prudente contestar :

— No, yo no votaré por ninguno. Elijan a quien ustedes quieran. Yo deseo no disgustarme ni con Lucas, ni con Rafael, ni con Alberto.

— Haces mal, díjome entonces Jorge. Si muchos hicieran como tú, nos expondríamos a que votando sólo unos cuantos, quizás los más atrevidos, los menos juiciosos, los que se dejan arrastrar por otros sin reflexionar, fuese elegido monitor un alumno cualquiera. tal vez un

inepto y de malas cualidades. Toda la clase sufriría las consecuencias. Tú serías, después, el primero en quejarte. Juntémonos los bienintencionados, y ya verás cómo sale elegido un buen candidato.

Yo vacilaba, y entonces Gustavo, separándome un poco de los demás, me dijo casi al oído :

— Te prevengo que si no votamos todos, saldrá elegido Lucas que ha comprometido a muchos, o Alberto cuyos ofrecimientos le conquistarán buen número de votos también; y tú sabes que ninguno de los dos sirve para ser jefe de los demás en clase.

Yo no quise comprometerme en favor de ninguno de los candidatos; pero las palabras de Gustavo y las de Jorge me dejaron pensativo.

En ese momento sonó la campana y todos corrimos a las filas.

Eran de ver las señas disimuladas que se hacían los muchachos. Unos miraban a Lucas, quien se mostraba muy inquieto; otros sonreían con Alberto; la mayor parte permanecían tranquilos en apariencia, pero se les adivinaba en los ojos que estaban nerviosos. Jorge y Rafael eran los más serenos.

II

Entramos a clase. Apenas nos hubimos sentado, el maestro llamó a tres de nosotros, uno por cada fila de bancos, y nos encargó el reparto de papelitos blancos, todos iguales, preparados poco antes, y en los cuales debíamos escribir el nombre y apellido de nuestro candidato, y firmar.

A mí me tocó repartir los papeles correspondientes a mi fila. Al pasar junto a Alberto, éste me dijo rápidamente :

— Mañaua te regalaré un lápiz de dos colores.

Yo no contesté nada, pero cuando terminé el reparto ya estaba resuelto a votar como los demás.

El maestro se puso de pie, y nos dirigió unas cuantas palabras.

— Niños : el acto que vais a realizar es más serio de lo que probablemente suponéis. Él va a demostrar si os interesáis de veras por la buena marcha de la clase y si sois capaces de proceder con independencia. Se trata de elegir al que reuna las mejores condiciones para reemplazarme al frente de vosotros cuando yo atienda en ciertos momentos del día a la segunda sección, y para las otras tareas propias del monitor. Elegid, pues, al más digno, al más apto. ¡Me lo prometéis así?

— Sí, señor — contestamos todos.

Tres alumnos fueron designados a la suerte para hacer el escrutinio : Martín, Gustavo y Adolfo. El maestro los hizo sentar delante de su mesa, Gustavo en el centro, y él se quedó en pie, al lado. Mandó escribir los votos, hecho lo cual, y cumpliendo una nueva orden, los alumnos de la primera fila se pusieron de pie y, desfilando por delante de la mesa de uno en fondo, echaron sus boletas en la caja traída con ese objeto. Lo mismo hicieron en seguida los niños de la segunda y tercera hilera de bancos. Vueltos todos a sus asientos, a una indicación del maestro, Gustavo se puso de pie, colorado como una cereza, y con voz casi temblorosa al principio, dió lectura una tras otra a las boletas, mientras Adolfo y Martín apuntaban los nombres poniendo una rayita al lado por cada voto. Al empezar la lectura, se oyó varias veces el nombre de Alberto, después Rafael una vez; en seguida Lucas, Lucas. De nuevo Rafael, Rafael, Rafael, y así alternativamente.

Uno que otro nombre diferente se pronunciaba de cuando en cuando. Era de ver la cara de los muchachos; ¡cómo se reflejaban en ella las distintas alternativas de la votación!

Terminada la lectura, y mientras Martín y Adolfo sumaban, se oía murmurar: Rafael tiene más.

— No, Alberto, replicaban otros que pretendían haber llevado mejor la cuenta.

Lucas estaba pálido; su derrota parecía segura.

Terminadas las sumas hechas por cada uno de los scrutadores, se vió que coincidían.

— Va a leerse el resultado, dijo el maestro.

Se hizo un silencio profundo; muchos estiraban el cuello hacia adelante y no pestañeaban siquiera.

Gustavo, entonces, de pie otra vez, leyó:

Rafael	13	votos
Alberto	11	"
Lucas	7	"
Emilio	3	"
José	2	"

Total 36, justo el número de alumnos de la sección.

— Ninguno tiene *mayoría absoluta*, es decir, siquiera un voto más de la mitad del total: en este caso 19 votos, dijo el maestro, y agregó:

— Hay que votar de nuevo; pero la votación recaerá ahora solamente en los dos candidatos que han obtenido mayor número de sufragios, es decir, entre Rafael y Alberto.

Se repitió la votación, no sin que cambiaron los niños expresivas señas y miradas. He aquí el nuevo resultado:

Rafael	20	votos
Alberto	16	"

Se oyeron muchos aplausos. Enrique no pudo contenerse y gritó: — ¡Viva Rafael!

El maestro lo miró como reprendiéndolo; pero se advinaba que no le habían disgustado los aplausos, ni el espontáneo grito. En seguida, dirigiéndose a la clase entera, dijo: — Estoy contento. Os habéis conducido bien. Y tú Rafael, pruébales con tu conducta, con la justicia de tus procederes, que has merecido el honor de la elección. Te felicito.

Esta vez todos aplaudimos a Rafael, incluso Alberto. No pude ver si Lucas hacía lo mismo.

— ¡Gracias, señor! dijo el primero, y envolviéndonos a todos en una mirada cariñosa, repitió: — ¡Gracias!

La voz le temblaba en la garganta.

Yo di mi voto por él.

95. — Aquí es donde está papá.



Tema de composición oral o escrita.

96. — Mi bandera.

¡Bandera de mi patria! Está completa
La ambición de mi pecho entusiasmado;
Porque para cantarte soy poeta,
Y para defenderte soy soldado.

Doble misión de bardo y de guerrero,
Permite al hijo que en tu amor se inspira
A tus servicios consagrar su acero,
Y a tus hazañas dedicar su lira.

Si estás en paz, ¡bandera idolatrada!
Canta mi lira de la paz la fiesta;
Si estás en guerra, mi fulgente espada
Brilla en mi mano a combatir dispuesta.

El himno vuela, el sable centellea
Con fulgor que ilumina la victoria,
Y ambas fuerzas, las armas y la idea,
Las tengo yo para afirmar tu gloria.

Y si a silbar volvieran las metrallas
En torno de tus bravos defensores,
Que me conceda el Dios de las batallas
Morir bajo tus pliegues bicolores.

Te juro que al caer ¡bandera mía!
Por muerte honrosa el pecho destrozado,
Aun te podré cantar mi poesía:
Con mi último suspiro de soldado.

J. M. GUTIÉRREZ.

97. — Una lección de buena crianza.

EN LA OFICINA DE CORREOS

El señor Marcelli, rico negociante en pieles, era un hombre sencillo, afable, cuya compañía se podía decir agradable; pero no le gustaba ser importunado por nadie. Encontrándose un día sin monedas de níquel, entró en una oficina de correos, y acercándose a la ventanilla, detrás de la cual se veía un empleado que estaba haciendo montoncitos con monedas de a diez centésimos, se dirigió a él y, quitándose el sombrero con la mayor cortesía del mundo, dijo :

— ¿Querría usted tener la gentileza de cambiarme este peso en moneditas de diez centavos?

Traverso, que era el tipo verdadero del mal empleado de correos, lento, meticoloso, y que se complacía en incomodar al prójimo, alzó la cabeza, lo miró en silencio algunos instantes, y en seguida continuó su trabajo sin hablar palabra. El otro creyó no haberse explicado bien y redoblando la cortesía, repitió :

— Disculpe, señor, si lo incomodo; pero le quedaría muy agradecido si quisiera cambiarme este peso en níquel.

Traverso esta vez no alzó siquiera la cabeza y contestó con sequedad :

— No tengo.

Marcelli palideció ligeramente. Sin embargo, y como no le gustaba disputar, hizo una tentativa de conciliación :

— El señor quiere bromear — dijo con voz perceptiblemente temblorosa. — Veo aquí cuando menos diez montones de moneditas...

Traverso apoyó los codos sobre la mesa, entrecruzó los dedos y dijo en tono perentorio :

— Le digo que no tengo. ¿Hablo en turco?

No cabía engaño : era una declaración de guerra hecha en forma...

Marcelli miró fijamente a su adversario en el blanco de los ojos; después respondió con la mayor calma :

— No insisto... Pero dígame una cosa : sobre su ventanilla se lee : VENTA DE TIMBRES POSTALES; ¿es usted el encargado de venderlos?

— Sí, — respondió el empleado, estupefacto al ver tanta calma.

— Y bien, — replicó Marcelli, hágame el gusto de darme un timbre de un centavo.

— ¿Qué?

— Le ruego que me dé un timbre de un centavo.

Traverso abrió y cerró varias veces la boca como para hablar, pero debió resignarse, y sin decir nada tomó el timbre y se lo dió.

— Mil gracias, — dijo el otro sonriendo y presentándole un billete de diez pesos. — Sírvase darme el vuelto.

Traverso se puso colorado como un pimiento, y golpeando con los puños sobre la mesa, gritó con voz estrangulada :

— ¿Pretende usted burlarse de mí?

— ¡Yo burlarme de usted! — protestó Marcelli con el aire más ingenuo del mundo. Dios me libre de ello... usted es encargado de la venta de timbres postales; yo compro un timbre postal... le pago... ¿cómo puede decir que me burlo de usted?... Vamos, tenga a bien darme el vuelto.

Traverso estuvo por tirarle un puñetazo, pero se contuvo. Por lo demás, no cabía proceder de otro modo.

Tomó el billete de diez pesos y en cambio dió a Marcelli uno de cinco, cuatro de un peso, nueve monedas de diez centavos, una de cinco y cuatro timbres de a un centavo. Marcelli contó con cuidado el dinero, después tomó los cuatro timbres y alcanzándolos al empleado, le dijo :

— Por favor, déme cuatro centavos en cobre.

— ¡Oh, en suma, basta ya! — exclamó Traverso con ojos que parecía que estaban por saltársele de las órbitas.

— Puede ser que baste para usted, replicó el otro plácidamente; pero ése es asunto suyo personal, en el cual no me entrometo. Yo no estoy obligado a aceptar timbres en lugar de monedas de cobre. Ésta es una oficina perteneciente a la administración del Estado; usted tiene el deber de darme centavos si yo los pido; y yo los pido.

No había contestación posible; Marcelli estaba en su derecho. Traverso le lanzó una mirada de rabia, y tirando los cuatro centavos, dijo con un rugido.

— Ahí tiene sus centavos. Y ahora ¡déjeme en paz!

— ¡Mil gracias! — dijo Marcelli; permítame solamente hacerle una observación y es que, si al principio usted no hubiese rehusado cambiarme un peso, no se habría visto después obligado a darme la moneda menuda que yo necesitaba y, además, cuatro centavos de los cuales no tenía necesidad alguna... Pero no incurriré en la descortesía de insistir y lo saludo a usted atentamente.

El empleado estaba fuera de sí, y exclamó :

— Raza de...

Pero la insolencia se le cortó en los labios, porque el otro le interrumpió diciéndole con tono bondadoso :

— Amigo mío, veo que han hecho bien en colocar a usted detrás de esas rejillas... ¡Es usted realmente feroz!

Se oyó el rumor de una silla derribada; la puerta se



Temas de composición oral o escrita.

abrió y se cerró con estrépito y Traverso se plantó delante de su adversario gritando :

— ¡ Oh, en suma, basta ! ¿ Quién le ha enseñado la educación ?

Marcelli miró a su alrededor como para apelar al testimonio de la gente que se había reunido en la oficina, y contestó tranquilamente :

— Le hago observar que yo no me he separado un momento de los límites de la más perfecta cortesía.

— Concluya una vez por todas, si no quiere que sobre su cara quede la señal de mis cinco dedos.

— No le aconsejo hacerlo, — respondió el otro sonriendo, si estima usted en algo sus dientes. Pero hemos hablado bastante... ahora querría hablar un poco al jefe de la oficina.

— ¡ Ha salido ! — respondió Traverso, impresionado a pesar suyo por la calma de Marcelli.

— Entonces todo se explica... — exclamó éste en tono zumbón y entre las risas de la multitud. — Y bien, déme el libro de quejas.

El empleado lo miró como diciendo : « Ya puedes esperarte sentado », y volvió triunfalmente a su puesto; pero el otro, asomándose a la ventanilla, le dijo con tono de súplica :

— ¿ Me hace usted el favor de darme una tarjeta postal de cinco centavos ?

Traverso, verde por la bilis, pero vencido una vez más por la lógica terrible de los hechos, le dió la tarjeta. Entonces Marcelli se dirigió al escritorio puesto a disposición del público y, después de haber escrito, volvió a la ventanilla del infeliz empleado y leyó en voz alta.

« Señor Director de Correos :

« Tengo el honor de llamar la atención de usted sobre el empleado que está en la ventanilla número tres de la Oficina postal de la calle X. Ese señor es muy desatento y de una descortesía que excede todos los límites.

« Tengo el honor, etc.

« *Firmado : José Marcelli.* »

— Ya está hecho también el reclamo — exclamó después en tono de satisfacción — y escrito gracias a la tarjeta que usted ha tenido la bondad de venderme. Voy a echarla ahora en un buzón... pero no en esta oficina ¡eh!... no me fío... Señor, tengo el honor de saludar a usted...

Y se dirigió majestuosamente a la puerta, alejándose con todo el aspecto de un hombre a quien no place ser molestado.

CARLOS WORRAG.

99. — El entierro del pajarito.



Tema de composición oral o escrita.

100. — ¿No crees que el tabaco es un veneno?

LEE

I

Tanto o más interesante que la lección del otro día sobre los terribles efectos del alcohol, resultó la que nos dió el maestro sobre los males que produce el tabaco.

Si todos los fumadores fueran capaces de dominarse y de hacer sobre sí mismos las experiencias oportunas, se convencerían de que el tabaco es un verdadero veneno que, si no mata violentamente, salvo en casos especiales, acorta la vida por los efectos que produce sobre distintos órganos. Muchos antiguos fumadores que tuvieron voluntad suficiente para dominarse y suprimir el cigarro, confiesan que su salud y sus energías para el trabajo aumentaron como consecuencia de la abstención, desapareciendo las perturbaciones ligeras pero molestas, en unos casos, y males serios, graves, en otros.

Cuando el maestro dijo eso, José observó :

— Pero hay muchas personas que fuman sin experimentar daño alguno, y hasta grandes fumadores que tampoco sufren la menor dolencia.

— Así puede parecer, en efecto, contestó el maestro, y de ahí la sonrisa de incredulidad de muchos cuando se les habla mal del tabaco. Ignoran que es un enemigo que no ataca siempre a cara descubierta, como cuando al principio produce mareos, vómitos, desmayos, etc. Es habitualmente un taimado que suele tirar la piedra y esconder la mano; o como esos cómplices de robos y asesinatos que, si no cometan ellos mismos el delito, preparan el terreno, abren la puerta, distraen o aturden a la víctima

o la toman de los brazos para que otro pegue el golpe decisivo con facilidad.

— ¡Cómo, otro? No comprendo.

— Es muy sencillo. El tabaco mina el organismo poco a poco, causando perturbaciones que lo debilitan, de tal modo que si mañana tiene que librarse algún combate con determinado enemigo, encuentra que sus recursos, su energía para defenderse, son insuficientes. ¿Adivinas cuáles son esos enemigos?

— Sí, las enfermedades.

— ¡Claro! Rodeados como nos hallamos de causas de contagio, un buen día nos sorprende una fiebre tifoidea, la escarlatina, la tuberculosis, una neumonía, la influenza, enfermedades que un hombre fuerte, que no fuma ni bebe, contrarresta y se salva, en tanto que otros, con un poder de resistencia insuficiente, sujetos por los brazos por ese cómplice silencioso y perseverante llamado tabaco o alcohol, luchan con desventaja, pierden la partida, mueren.

Esto es lo que no quieren comprender los que fuman, ni los que beben. Sólo cuando el mal es muy grande y notorio suelen algunos corregirse, a veces demasiado tarde para readquirir el completo estado de salud que desearian.

El maestro nos refirió el caso de un profesor convencido del daño que el tabaco producía; pero, gran fumador, alegaba serle imposible ya cambiar de costumbre. Su conciencia le decía: « No tienes voluntad, eres un ser inferior. » Una mañana exclamó:

— Bueno, no me comprometo a dejar del todo el cigarrillo, pero sí a pasar un día, hoy, sin fumar. Y no fumó.

Al día siguiente repitió: — Hoy tampoco fumaré. Y no fumó. Contento y aplaudido por la familia, persistió

en la misma forma. Así pasó un año entero. Y fué tal su mejoría que se abstuvo en adelante.

El mal hábito fué vencido y hoy se felicita. Han cesado sus padecimientos y economiza muchos pesos a los cuales da más provechoso destino.

II

Si el tabaco es perjudicial en la edad adulta, lo es infinitamente más en los niños. He aquí algunas de las muchas experiencias que lo demuestran.

El profesor Seaver de la universidad de Yale (E. U.) observó y anotó prolíjamente *durante nueve años consecutivos*, hasta 1897, el crecimiento de cada uno de los alumnos, en altura, en peso y capacidad torácica, indagando, al ingreso, la edad y si habían o no fumado hasta entonces. Se trataba de alumnos de los cursos equivalentes más o menos a los de nuestros colegios nationales.

Comprobó :

1.º Que por regla general los tumadores tenían, como término medio, quince meses más de edad, al ingresar, que los no fumadores, deduciendo de ahí que el tabaco había influído en el retardo de sus estudios.

2.º Que los no fumadores alcanzaron, término medio, 5 pulgadas cúbicas más que los otros en capacidad torácica y un tercio de pulgada en estatura, hecho, éste, tanto más extraño, cuanto que tenían 15 meses menos de edad.

El profesor Seaver hacía público el resultado de sus observaciones, estimulando así el abandono de la mala costumbre y obteniendo que los más se abstuvieran de fumar. La duración y magnitud de la experiencia no dejaba lugar a dudas.

Otras observaciones hizo con los alumnos de los cursos

superiores, universitarios. Empezó dividiéndolos en tres grupos :

1.º Los que nunca habían fumado.

2.º Los que habían fumado por lo menos durante un año.

3.º Los que fumaban irregularmente.

Comprobó que los no fumadores aventajaban a los otros en las siguientes proporciones :

En peso : 10 por ciento más que los fumadores habituales o de un año, y 6 por ciento más que los fumadores irregulares.

En estatura : 24 por ciento más que los habituales, y 11 por ciento más que los irregulares.

En amplitud torácica : 26 y 22 por ciento más, respectivamente.

En capacidad pulmonar : 77 y 49 por ciento más, respectivamente.

III

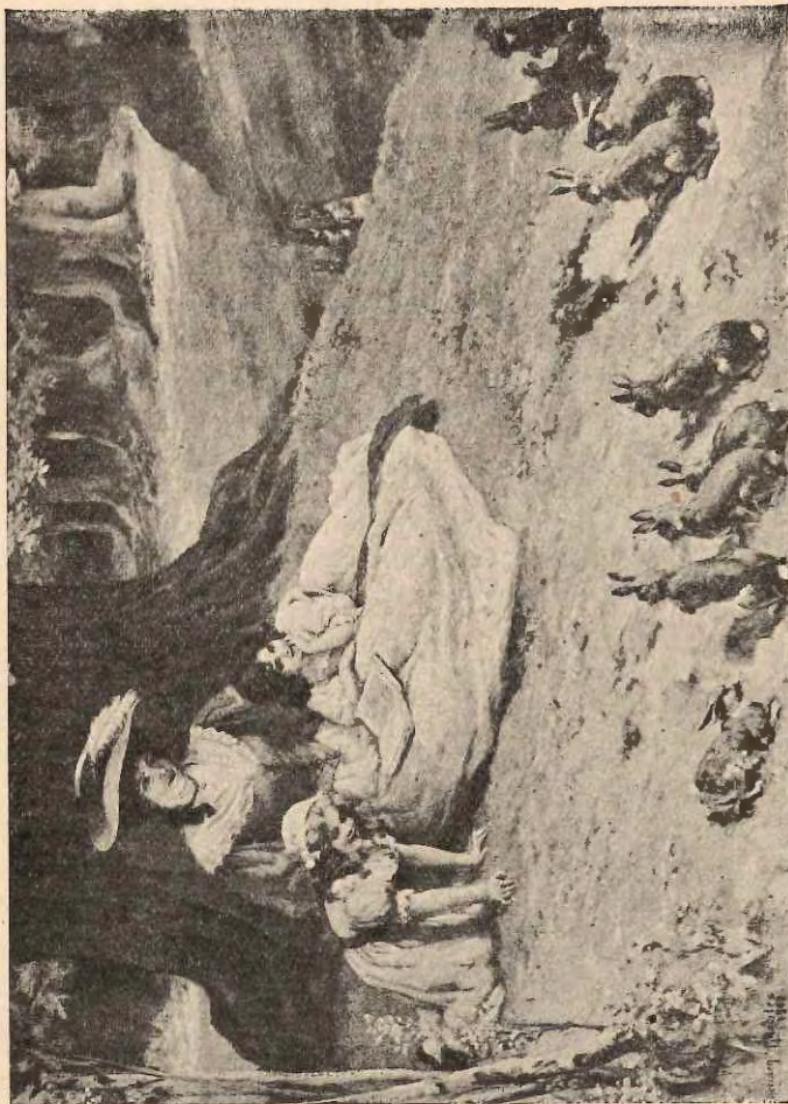
El director de una escuela de Chicago, que estudió también el efecto del cigarro en el trabajo escolar, publicó después el siguiente informe :

« En los últimos 3 años hallé en mi escuela 125 niños que fumaban desde 2 hasta 20 cigarrillos por día, y no más de 10 fueron capaces de mantenerse, en sus estudios, a la altura de los demás. Entre esos 125 se encontraban casi todos los que tenían desde 2 a 5 años más que la edad media de los niños del mismo grado.

Al 90 por ciento de los mismos les era penoso seguir a la par de los otros. Entre ellos se encontraban también todos los « raboneros ».

Se organizó una sociedad antitabaquista y muchos de

101. — Escuela al aire libre.



Tema de composición oral o escrita.

ellos entraron. Entre francas y amistosas conversaciones, muchas cosas de las que les ocurrían se pusieron en claro. Veinticuatro dijeron que dejaban de aprender sus lecciones porque la mayor parte del tiempo se sentían pesados para estudiar. Treinta, que estaban siempre aturdidos después de fumar y no podían concentrar su pensamiento; veintidós no podían escribir claramente porque sus manos temblaban; varios se sentían temblar cuando caminaban; muchos eran incapaces de correr la menor distancia; algunos sólo podían hacerlo en pequeño trecho, si bien antes de fumar lo hacían como los demás. Casi todos me dijeron que sufrían constantemente dolores de cabeza. Con sólo una excepción, declararon que les era imposible aprender las lecciones, aun cuando les hicieran quedar en la escuela, horas después, con tal propósito. »

Hace poco el Procurador General de Roma, Lino Ferriani, publicó una estadística que también demuestra los desastrosos efectos de la nicotina en la infancia. De 200 niños fumadores cuyas edades oscilan entre los 7 y 10 años, se encontraron: 23 con afecciones gastro-intestinales, 15 con defectos cardíacos, 32 que padecían de irasibilidad e inquietud, 6 sufrían contracciones nerviosas, 5 eran neurasténicos y 9 estaban atacados de nictalopia (enfermedad de la vista).

IV

Los médicos observadores han comprobado en todas partes la verdad de esos y otros tristes efectos del tabaco y varias malas consecuencias análogas.

Sufre el estómago, entre otras causas, porque al escupir, obligados por el cigarrillo, nos privamos de esa saliva

necesaria a la buena digestión. Y si no se escupe, se traga con la saliva la nicotina, y ése es otro mal. Existe una enfermedad que se llama precisamente la *dispepsia de los fumadores*. La nicotina del tabaco ataca y hace latir irregularmente el corazón, pudiendo hasta producir la horrible « angina de pecho », perturbaciones graves del hígado, etc.

Irrita la garganta y los bronquios, siendo más serios los efectos en los que tragan el humo. Es sabido que los grandes fumadores pierden hasta la voz, y en muchísimos casos se ha comprobado que se debe al tabaco la disminución de la vista.

Todos conocen los efectos más comunes, sobre todo en niños y jóvenes : náuseas, vómitos, debilidad, pérdida del apetito, vértigos, desmayos, palidez, sudores, pulso débil; y peor aún con los tabacos ordinarios que son los que fuma el pobre.

Poco a poco, se hace el hábito y los efectos no son tan rápidos y violentos; por eso se duda de ellos, y, sin embargo, el organismo sufre las consecuencias que se traducen de distinta manera, sin que se nos ocurra pensar, cuando una enfermedad nos abate, o cuando nos sentimos incapaces de un esfuerzo determinado, físico o mental, que el culpable principal es la costumbre de fumar.

V

Papá tiene un libro, escrito en inglés, en el cual se publican las declaraciones de varios jefes de equipos atléticos, de colegios y universidades de Nueva York, New Haven, Ithaca, etc. Todos manifiestan que ellos no fuman ni beben alcohol, porque han comprobado la superioridad de las fuerzas, a agilidad y la resistencia de

los que se abstienen, sobre los fumadores y bebedores. Y en muchos de los clubs no se admite a estos últimos como socios.

También he leído que los obreros de las fábricas de tabaco, al cabo de cierto tiempo, sufren de la enfermedad especial que los médicos llaman *tabacosis*, y que les produce muchos daños. Así, las madres que crían, transmiten por la leche, a sus hijos, afecciones graves gastrointestinales capaces de producir hasta la muerte. Por eso en Francia, a las madres, mientras amamantan a sus hijos, les está prohibido trabajar en dichas fábricas.

En algunos países, entre ellos el Japón, Noruega y muchos Estados de la América del Norte, el uso del tabaco está prohibido para los niños y aun para los jóvenes menores de 20 años.

VI

Yo no fumo ni he fumado nunca. Alguna vez mis compañeros me han dicho que era un « flojo », que no era « hombre » puesto que no fumaba; que era cobarde. Lo supo mi padre y me dijo :

— Más cobardía y, además, estupidez, hay en fumar conociendo que nos hace daño, que en resistir a las incitaciones de los amigos o de la vanidad. Piénsalo, hijo mío. Piensa también lo que se gasta en tabaco, y dime : ¿No es absurdo invertir, a sabiendas, nuestro dinero, por poco que sea, en envenenarnos lentamente, en vez de emplearlo en darnos placeres más saludables o en obras útiles para nosotros a para los demás?

102. — Recuerda y medita.

1. La dependencia pecuniaria es la más humillante de todas; degrada la mente y deprava el corazón.
2. No olvides nunca que los demás contarán contigo, pero que tú no debes contar con los demás.

103. — Adelita y el vestido.

En casi todas las discusiones que solemos tener durante los recreos, cuando la maestra, en clase, nos ha invitado a expresar nuestras distintas ideas, es Adelita quien suele dar la nota más juiciosa.

Afable, de espíritu jovial, sin exagerar, toma parte con gusto en todos los juegos; bromista, no hiere jamás con sus chistes, y con todo es tan seria e independiente en sus juicios cuando se discute alguna cosa de interés, que Ruth suele decir afectuosamente :

— Oigamos la opinión de Misia Adela.

Ayer había llegado a la escuela con un vestido nuevo, y Mercedes al verla dijo :

— ¡Oh! Adelita, ¡quién eligió ese vestido?

— Mamá y yo, y nosotras mismas lo hicimos con la ayuda de Teté. Teté es la hermana.

— ¡Qué bien te queda! — opinaron a un tiempo Matilde y Clementina.

— Sí, le queda bien, pero no está completamente a la moda. Por eso le pregunté quién lo había elegido. Como ella tiene siempre tan buen gusto...

— Gracias, querida Mercedes; pero te contestaré que por eso mismo, por no tener mal gusto, me he apartado esta vez un poco de la moda.

— ¡Cómo? No comprendo...

— ¡Pues es claro! ¡Por qué he de ser yo esclava de cuanto se le ocurra a la modista o al sastre, cuando sus modelos no son agradables o chocan con reglas de la higiene?

— ¡Y si es la moda?

— Sí; pero cuando la moda va contra el buen gusto, repito, o contra las conveniencias de la salud, la gente juiciosa no la sigue, la modifica. ¿Quieres oír uno de mis sermones de «Misia», como dice Teté?

Todas la rodeamos, y Adelita prosiguió hablando sin afectación, sencillamente, pero con un tono de convencida que impresionaba a su favor. He aquí más o menos su sermoncito :

— Dime, mi buena Mercedes: entre usar botines que ajustan y lastiman el pie, con taco muy alto que impide caminar cómodamente, o un calzado que, sin carecer de elegancia sencilla, no ocasiona daño alguno, ¿qué elegir?

Entre una falda estrecha, estrecha, como las usadas hace algunos años, que obligaban a andar a pasos cortitos, ridículos, e impedían subir un escalón libremente, y otra mediana, que no dificulta la necesaria soltura en los movimientos, ¿cabe vacilar?

Si a alguien se le ocurriera resucitar las faldas con miñaque usadas por nuestras abuelas, ¿qué diríamos?

¡Pues era la moda!

Y si quisiera restablecerse las faldas largas, largas, de cola que barría todas las inmundicias del suelo y las llevaba al hogar y con ellas, quizás, los gérmenes de múltiples enfermedades, protestaríamos, ¿verdad?

¡También era la moda!

Y aun cuando la moda no atente contra las reglas de la higiene, si en cambio consiste en exigir un color o una forma que no sientan a determinadas personas por ser altas o bajas, gruesas o delgadas, rubias o trigueñas, ¿han de adoptarlas aquellas a quienes desmejora en vez de favorecer?

¡Qué es preferible oír decir: «¡Qué bien va fulana aun

cuando no sigue la moda! » o « Qué mamarracho, pero está a la moda »?

Este discursito nos dejó encantadas y no pudimos comentarlo en seguida porque sonó la campana; pero la maestra había oído, y al entrar a clase aplaudió las ideas de Adelita y después continuó hablando de las condiciones a que debían responder las diversas prendas de vestir.

Nosotras, como de costumbre, cuando se trata de cuestiones que interesa no olvidar, copiamos el resumen que la señorita escribió en el pizarrón y después, como deber, lo desarrollamos algo más en casa.

Mis apuntes dicen así :

Las personas juiciosas, ilustradas y de buen gusto visiten con sencillez, procurando no llamar la atención, y consultan, ante todo, las reglas higiénicas a que el vestido debe someterse.

Las prendas de vestir, tanto por las materias de que están hechas, cuanto por el color, deben amoldarse a las condiciones atmosféricas del tiempo en que se usan. Cuando hace frío deben preferirse las que conservan el calor (lanas, pieles, seda), de colores oscuros y de tejido compacto, lo cual impide los enfriamientos rápidos. Durante el calor convienen las ropas de hilo y de algodón y los colores claros.

Los vestidos y especialmente las prendas interiores, más ceñidas al cuerpo en invierno, retienen mejor el aire caliente, y más holgadas en verano, facilitan la renovación del aire y nos dan frescura.

Pero no debe exagerarse ni una ni otra cosa. El cuerpo necesita conservar la libertad de sus movimientos, la sangre debe circular fácilmente y la respiración debe efectuarse sin el menor estorbo.

Corbatas, cuellos, fajas, ligas, cinturones, que oprimen, deben suprimirse.

La cabeza debe llevarse descubierta dentro de la casa, y fuera debe usarse, de preferencia, sombreros blandos que no presionan, aun en invierno, y hechos de manera que permitan la entrada del aire por orificios ventiladores. Así se retarda la caída del cabello.

Usando calzado cómodo, de tacos bajos y anchos, nos evitaremos muchos momentos desagradables y no tendremos necesidad de pedicuros.

Y a ti, criatura pobrecita, no te importe carecer de trajes a la moda, si estás limpia y cómoda y si eres buena. No se aprecia el valor de las personas por el traje que llevan.

¿Es acaso un mérito nacer hijo de rico? La fortuna nos honra cuando es el fruto de nuestro esfuerzo y cuando la empleamos en hacer el bien.

Y tú, madre sensata, lleva a tus hijas a las plazas y jardines donde hay césped y arena para ellos.

Llévalos con ropas que les permitan correr, saltar y revolcarse, en vez de prohibirles el juego para que no estropeen sus costosas vestimentas.

Que tu « mimado » vuelva a casa con las mejillas rosadas, respirando ampliamente, brillantes las pupilas, contento de haberse vinculado durante el juego a los buenos y limpios niños más modestos, con los cuales tornará a encontrarse más tarde en las andanzas de la vida.

104. — Recuerda y medita.

1. Las telas de seda apagan el fuego de la cocina.
2. Respeta a los que visten blusa y tienen callos en las manos. Son los soldados del trabajo.

105. — Sueño feliz.



Tema de composición oral o escrita.

106. — Emilce enferma.

CORAZÓN E INTELIGENCIA

I

Emilce era una niña completamente sana. Graciosa e inteligente, es mimadísima, sobre todo, por su abuelita a quien llama « Mamita Leonor ».

Los niños con muchos mimos suelen ser muy mal criados, fastidiosos, hasta insoportables. No ocurre así con Emilce. Su mamá, Josefina, la educa con cuidado, no dejándole adquirir ningún hábito desagradable. Emilce es respetuosa, obediente e incapaz de mentir. Hay muchas niñas buenas e inteligentes como ella, pero que no despiertan, sin embargo, la gran simpatía que Emilce conquista entre cuantos la conocen.

Es que ella tiene ocurrencias en las cuales su inteligencia, su corazón y su voluntad, parecen juntarse para

hacer cosas buenas, sorprendentes en una niñita de su edad. Voy a contar algunas.

Emilce solía pasar largas temporadas en casa de la abuelita, donde la adoran. Cantaba, declamaba y bailaba con una habilidad tan grande y cuando la aplaudían saludaba con tanta gracia, que todo el mundo se disputaba el privilegio de acariciarla. En el verano la llevaron al campo, a Capilla del Monte, en Córdoba, lugar de paisajes y clima deliciosos. Iban con ella sus dos tías, Leonorcita y María Teresa.

Leonorcita era como una maestra para Emilce. Ella era quien le enseñaba versos, bailes y cantos, y quien le vestía las muñecas. Adoraba a Emilce como a una hija y Emilce amaba a su tía como a una madre. Leonorcita misma era en su hogar como una reina, por sus virtudes, su afectuosidad, su inteligencia y su gracia, que Emilce parecía haber copiado tanto de ella como de su mamá Josefina.

De pronto, una desgracia terrible barrió la felicidad que los rodeaba. Una fiebre tifoidea grave concluyó con la vida de Leonorcita. Imposible describir la desesperación de la madre y los hermanos, aumentada hasta por las circunstancias trágicas en que el desenlace fatal se produjo, allí entre las montañas, lejos de parientes y amigos, y durante una espantosa tempestad con lluvia, truenos y relámpagos extraordinarios.

Emilce estaba anonadada, muda. La abuelita, en el colmo del dolor, prorrumpía en lamentos angustiosos. Parecía que iba a enloquecer. Entonces Emilce, como inspirada por una idea repentina, se arrojó a su cuello, exclamando :

— ¡Mamita Leonor, si no quieres que yo también me muera, no llores así!

La abuelita, dominada por la impresionante entona-

ción con que su nieta le habló, se contuvo en seguida y Emilce, poco después, aprovechando un momento en que la abuela estaba en otra habitación, dijo a su tía que lloraba silenciosa :

— María Teresa, ¿viste cómo hice callar a mamita Leonor? Yo sabía que por no afligirme a mí, no lloraría más. Ayúdame tú también a consolarla.

II

De esto han pasado ya dos años. Ahora es sobre Emilce misma que la desgracia ha caído. Ya no es una niña completamente sana, si bien volverá a serlo. Una dolencia grave la tiene postrada en cama desde hace mucho tiempo. Y he aquí cómo la vivaz criatura, cuyos bailes y graciosos movimientos hacían el encanto de la familia, deberá permanecer en la más completa inmovilidad. En quedarse quieta consistirá su curación, tanto, que los médicos resolvieron enyesarla desde el cuello hasta las rodillas, para asegurar su quietud. Con motivo de la operación de envolverla en yeso, Emilce dió otra prueba de sus afectuosos sentimientos y de su energía admirable.

Para el éxito de la operación, era menester hacerla teniendo a la paciente casi colgada de un aparato armado al efecto, en una postura violenta que agregaba un nuevo dolor. Los médicos, dos médicos jóvenes, tan hábiles como pacientes y cariñosos, apresuraban el trabajo en lo posible y dirigían a Emilce palabras de aliento. Ella se dominó largo rato : pero, después, rendida, estalló en llanto.

— ¡Pero querida, decíale la madre, llorando tú, tan guapa!... ¡Vamos! ¡Paciencia! ¡Ya va a estar!

— ¡Pero es que me duele, me duele mucho, mucho, mamita!... ¡Déjenme, por favor! ¡Ya está! ¡Déjenme!

La madre, hasta ese momento serena, no pudo más. Corrióse a un costado a fin de que Emilce no la viese, y se enjugaba los ojos, mordiéndose los labios para sofocar el estallido ya casi incontenible. El padre se había asomado al balcón y miraba hacia afuera sin hablar. Yo recordé en ese instante la escena de Capilla del Monte. Me acerqué a Emilce hasta hablarle al oído y le dije :

— Querida, tu mamita llora porque tú sufres.

El efecto fué instantáneo. La admirable criatura miró hacia donde estaba su madre, hizo un movimiento brusco para ahogar un sollozo, quedóse callada unos segundos y exclamó casi tranquila :

— Mamita, mamita, ya no me duele. ¡Qué suerte!

¡Pero, qué pálida estaba!

Entonces fuí yo quien me acerqué al balcón y miré hacia afuera, lejos, abriendo mucho los ojos.

Por fortuna la operación terminaba y Emilce, ya estirada en su camita y reconfortada con bebidas calientes, recibía las caricias de todos, cuando entró su hermano Horacito, a quien habían mandado a jugar al piso bajo, mientras los médicos operaban.

— ¿Has llorado mucho, Emilce? — preguntó solícito.

— Un poquito, nada más, ¿no es verdad, mamita?

— Es cierto, querida, te has portado bien.

— ¡Claro! — dijo Horacito, no se debe llorar.

III

Ahora Emilce está muy mejorada y pronto su curación será completa. Entre tanto, ya no sufre, ni hace sufrir. En su cómoda camita con ruedas pasa los días al aire libre, a la sombra de los árboles o al sol, contenta y locuaz. Lee, sobre todo, libros de cuentos que la madre,

107. — La Viuda.



Tema de composición oral o escrita.

que es una señora muy ilustrada, elige. Yo también suelo llevarle algunos.

Un día me hallaba sentado junto a su camita, conversando con ella sobre los libros de Julio Verne, que son sus preferidos. De súbito, me toma con sus dos manos una mía, y mirándome con expresión encantadora, dice :

— ¡Qué bueno es usted! ¡Lo quiero mucho!

— ¡Por qué dices eso, querida!

— Porque sí, porque es bueno y porque me trae estos libros y viene a verme.

Todos la miman. Los vecinos de los alrededores de la quinta en que vive, encantados con la inteligencia y la bondad de Emilce, suelen también obsequiarla.

— Mire, ¡ve estos dos muñequitos? ¡Qué lindos son, eh! Me los mandó la señora Rosario. Se llama así, pero le dicen « Charo » nada más. ¡La conoce? Es la señora que vive allí, miré, en aquella quinta tan bien cuidada.

¡Qué buena, qué buena es la señora Rosario! casi todos los días me manda flores. ¡Y sabe quién me las trae? El nenito Roque. ¡Lo conoce a Roque? ¡Qué ricurita! Y a la « Cuca », ¡la conoce? Es la hermana. Es linda; pero a mí me gusta porque es buena, como la mamá. Y la señora Alicia, la que vive allí, más lejos, cerca de Las Rosas, ¡ha visto qué buena es también? Es amiga de mamá y todos la queremos mucho. Viene a visitarme.

Hizo una pausa, y gritó :

— ¡Horacito, trae a mi « hijita mayor »! Horacio acudió en seguida trayendo una muñeca grande, preciosa.

— Ésta, ¡ve? me la regaló la señora Alicia. ¡Ah, señora Alicia, cuánto la quiero!...

Yo sabía ya lo ocurrido el día que esa muñeca llegó. Era el del cumpleaños de Emilce. Poco antes del medio

día, la madre le había hecho una broma que puso a prueba, una vez más, la delicadeza de Emilce.

— Querida — le había dicho — tu papá no ha podido ir ayer a la ciudad para comprar el regalo que deseaba hacerte.

— No importa, mamita. Dame un abrazo y un beso más fuertes que los que siempre me das y ya estará hecho el regalo.

¡Y con qué expresión de sinceridad lo dijo!

Pero, en seguida, la madre hizo una seña a Horacio que estaba a espaldas de Emilce, semi-oculto, y Horacito, avanzando con un paquete en los brazos, se detuvo, tieso, delante de Emilce, abrió el paquete sin decir palabra y apareció una caja de música. Emilce quedó un instante desconcertada. ¡Era un regalo que había deseado tanto!... Estiró los brazos hacia la madre, la atrajo hacia sí otra vez, y la cubrió de besos, diciendo :

— ¡Picarona, picarona! ¡Cómo me has engañado!

— No te he engañado, mi hijita. Te dije que tu papá no pudo ir ayer a la ciudad, y eso es cierto. Pero fué esta mañana, tempranito.

— ¡Diez veces picarona! ¡Mil veces picarona!

Y entre tanto daba cuerda a la caja, que no cesó de sonar hasta que se agotó dos veces el repertorio.

Pero su alegría llegó al colmo por la tarde. Estaba bajo la arboleda con las muñequitas, la caja de música y todos los juguetes en torno, cuando llegó el automóvil de la señora Alicia y, descendiendo, el conductor le hizo entrega de la gran muñeca.

Fué tal el contento de Emilce, que estalló en gritos, llamando a todos, y exclamando :

— ¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz soy! ¡Soy la chica más.

feliz del mundo, mamita!... ¡Qué buenos, qué buenos son todos conmigo!

Y acariciaba a la « hijita mayor », y a los muñequitos, y hacía andar la caja de música y volvía a besar a la madre y a Horacito. Levantaba los brazos al cielo y reía y cantaba.

¡Adorable criatura! Eres feliz y más aún lo serás cuando, gracias a los asiduos cuidados de tus padres excelentes y al clima bienhechor de Córdoba, vuelvas a correr por los senderos del jardín y a juntar con tus propias manos las flores que llevarás tú misma a tus amigas, para retribuirles así, delicadamente, las pruebas de afecto que has recibido. Volverás a bailar, cantando. Seguirás siendo la alegría de la casa, por tu gracia, y, sobre todo, por tu corazón y tu voluntad.

¡Bendita seas Emilce querida!



108. — Tema de composición oral o escrita.

109. — Basta y sobra.

¡Tú piensas que te quiero por hermosa,
Por tu dulce mirar,
Por tus mejillas de color de rosa?
Sí, por eso y por buena; nada más.

¡Que entregada a la música y las flores
No aprendes a danzar?
Pues me alegra que lo ignores:
Yo te quiero por buena, nada más.

¡Que tu ignorancia raya en lo sublime,
De Atila y Gengis-Khan?
¡Qué muchacha tan ciega...! Pero, dime:
Si lo supieras, ¡te querría más?

Bien se están con su ciencia los doctores.
La tuya es el hogar;
Los niños y la música y las flores
Bastan y sobran para amarte más.

RAFAEL OBLIGADO.

110. — Recuerda y medita.

1. Escribe sólo lo que puedas firmar.
2. No hagas sino lo que puedas decir.
3. Reflexiona mucho antes de pronunciar una palabra ofensiva.
4. Si estás encolerizado, cuenta hasta diez con calma antes de hablar.
5. Medita antes de repetir un chisme y concluirás por callarte.
6. Si no quieres que se sepa, no lo hagas.
7. La naturaleza ha dado al hombre dos oídos y una boca para enseñarle que hable poco y escuche mucho.

111. — En la pradera.



Tema de composición oral o escrita.

112. — Los trabajadores.

Sin los obreros, hijo mío, te morirías de hambre; no tendrías ni techo para abrigarte, ni vestidos para cubrirte, ni lecho para acostarte. Cada trozo de pan es debido a los penosos y largos trabajos de labradores que siembran bajo la lluvia y el viento para cosechar bajo los ardores del sol.

Todo reposa sobre el trabajo.

Tu deber es prepararte para convertirte más tarde en un hombre útil. Tú cumples ese deber obedeciendo y aprendiendo lo mejor. Cuando nosotros hayamos comprendido, viéndote a la obra, cuáles son tus aptitudes, te ayudaremos a elegir carrera. Los trabajos del espíritu y los del cuerpo son igualmente respetables. *Lo esencial es hacer bien lo que se debe hacer.* Tu padre sólo tiene un deseo a tu respecto: es que, pensador o trabajador manual, tú seas un buen obrero.

113. — Las casas en que vivimos y la salud.

I. — EL AIRE

— ¡Qué envidia me producen a veces los animales cuando pienso que sin haber estudiado viven más higiénicamente que nosotros!

— ¡Por qué lo dices, Carlitos?

— Porque ellos no necesitan preocuparse mucho de lo que deben comer, de la tela y la forma de sus trajes, de examinar prolíjamente los planos para construir su habitación, del sinnúmero de precauciones que debe tomarse para evitar las enfermedades, aumentar la salud, prolongar la vida.

— También el hombre primitivo vivió así, comiendo lo que la naturaleza ponía al alcance de sus manos, viviendo en grutas o cavernas, sin vestidos, o cubriéndose con pieles de animales. Y así viven todavía, en muchos lugares, pueblos salvajes. Supongo que tú no querrías volver a esa vida...

— ¡Oh, no! pero si pudiese hacer más sencillas las costumbres actuales... Vea usted lo que ocurre con las casas que habitamos, sin espacio ni aire suficientes, sin luz, estrechas, húmedas, tristes...

— Es cierto, hijo mío, porque todos quieren vivir en la ciudad y, si es posible, en el centro, en vez de alejarse y buscar la vida higiénica en las campañas.

— ¡Pero es que no todos pueden hacerlo; muchos tienen sus medios de vida en las ciudades!

— Así es: y entonces, en esto de la habitación como en tantas otras cosas, es menester ilustrar a las gentes para que aprovechen las ventajas de vivir en las ciuda-

des, pero reduciendo en todo lo posible los inconvenientes. ¿Por qué se te ha ocurrido hoy hablar de estas cosas, Carlitos?

— Impresionado por lo que nos refirió el maestro en la clase de Higiene. Llevó un librito que recibió de Estados Unidos (1) y nos leyó parte de un capítulo donde se encuentra una estadística, hecha en la ciudad de Nueva York, para mostrar la extraordinaria influencia que tienen, sobre la mortalidad, las condiciones de la casa en que se vive.

En una serie de habitaciones para pobres, construídas de tal manera que no tenían detrás otras casas ni muros cerrados que impidiesen la llegada del aire y de la luz suficientes, la mortalidad no pasaba de 29 por mil habitantes, mientras que en el mismo barrio, en las series finales de habitaciones cerradas por detrás, los fallecidos alcanzaban al 61 por mil: más del doble. Los niños menores de 1 año morían entre 200 y 400 por mil.

En Alemania, en la ciudad de Berlín, se hizo en 1885 una experiencia más grande aún, demostrativa de lo que ocurre cuando se vive en la estrechez. La estadística había comprendido a 1.300.000 habitantes. De éstos, 73.000 vivían a razón de una pieza por familia y en ella dormían, cocinaban y comían; 382.000 se distribuían en familias que ocupaban cada una dos piezas; 432.000 en tres piezas y 398.000 en cuatro piezas.

Ahora bien; de los de 1 pieza por familia, moría el 163 por mil; de los de 2 piezas, el 22; de los de 3, el 7, y de los de 4, el 5 por mil. Es decir: los que se distri-

(1) *Town and city*, por Frances Gūlick Jewet.

buian en cuatro piezas tenían 30 veces más probabilidades de vivir todo el año que los habitantes de una sola.

— ¡Claro! Ésa es la consecuencia del vivir en un aire impuro con gases u olores de ropa sucia, rodeados de alimentos y sobras descompuestas, gente desaseada, y hasta con animales en las habitaciones. Debilitados los organismos en semejante medio, son incapaces de luchar contra las enfermedades, como luchan y vencen los que llevan una vida más higiénica. Es esa vida sin aire puro la aliada de la terrible tuberculosis, por ejemplo, enfermedad que se evita y se cura como las demás, cuando se es previsor.

El carácter, la moralidad y el amor al trabajo, resultan igualmente influenciados por la habitación malsana.

He ahí por qué las autoridades deben intervenir, cada vez más, ilustrando al pueblo y exigiendo que en las construcciones de casas para obreros, en las fábricas y talleres, en las escuelas y demás edificios públicos, se respeten las reglas de la higiene.

También la gente acomodada y los ricos, suelen acortar su vida o amargarla porque sacrifican al lujo o a la moda la construcción de sus casas, o por ignorancia prescinden de arreglos ventajosos. Por ejemplo : olvidan que deben preferir para dormitorios, escritorios y cuartos de labores y en general donde se pasa mayor número de horas cada día, las piezas mejor ventiladas y que reciben más sol, reservando las otras para sala, comedor, etc.

Hay, además, muchísimas personas que ignoran todavía la conveniencia de suprimir todo lo posible cuanto puede acumular gérmenes nocivos, como son, v. gr., las molduras y relieves en las paredes, puertas y muebles;

las alfombras, cortinados, asientos afelpados, etc. Y por añadidura, temiendo que pierdan el color el papel de las paredes o los adornos de las habitaciones, impiden la entrada abundante de la luz y del aire, que son los grandes e irreemplazables desinfectantes naturales, los dos grandes enemigos del médico y del boticario.

Que no tenga jamás tu pieza olor a « encerrado », ese olor que te enerva y te da dolor de cabeza. Compara con la sensación gratísima que experimentas al salir al aire libre puro, de día o de noche. ¿ Nada te indica esa diferencia ? Observa la frescura de tu espíritu para estudiar mejor, tu alegría, tu mayor apetito, cuando te despiertas después de haber dormido en una habitación bien ventilada.

Si no tienes el hábito de dormir así, aun en invierno, adquiérelo. Si no te atreves a hacer bruscamente el cambio, hazlo progresivamente abriendo un poco más cada noche tu puerta o tu ventana. Tu cuerpo bien cubierto en la cama, no tendrá frío, y las horas de sueño serán de vida y no de envenenamiento por insuficiencia de oxígeno en los pulmones.

— Pero, papá, ¿ y las corrientes de aire que traen tantas enfermedades, resfriados, influenza, reumatismo, pulmonías, etc., etc. ?

— No, querido; esa creencia es otro error, hijo de la ignorancia. Cuando no se conocía la existencia de los pequeñísimos organismos (microbios) causantes de muchas enfermedades, había que hallar un culpable y uno de ellos fué, y lo es aún para personas sin ilustración, el aire. Pero reflexiona un momento y, sin necesidad de emplear tú mismo el microscopio, tendrás indicios significativos.

¿No has observado con cuánta frecuencia, cuando se resfría una persona de la familia, no tardan en enfermarse también los que se hallan en contacto con ella? Es que han sido contagiadas y no enfermadas por el aire. Y si se hiciera una estadística, se comprobaría que son atacadas mucho, muchísimo más, las personas que viven en habitaciones cerradas y calentadas, que las que andan al aire libre y expuestas a los vientos fríos, como por ejemplo los cocheros, marinos, agricultores, carteros, etc. Conserva el necesario calor a tu cuerpo, nutriéndote bien, abrigándote, haciendo ejercicio; pero deja penetrar constantemente el aire puro en tus pulmones, a todas horas, y así te hallarás mejor que acurrucándote junto a la estufa y con las ventanas cerradas.

Evita, sí, las corrientes de aire frío dirigidas sobre una sola parte del cuerpo en reposo, y que penetran, no por la puerta o ventana ampliamente abiertas, sino a través de una abertura estrecha.

Y no respires por la boca; respira por la nariz. Así el aire llega como tamizado y un poco entibiado a tus pulmones. La nariz se halla guarneida interiormente de pelitos que detienen el polvo que penetra con el aire y dentro del cual, ya lo sabes, puede haber elementos nocivos a la salud.

¡Cómo me agradecerás más tarde estos consejos cuando la experiencia te pruebe la verdad que los inspira, a despecho de los prejuicios que mantiene la ignorancia!

II. — LA LUZ

Busca también, y siempre, la luz y el calor del sol, hijo mío. Su influencia sobre nuestra vida y nuestra felicidad es mucho mayor de lo que imaginamos. ¡Quién

114. — La vida sana en el campo.



Temas de composición oral o escrita.

1. La vida sana en el campo.

2. Los animales del campo.

3. Los niños del campo.

4. Los paisajes del campo.

5. Los trabajos del campo.

no conoce la que ejerce sobre las plantas? ¿No las has visto tú marchitarse y morir si se las priva del Sol? ¿No has visto ciertas flores cerrarse de noche y abrirse de día, y algunas girar en dirección de aquél? ¿No sabes que los animales callan y se ocultan al llegar la obscuridad, y vuelven a correr, alegres, por el campo, llenando los pájaros el ambiente con sus gorjeos cuando el astro reaparece? Sólo el murciélagos y la lechuza salen de noche. Acaso por eso son considerados animales de mal agüero aun cuando no sean tales. Sugieren también la idea de los hombres malvados que trabajan en la sombra, temerosos de que los descubran. El Sol es la vida. Por eso algunos pueblos lo adoran como a su Dios. ¿No has notado en tí mismo la acción que sobre tu espíritu ejercen los días grises, cuando el Sol permanece oculto detrás de nubes opacas? Tu alegría disminuye y hasta suele invadirte tristeza profunda. Pero brilla de nuevo el Sol y tú renaces como las plantas, y se animan tus ojos, y corres y saltas como tu cabrito, y cantas y gozas como tu jilguero. Eres feliz porque la luz y el calor del astro bienhechor activan la circulación de tu sangre, vigorizan tu organismo, hacen que funcionen mejor todos sus resortes.

Observa el color, los movimientos, el aspecto general y hasta la entonación al hablar del hombre que pasa largas horas trabajando en las minas subterráneas; compáralo con el agricultor que trabaja al sol y al aire. Recuerda lo que leíste el otro día y lo que te explicó el maestro: el sinnúmero de niños miopes que han perdido la perfección de su vista porque trabajaron largo tiempo, en las escuelas y en sus casas, con luz insuficiente. También leíste que el sol mata por sí solo los microbios de muchas enfermedades, inclusive el de la tuberculosis. Y son innumerables los atacados por esta enfermedad que se cu-

ran viviendo al sol, como se fortalecen los anémicos y desaparecen varias enfermedades de la piel, a veces hasta con simples baños de luz artificial eléctrica.

¡Y cuántos otros efectos benéficos han de descubrirse todavía!

Vivamos, entonces, a la luz, todo lo más posible. Y fuera de los días muy calurosos, dejémosla penetrar, sin atenuarla, en nuestras habitaciones.

Y tú, madre, no sacrifiques a la vanidad o al capricho tu propia salud y la de tus hijos. Levanta las cortinas, abre las ventanas. ¡Paso al Sol, portador de salud, de alegría, de bondad!

El sol, como luz, es símbolo de verdad: no quiere nada oculto. « Seamos, como él, claros, sinceros y también, como él, calurosos para realizar el bien. »

115. — Recuerda y medita.

1. Piensa mucho antes de ridiculizar a los demás.
2. Hay nobleza en pedir disculpa a quien se ha ofendido indebidamente.
3. Escribe las injurias en la arena y los beneficios en el mármol.
4. El mundo es muy grande; pero es redondo y los que andamos en él podemos encontrarnos con frecuencia.
5. Piensa antes de obrar.
6. No cantes junto al que llora.
7. No prometas si no has de cumplir.
8. Haz bien y ríete del *qué dirán*.
9. La virtud es áspera en el camino y deliciosa en la cumbre.
10. Una buena conciencia endulza todas las penas; la mala envenena todos los goces.

116. — Algunos preceptos epistolares.

Antes de empezar a escribir una carta, colócate con el pensamiento en presencia del ausente a quien va dirigida; háblale con la pluma en la mano.

Exprésate con naturalidad, sin rebuscamiento. No pidas ni rehuses nada que no pudieras pedir o negar de viva voz sin sonrojarte.

No medites demasiado antes de escribir; pero vuelve a leer tu carta cuando esté escrita. Casi siempre las primeras ideas son las mejores; contesta, entonces, sin dilación, pero espera hasta el otro día para enviar tu respuesta, sobre todo si se trata de asuntos de importancia.

Firma en forma sencilla y legible. Escribe con letra clara. No olvides la fecha, ni la dirección bien puesta.

117. — Anécdota de Sarmiento ⁽¹⁾.

Se celebraba en Buenos Aires el centenario de Rivadavia.

El viejo educacionista asistía a la imponente procesión cívica desde los altos de la casa de un amigo, situada en una de las calles que aquélla recorría.

Desfilaron, por fin, ante su vista los niños de las escuelas, que asistieron a esa fiesta en crecidísimo número.

Sarmiento los seguía sonriente y aplaudiendo su compostura y disciplina.

Comunicaba, entre tanto, sus tiernas impresiones a su nieto, señor Augusto Belín Sarmiento, que le acompañaba.

Habían pasado como dos mil niños, cuando observó su

(1) Publicada en « La Prensa » de la época.

acompañante que brotaban lágrimas de los ojos del venerable anciano, las que en vano pretendía éste enjugar.

Seguía mirando a los niños, y lloraba siempre muda y silenciosamente.

Por fin, no pudo resistir tanta emoción, y, dirigiéndose a su nieto, le dijo :

— Vámonos. Lo siento mucho, pero vámonos.

— ¡Qué le sucede? — se le interrogó cariñosamente.

— Nada, no es nada. Se me ocurre esto no más : ¡si me creerán digno, cuando me muera, de una manifestación infantil tan preciosa como ésta? Cómo hay de niños en ella, ¡has visto?

Y a medida que se aproximaba a su casa habitación, se tranquilizaba, pensando siempre en *sus* niños, como llamaba a los que desfilaban en la procesión cívica.

Sarmiento dejaba entender, con amargo acento, la duda que abrigaba de que se le creyera digno de ser acompañado, después de muerto, por los niños en cuya educación empeñó tantos sacrificios.

Esa duda no debió turbar jamás la tranquilidad del viejo educacionista.

118. — El entierro del gran educador.

¡Oh! si Sarmiento hubiese podido presenciar el homenaje que le fué tributado a su muerte, acaecida pocos años después de lo que se refiere en la anécdota precedente!... ¡Qué satisfacción hubiera experimentado!

En Mayo de 1888 fué al Paraguay, buscando en el suave clima de la Asunción el reposo para sus fuerzas decaídas, y allí, a los pocos meses, el 11 de Septiembre, la muerte le sorprendía.

El gobierno y el pueblo paraguayos rindiéronle merecido homenaje, e inmenso cortejo acompañó sus restos al ser embarcados para devolverlos a la patria. No faltaron, por cierto, los niños de las escuelas y colegios. En todos los puertos del tránsito hasta Buenos Aires, las manifestaciones se repitieron. Así en Formosa, donde un centenar de niños vestidos de blanco subieron a bordo del « San Martín » para cubrir al prócer de flores.

Frente a Las Palmas recibió otro homenaje impresionante. Apenas detuvo el buque su marcha, subió una comisión llevando una corona de margaritas silvestres, lo único que en la pobre población existía. Unas cintas blancas, usadas, pero cuidadosamente lavadas y sin planchar, la envolvía graciosamente. Al volver los ojos a tierra, veíanse tres grupos alineados a la orilla del río. El primero lo formaban los indios trabajadores de la colonia; en el centro unos veinte jinetes, y en la otra extremidad cuarenta o cincuenta niños de la escuela, con banderas argentinas. Al ponerse el vapor en marcha, los niños agitaron las banderas y cayeron de rodillas con la cabeza descubierta. Eso fué conmovedor hasta las lágrimas.

En Corrientes, La Paz, Hernandarias, Paraná, Rosario, San Nicolás, hasta llegar a Buenos Aires, las manifestaciones se sucedieron, tomando los niños parte principal en todas.

En Buenos Aires, el homenaje fué grandioso, como no lo fuera otro alguno hasta entonces. Más de cien mil personas acudieron a rendírselo a pesar del tiempo lluvioso. Por entre flores, las más arrojadas por millares de niños en todo el trayecto, llegaron a la Recoleta los sagrados despojos.

Y entre los 27 discursos preparados en representación

de todo género de instituciones y de varios países, figuró también la sencilla despedida de los escolares.

Uno de ellos, el niño Luis Argüello, alumno de la escuela graduada de Catedral al Norte, que Sarmiento mismo inaugurara (1), fué el encargado de pronunciarlo.

He aquí ese discursito :

« ¡Sarmiento! ¡Benefactor de la infancia! ¡Aquí estamos!

Ayer no más, cuando viste desfilar las escuelas que acudían a honrar la memoria de Rivadavia, una lágrima y un sollozo traicionaron el sentimiento sublime que el espectáculo tierno te produjo.

« ¡Mereceré yo también, cuando muera, que estos ángeles rodeen mi tumba? », exclamaste en ese momento solemne.

Tú que nos conocías, no debiste dudarlo nunca.

Tu noble y justa aspiración está satisfecha. Aquí estamos. Somos los niños, tus niños queridos. Oímos tu voz y acudimos a tu llamado. Venimos a depositar sobre tu féretro nuestra ofrenda de gratitud.

Pero no necesitabas llamarnos, porque nos atraías.

Si pudieras levantarte un instante de la tumba cruel que ya nos separa, verías en torno tuyo a los niños de tu corazón, mudos, apagados, tristes, huérfanos.

¡Son ellos, Sarmiento! ¡Son tus predilectos!

¡Levántate y bendícelos!

Hoy han dejado el libro, el cuaderno y la pluma que Rivadavia puso en sus manos y que tú les enseñaste a usar.

Han venido a decirte adiós en el lenguaje del corazón. Hoy deja cada uno aquí un pedazo del suyo que reem-

(1) Hoy Escuela « José M. Estrada » y dirigida entonces por el autor de este libro.

plazan con tu recuerdo querido, con el pedazo de tu corazón que les pertenece. ¡Porque tú se lo diste!

Vienen a decirte: ¡Adiós Sarmiento!... pero es un adiós que significa: ¡Hasta siempre!

Es el adiós simbolizado en este ramo de siemprevivas que yo coloco sobre tu féretro a nombre de los niños argentinos, para quienes escribiste el *Catecismo* y la *Cartilla*.

Tú arrojaste la simiente. ¡Aspira, pues, el perfume de las flores! »

119. — Grupo feliz.



Tema de composición oral o escrita.

120. — Amalia y la florista.

Temprano, que apenas acababa de vestirse, Amalia corre al jardín con su regadera.

— ¡Niña, ya está servido el desayuno! — le grita la mucama, — ¡venga!

— ¡Ya voy, ya voy! Primero es el desayuno de mis plantas... ¡No ves cómo están tristes?

— Aquí estoy, aquí estoy, continúa diciendo frente a un rosal. ¡Tenías sed? Toma, refréscate. Y vosotros, exclama dirigiéndose a un arriate lleno de claveles, ¡estabais impacientes?... ¡No os había olvidado, no!

¡Buenos días, mis queridos pensamientos! ¡Cuántos colores!

¡Oh, qué maravilla, preciosas amapolas! No tembléis. Os contemplaré sin tocaros. Ya sé que sois delicadas.

Y usted, señorita, ¡qué hace aquí? ¡Vamos, vamos! No libe usted todo el néctar de mis madreselvas. ¡Ah! ¡no me obedece?... ¡Tome!

Y la bella criatura empapa con la lluvia de la regadera a la abeja susurrante, que huye a posarse un poquito más allá en busca de su dulce alimento.

Los pájaros también andan en torno de Amalia sin es-
pantarse. Ella suele arrojarles granos y migas de pan,
dirigiéndoles la palabra como si pudieran entenderla.
Por eso, apenas se desvían para darle paso cuando ella
avanza por los senderos examinando a sus plantas que-
ridas.

De pronto, al aproximarse a la verja, advierte que pe-
gada a ella, del lado de la calle, se encuentra una pobre
chiquilla, que sigue sus movimientos y mira las flores
con interés. Lleva al brazo un canastillo.

Amalia le dice amablemente :

— ¡Qué haces? ¡A dónde vas?

— Voy a vender estas flores.

El canastillo contiene, en efecto, varios ramos casi marchitos ya.

— ¡Y cuánto ganas con esto?

— Muy poco, niña; algunos días nada, y entonces mamá se aflige mucho, porque papá está enfermo y no puede trabajar como antes.

— ¡Cómo te llamas?

— Rosa, y mi hermana se llama Margarita.

— ¡Oh, qué bonito! ¡Nombres de flores!... Ven, entra un ratito.

Y abre la puerta.

— No puedo, tengo que ir a vender.

— Entra, entra un momento, nada más.

En ese momento se oye a la mucama :

— Niña, su desayuno se enfriá. Venga.

— Ya voy, ya voy... Tráeme pronto el carretel de hilo grueso. Y volviéndose a Rosa :

— Ven, necesito hacer unos cuantos ramos, ayúdame.

Y las dos niñas, corriendo de acá para allá, contentas, cortan rosas, jazmines, geranios, no me olvides, margaritas, claveles, haciendo pequeños ramos que rodean de cedrón, lazo de amor y otras hojas de adorno, y hasta algunos helechos y diosmas.

Rosa contempla encantada los hermosos ramitos, y mira después hacia su canasto no sin cierta tristeza.

En tanto Amalia sonríe maliciosamente.

— Préstame un momento tu canasto, ¿quieres?
Y sin esperar, vuelca rápidamente las pobres flores que contiene.

— Pero... ¡Mis flores!... ¡Debo venderlas!...

Amalia no le contesta. Llena de nuevo el canasto con los hermosos ramitos recién preparados, y con la mayor gracia del mundo toma el brazo izquierdo de Rosa, cuelga de él su canastillo desbordando de flores y dice :

— ¡Ahora, a venderlas!

Rosa, estupefacta, no sabe si ha comprendido bien.

— ¡Cómo! ¡Para mí? ¡Que me las lleve?

— Sí, y en seguida... Pero no... espera un momento.

Y cortando un hermoso pimpollo de rosa blanca, se la introduce entre las trenzas, diciéndole, sonriente :

— Esta rosa es para ti sola, Rosita. — Y empujándola con afecto hacia la calle, agrega :

— ¡Ahora, corre, que es tarde.

— ¡Niña, el café está helado! — se oye gritar en ese momento a la mucama.

— ¡No importa! Caliéntalo de nuevo.

121. — Recuerda y medita.

1. Si eres trabajador, no te morirás de hambre. El hambre puede llegar a la puerta del hombre laborioso, pero no se atreve a entrar.

2. Es locura emplear el dinero en comprar un arrepentimiento.

3. No estimes el dinero ni en más ni en menos de lo que vale : es un buen servidor, pero un mal amo.

4. Un labrador de pie es más alto que un cortesano de rodillas.

5. Elige bien tu camino y después síguele sin desviarte.

6. Es inútil y hasta perjudicial el saber, si careces de carácter para no aplicarlo sino al bien.

122. — Los grandes próceres.



PASTEUR

I

— Descúbrete, hijo mío, en presencia de este retrato, díjome un día mi padre, y continuó : Es el de Pasteur. Éste sí que libró y ganó batallas fecundas, de incalculables beneficios para toda la humanidad. ¡No te han hablado de él en la escuela todavía?

— No, papá, no hemos llegado a las guerras de Francia.

— ¡Oh, hijo mío, no fué militar Pasteur! Son otras elases de batallas las ganadas por él, y no sólo para Francia, su patria, sino para el mundo entero, repito; y venció sin cañones, ni fusiles, ni sangre vertida, sin arrancar a nadie una lágrima de dolor. Muy al contrario.

Son los héroes de esta clase los que debemos glorificar; los que van en pos de un descubrimiento para evitar la enfermedad o combatirla con éxito; los que persiguen una creación para aumentar las comodidades, facilitar el trabajo de los hombres, satisfacer sus necesidades, difundir los conocimientos útiles, disminuir las causas de amargura, multiplicar los medios de felicidad.

Son hombres abnegados, altruistas, cuyo ideal es el progreso; y trabajan sin ruido, modestamente, en sus laboratorios, talleres, salas de estudio, un día y otro día, a todas horas, arrostrando peligros, comprometiendo la propia salud y sabiendo que la comprometen, exponiendo la vida misma y perdiéndola también por sus semejantes.

Hombres así los hubo en todas las épocas y los hay siempre para honor de la raza humana. Para ellos deben ser principalmente nuestra admiración y nuestra gratitud.

Son los sabios inventores, investigadores científicos de todo orden, fisiólogos, higienistas, químicos, físicos, matemáticos, mecánicos, naturalistas, navegantes; son los grandes estadistas, filósofos, educadores, moralistas, escritores, que mejoran las leyes, difunden ideas saludables, normas de conducta, ejemplos a imitar; los grandes artistas, músicos, pintores, escultores, poetas; todos los que acrecen el caudal humano de salud, de bondad, de saber, de belleza, de alegría.

Se llaman Sócrates, Platón, Aristóteles, Arquímedes, Hipócrates, Newton, Galileo, Watt, Helmholtz, Claudio Bernard, Gay Lussac, Leverrier, Volta, Morse, Leyden, Niepce, Bunsen, Edison, Marconi, Colón, Darwin, Nansen, Comenius, Rousseau, Pestalozzi, Spencer, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Víctor Hugo, Beethoven, Gounod, Verdi, Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Velázquez y

mil más de todos los siglos, los unos bien conocidos, casi ignorados los más, pero no por eso menos grandes, y cuyas vidas fueron un ejemplo de labor, de altruismo y de otras virtudes.

Y si miras a tu alrededor en tu propio país, acudirán a tus labios los nombres de Moreno, Rivadavia, Mitre, Sarmiento, Vélez Sársfield, Alberdi, Ameghino y muchos otros.

Y bien; entre los grandes, acaso ninguno lo fué más que éste cuyo retrato contemplas.

Valdría la pena contar toda la historia de Pasteur, pero tan sólo la lista de sus trabajos ocuparía muchas páginas. La conocerás más tarde, cuando avances en tus estudios, y quedarás asombrado en presencia de lo que producen el trabajo, la inteligencia y el corazón puestos al servicio del bien. Lee, sin embargo, alguna noticia de su vida y de sus principales descubrimientos. Ello ha de complacerte y te sugerirá tal vez muchas reflexiones útiles.

II

LA VIDA DE PASTEUR

Fué una cualidad característica de Pasteur el amor a sus semejantes. Sensible, afectuoso desde niño, le amargaba ver sufrir a las personas y los animales.

Huía de los juegos brutales. En la escuela no fué alumno brillante y sólo reveló especial afición por el dibujo. El padre había sido soldado de Napoleón. Tuvo después una tenería, en Artois, y fué en ella junto a su padre, y en el hogar, donde el niño recibió la lección viva de la perseverancia, de la energía y de las buenas cos-

tumbres. Aprendió de su padre una gran cualidad que todos debiéramos tener: la de ser prudentes y no asegurar lo que no hayamos comprobado bien, respecto de las cosas y de las personas; el hábito de reflexionar, de pensar antes de emitir juicios. De la madre heredó la gran sensibilidad, la imaginación, una inteligencia especial para presentir y como adivinar ciertas cosas.

El padre quería que fuese profesor y lo envió a París; pero no tardó en sufrir la nostalgia de su pueblo hasta ponerse melancólico. Volvió a Artois, y allí, y después en Besançon, hizo sus estudios hasta el bachillerato en letras, abandonando el dibujo y la pintura; luego estudió matemáticas, sin dejar la literatura y la poesía, y más tarde se hizo también bachiller en ciencias naturales. Al mismo tiempo había trabajado como maestro repetidor. Era de una laboriosidad extraordinaria. En cartas a sus hermanos les incitaba a amarse y trabajar. « Todo depende del trabajo en este mundo, escribía. Y gracias al saber, uno se eleva por sobre todos los demás. »

Por fin, en 1843 ingresó en la Escuela Normal de París, cuando tenía 20 años. Reveló pronto el gusto de la gloria. Se exaltaba ante la historia de los hombres ilustres; ambicionaba imitarlos, prefiriendo a los bienhechores de la humanidad.

Se complacía en difundir el saber, y hasta a su familia, al padre, a los hermanos, escribía planteándoles problemas, formulando preguntas y discutiendo con ellos.

En 1846 obtiene el título de profesor de ciencias físicas y a la vez investiga e inicia sus descubrimientos.

Pobre, al punto de tener que enseñar mientras estudiaba, y consagrado a una labor intensa que comenzaba a las 5 y 1/2 de la mañana, había economizado 150 fran-

cos y los entregó con entusiasmo al proclamarse la República, en 1848, felicitándose de servir como guardia nacional.

En esa época murió la madre, que él adoraba, y buscó consuelo en el trabajo.

Sería largo seguir su carrera como profesor en diversas facultades universitarias, en la Escuela Normal Superior y en la Sorbona.

Sus investigaciones y descubrimientos se suceden a través de 45 años de consagración inaudita. Trabajó mucho tiempo en un laboratorio incómodo y primitivo, en el cual se helaba en invierno y sufría 36 grados de calor en verano.

Ahí empezó a transformar las ciencias, contribuyendo al enriquecimiento de su patria por el progreso que sus descubrimientos traían a las industrias, mejorando los productos y atacando las causas de los grandes perjuicios que aquéllas sufrían.

III

LOS MICROBIOS Y EL VINAGRE

Así, por ejemplo, después de una larga y paciente investigación, descubrió que el vino se convierte en vinagre bajo la influencia de un *microbio*, nombre que se da a unos seres infinitamente pequeños. Esos microbios se sostienen en la superficie del vino y producen la fermentación. Son dos veces más largos que anchos, y tan tenues que se requieren 400 puestos de punta uno junto a otro y 800 de eostado para alcanzar un milímetro de largo. Treinta millones sólo ocupan un centímetro cuadrado, y

poseen tan enorme poder de multiplicación que en 24 horas se forman 300 mil millones sobre un metro cuadrado de líquido. ¿Cuánto pesan esos 300 mil millones? ¡Apenas un gramo!... Y ese gramo puede, en 5 días, transformar en vinagre 10 kilos de alcohol, lo cual significa que en un día uno de esos animalitos devora una cantidad de alimento superior 2.000 veces a su propio peso.

¡Oh, ya sé que esto parece mentira y que sorprende a nuestra inteligencia! Así ocurre, sin embargo, aunque cueste concebirlo.

Pasteur encontró que ese microbio del vino podía estar enfermo, produciendo entonces buenos o malos vinagres. Trabajó hasta hallar la manera de conocer y multiplicar a voluntad el microbio sano, y desde entonces los fabricantes ya no proceden al acaso, sin saber cuándo tendrán buenos o malos resultados.

Del mismo modo descubrió que diferentes microbios originaban las enfermedades de los vinos, arruinando a los fabricantes, y encontró el medio de combatirlos.

Lo que eso representaba sólo para la fortuna francesa es asombroso. Calcúlese una producción anual de 50 milares de hectolitros, equivalentes a un valor de 500 millones de franceses, y se apreciará el valor del descubrimiento que hoy aprovechan los demás países también.

Análogos estudios sobre la cerveza le hicieron encontrar los microbios que determinarán su buena o mala calidad, y así pudo conseguir que Francia no tuviese que adquirirla toda en Alemania. La fortuna que eso representaba hizo decir a un sabio inglés, Huxley, que equivalía a los cinco mil millones que Francia tuvo que pagar después de la guerra de 1870.

IV

LOS GUSANOS DE SEDA

Una causa desconocida atacaba al gusano de seda al Sud de Francia, arruinando esa industria y haciendo perder más de 50 millones de francos por año. Sólo un departamento, el de Alais, perdió en 15 años alrededor de 150 millones.

Pasteur, en presencia de tanto desastre que importaba, además, la miseria y el dolor de millares y millares de gentes, abandona su querido laboratorio de París y va a estudiar en la zona infestada las causas de tan grande calamidad.

¡ Oh, si se pudiese contar aquí con detalles las luchas de todo género que debió sostener antes de coronar sus esfuerzos con el triunfo !

Fué combatido por la ignorancia y por envidia, y hasta llegaron a arrojarle piedras bajo la influencia de la calumnia. Y como si eso no bastara, murieron en ese tiempo su padre, que tanto amaba, y dos de sus hijos. Su voluntad se sobrepuso a todo : sólo algunas arrugas en su cara traicionaban su interior sufrimiento. Fué una lucha heroica, que acometió resueltamente sin más estímulo que lo grande de la empresa.

Fueron seis años de una labor inaudita, experimentando con diversas alternativas, equivocándose, comenzando de nuevo, con una paciencia admirable, hasta que halló por fin la causa de la enfermedad y la manera de distinguir los gusanos que debían destruirse y los que convenía desarrollar. Y la industria se salvó, y huyó la miseria y la tristeza de los hogares, y Francia conservó y acrecentó esa otra gran fuente de recursos, y como

Francia, después, todos los países que cultivan el gusano de seda.

V

OTROS DESCUBRIMIENTOS

Pero otros descubrimientos llegaron luego, que habían de beneficiar más directamente aún a la humanidad y cuyas consecuencias saludables han de seguir aumentando todavía.

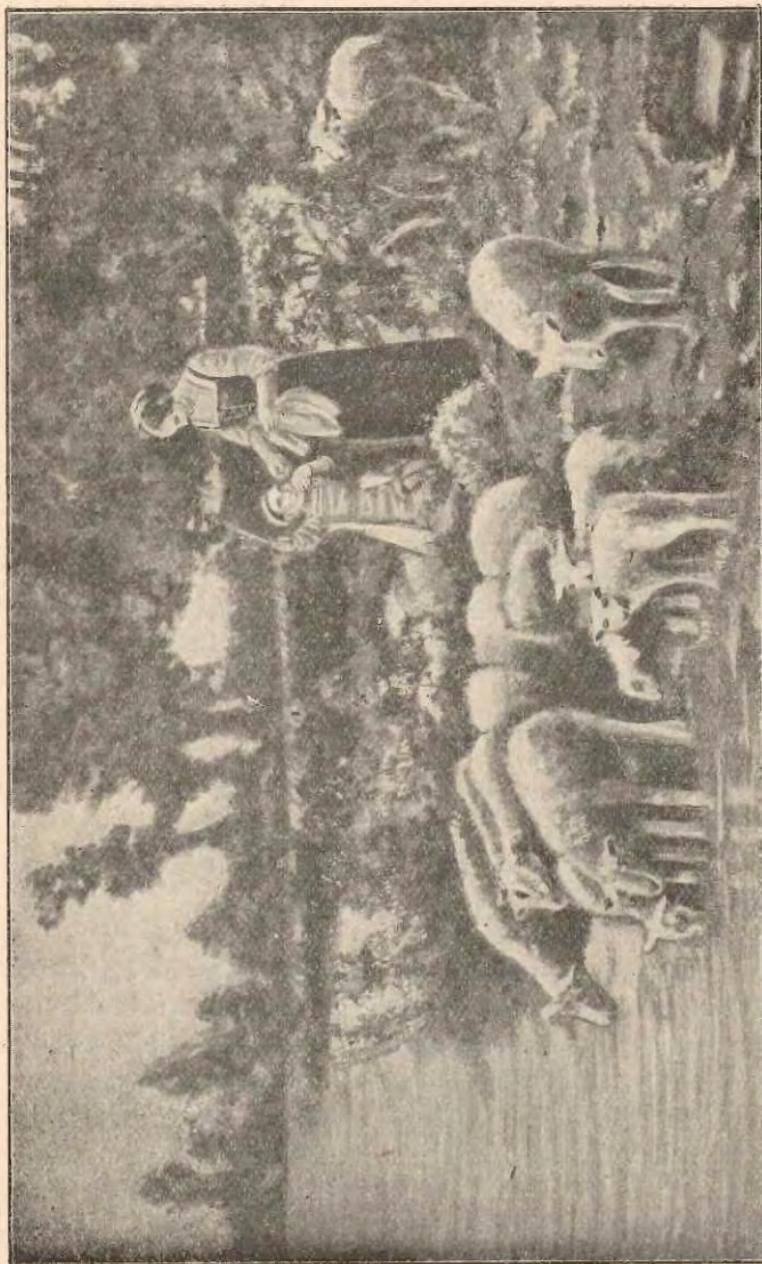
Y nótese que Pasteur trabajaba escaso de recursos, por lo cual se decidió, por fin, a solicitarlos del Emperador, en una carta elocuente. Napoleón III ordenó que se edificase el laboratorio requerido, cuando un terrible ataque de parálisis puso en peligro la vida del sabio. En el peor momento, cuando el desenlace fatal parecía inevitable, el grande hombre sólo pensaba en sus trabajos interrumpidos.

— Siento morir, dijo a su médico; yo hubiera podido prestar otros servicios a mi país.

Por fortuna no murió.

Sobrevino la guerra del 70 con el extranjero y después la guerra civil. Pasteur no podía regresar a París y desde Clermont-Ferrand escribía a uno de sus amigos y colaboradores, Emilio Duclaux :

« Tengo la cabeza llena de los más hermosos proyectos de trabajo. La guerra ha puesto mi cerebro en barbecho. Estoy pronto para nuevos descubrimientos. Pero ¡ay! yo me forjo tal vez ilusiones. De todas maneras, ensayaré. ¡Ah, si yo fuera rico, millonario! Yo les diría a ustedes, a Raulin, a Cernez, a Van Tieghem, etc. : Venid, venid, vamos a transformar el mundo con nuestros descubrimientos.



123. — Tema de composición oral o escrita.

« ¡Qué feliz es usted, joven y con buena salud! ¡Oh! Si pudiera yo recomenzar una nueva vida de estudio y de trabajo! ¡Pobre Francia! Querida patria, ¡que yo no pueda contribuir a levantarte de tus desastres! »

Reanuda, por fin, sus trabajos. Autes, estudiando los gusanos de seda había comprobado que la enfermedad que los destruía provenía de un microbio y que era hereditaria y contagiosa, atacando de distinta manera según la mayor resistencia o sensibilidad de los gusanos, y este descubrimiento le llevó más tarde a pensar que algo análogo podía ocurrir con las enfermedades de los animales superiores y con el hombre mismo.

Había hallado la existencia de microbios en la atmósfera, y de ahí su recomendación para que en las operaciones quirúrgicas se tomaran precauciones especiales de desinfección, convencido de que la mayor parte de las muertes resultaban del contacto de los gérmenes nocivos con las heridas. Lo mismo hacía un gran cirujano inglés, Lister. Esto que los niños saben hoy, era desconocido entonces hasta por los médicos, y por eso, hablar a un enfermo de la necesidad de operar, era presentarle el fantasma de la muerte.

VI

NUEVA VICTORIA DE PASTEUR. — EL CARBUNCLO

Conviene referir cómo hizo Pasteur otro de los descubrimientos que lo puso en la vía de hallar también el medio de combatir terribles enfermedades humanas.

Una epidemia de carbunclo diezmaba en Francia los ganados, produciendo pérdidas de decenas de millones de francos cada año. Pasteur se instaló cerca de ellos, y

acompañado por otro sabio, Roux, comenzó su investigación.

Había terminado la cosecha. Sólo quedaban en el campo los rastrojos. La atención de Pasteur fué atraída sobre una parte del campo por el color diferente de la tierra. El propietario explicó que el año anterior había enterrado en ese sitio carneros muertos de carbunclo. Pasteur, que examinaba siempre las cosas muy de cerca, notó en la superficie del suelo una multitud de esas como pequeñas ruedas de tierra que arrojan afuera las lombrices. Se le ocurrió entonces pensar que en su viaje continuo desde la profundidad a la superficie, los gusanos trasladaban sobre el suelo la tierra, rica en humus, que rodeaba el cadáver y, junto con ella, los microbios carbunculosos que contiene.

Pasteur no se detenía jamás en las sospechas; pasaba en seguida a la experimentación.

Inoculó a un cobayo (chanchito de la India) la tierra arrastrada por una de las lombrices, y el cobayo enfermó de carbunclo.

Pero ¿cómo se contagiaba el ganado vacuno o lanar? No tardó en saberlo: al comer las yerbas secas y punzantes, se herían ligeramente en las mucosas de la boca y así se abría la puerta a los microbios.

Pero ¿cómo preservarlos o salvarlos una vez atacados?

Fué otro feliz hallazgo de Pasteur.

Estudiando al mismo tiempo que el carbunclo el cólera de las gallinas, había observado que los mierobios que lo producían, si eran dejados al aire y después sembrados en un líquido nuevo, se hacían menos virulentos, es decir, más débiles y hasta inofensivos en su acción. Esto se debía al oxígeno del aire.

Este descubrimiento debía ser de consecuencias muy grandes para la medicina, porque gracias a él se llegó, después de varios años de experiencias delicadas, al empleo de vacunas que destruyen, preservan o atenuan el efecto de terribles enfermedades (la rabia, la difteria, el tifus, etc.).

Halló, así, la vacuna contra el carbunclo, y cuando, el 28 de Febrero de 1881, comunicó su descubrimiento a la Academia de Ciencias, unos lo recibieron con entusiasmo, otros con desconfianza. Pero él tenía la certidumbre de que inoculando el virus atenuado a los animales sanos, éstos quedaban inmunizados contra el carbunclo, y resolvió, entonces, hacer una experiencia en grande.

Le entregaron 50 carneros y 10 vacas, y el 5 de Mayo empezaron las experiencias.

Del primer lote, 25 fueron vacunados con un virus atenuado y después, el 31 de Mayo, éstos, así como los 25 no vacunados, recibieron un microbio de carbunclo muy virulento. Del segundo lote, 6 vacas fueron vacunadas y 4 no lo fueron.

Pasteur afirmaba que todos los animales vacunados resistirían a la enfermedad y los demás morirían sin excepción. Era una certidumbre reveladora de un atrevimiento genial: pero durante las experiencias y a la espera de lo que sucediera, el ilustre sabio tuvo alternativas de alegre esperanza y de fiebre dolorosa. El 2 de Junio, día fijado por Pasteur para juzgar los resultados, su triunfo fué completo. El jefe del gobierno departamental, diputados, senadores, periodistas, profesores, veterinarios, todos estaban allí vibrantes de impaciencia. Las afirmaciones de Pasteur se realizaron, punto por punto, en medio de la emoción de una multitud entusiasta. Todos los animales inoculados no vacunados tuvieron el carbunclo y mu-

rieron, en tanto que a los inoculados vacunados no les « prendió » la enfermedad y todos se salvaron.

Un año después de estas experiencias se vacunaron, sólo en Francia, 613.740 carneros y 83.946 vacunos.

También descubrió Pasteur la vacuna contra el cólera de las gallinas, y su discípulo Thuillier el microbio de una enfermedad de los cerdos.

Cuando el gobierno resolvía acordar a Pasteur, como premio, el cordón de la legión de honor, declaró que no lo aceptaba si no se premiaba a sus dos ilustres colaboradores Chamberland y Roux.

Así estudiaron las diversas enfermedades infecciosas y particularmente una terrible : la rabia.

VII

OTRA GRAN BATALLA GANADA. — LA RABIA

Los perros rabiosos eran el terror de las campañas, y las personas que tenían la desgracia de ser mordidas adquirían la espantosa enfermedad y morían en medio de las mayores torturas.

No se tenía un remedio seguro.

En los tiempos anteriores, siglos atrás, se empleaban los remedios más extraños. Por ejemplo : se hacía que los atacados comiesen el hígado del perro que los había mordido; otros tomaban ojos de cangrejos o introducían en las heridas pelos del perro que las había producido; pero lo más a menudo, impotentes, no les quedaba otro recurso que ahogar al desgraciado rabioso entre dos colchones. Lo más común después, y con frecuencia eficaz, si se procedía rápidamente, era la cauterización de la herida con un hierro ardiente.

Pasteur aplicó, desde 1880, su genio y perseverancia a descubrir el origen de la terrible enfermedad, y después de innumerables y pacientes experiencias, encontró que provenía, como las otras, de un microbio, hallando más tarde la manera de combatirlo también con una vacuna especial.

Gracias a ésta, los perros inoculados no rabiaban y se volvían refractarios a la enfermedad. Los mordidos tampoco la adquirían si eran vacunados a tiempo.

Pero no se animaba a ensayar en seres humanos. Un día se le ocurrió escribir al Emperador del Brasil proponiéndole hacer la experiencia con algunos condenados a muerte a cambio de conmutarles la pena; y se ofrecía para trasladarse él mismo, allí, a pesar de su edad y del mal estado de su salud. También estuvo resuelto a inocularse él mismo antes que exponer la vida de otro ser humano; pero no necesitó realizar ninguna de esas cosas porque un sinnúmero de experiencias hechas con animales dieron tan evidentes resultados, que una circunstancia especial agregada lo decidió: el 6 de junio de 1886 se presentó en su laboratorio una madre trayendo a su hijo, José Meister, de nueve años, que había recibido catorce mordeduras y que a juicio de los médicos estaba fatalmente condenado a rabiar. Pasteur no vaciló más.

Pero ¡con cuánta ansiedad esperó los resultados, y qué satisfacción cuando, dos meses después, el niño no había tenido el menor síntoma de la enfermedad!

Más tarde, otro niño, verdadero héroe, valiente y abnegado, sirvió para una nueva experiencia. Fué un pastorcillo de 15 años, llamado Juan P. Jupille, quien acudió resueltamente en defensa de cinco niños menores atacados por un perro rabioso, siendo él mordido gravemente al luchar contra el animal enfurecido.

Su caso era más difícil que el de Meister, pues sólo pudo ser vacunado una semana después de la mordedura. No obstante, se salvó.

Las experiencias continuaron con el mayor éxito.

Se organizó entonces en París un servicio público especial, para atender a los mordidos que acudían de todas partes. Desde octubre de 1885 a diciembre de 1886, fueron auxiliadas 2.682 personas mordidas por perros rabiosos. Sólo 31 sucumbieron a la enfermedad.

Eso bastaba para compensarle a Pasteur las desconfianzas y hasta los ataques que había debido soportar.

El triunfo estaba conseguido otra vez y ganado un nuevo título a la inmortalidad.

Algún tiempo después, el 14 de noviembre de 1888, el Presidente de la República inauguraba el gran edificio del Instituto Pasteur, construído por suscripción nacional. En pocos meses las moneditas de los pobres, junto con los billetes de ricos generosos, llegaron a sumar la hermosa cantidad de 2.586.680 francos, con los cuales fué posible aquella construcción.

Hoy en todos los países civilizados existen instituciones semejantes, aun cuando más modestas. En ellas encuentran la salvación millares y millares de seres humanos, la mayor parte de los cuales, sin el maravilloso descubrimiento de Pasteur, morirían de la más terrible de las muertes y sembrando el espanto a su alrededor.

VIII

CONSECUENCIAS

Trazado el camino por Pasteur, otros descubrimientos se han realizado y continúan realizándose en el mundo,

para luchar contra las enfermedades que fueron o son el terror de las gentes.

Así, por ejemplo : un discípulo y colaborador del mismo Pasteur, Roux, descubrió el *serum* contra la difteria, la implacable segadora de niños que llevaba la desesperación a los hogares felices y que hoy se halla dominada gracias al genio, a la voluntad, al amor al bien de estos sabios, a la vez grandes y sencillos servidores de la humanidad.

Otro hermoso ejemplo : un archimillonario norteamericano, Rockefeller, creó en Estados Unidos un instituto de investigaciones médicas análogo a los institutos Pasteur. Allí el doctor Flexner descubrió el microbio de una enfermedad gravísima (meningitis). Sólo en Nueva York, de 6.755 atacados en 1904, murieron 3.455, más de la mitad. Diez años después, la mortalidad se redujo al 25 por ciento, y ahora se salva la inmensa mayoría de los enfermos.

Revelada por Pasteur la existencia de los microbios, hemos aprendido a tomar, ahora, precauciones salvadoras que antes no se nos hubieran ocurrido, relacionadas con el aseo de nuestras personas, de la habitación, de los muebles, de los objetos que utilizamos; la desinfección de los locales donde hubo enfermos contagiosos y de sus ropas, la prohibición de escupir en el suelo, el análisis previo del agua, de la leche y de otras bebidas y alimentos que pueden contener las terribles semillas portadoras de la enfermedad, la ruina, el dolor, la muerte.

IX

CONSEJOS DE PASTEUR

¡ Oh, sí, leamos de preferencia a la historia de los militares, la de estos otros vencedores de batallas mucho

más nobles y fecundas. En la lectura de sus vidas hemos de hallar motivos de puro solaz, ejemplos admirables de virtudes y enseñanzas utilísimas, capaces de encaminar nuestra propia vida en la mejor dirección posible.

Y cerremos este capítulo dedicado a Pasteur con los hermosos consejos que de su alma brotaron el 27 de diciembre de 1892. En ese día, apenas tres años antes de extinguirse su vida, fué objeto de un grandioso homenaje en el cual tomaron parte sabios y representantes ilustres de todas las naciones europeas. Y fué entonces cuando el glorioso anciano, después de recordar la importancia del método experimental, dirigió a la juventud las siguientes palabras de oro que es menester conservar en la memoria como luz bendita que guíe en todo momento nuestra conducta :

« Jóvenes, jóvenes, decía ; confiaos en esos métodos, seguros, poderosos, de los cuales sólo conocemos los primeros secretos. Y todos, sea cual fuere vuestra carrera, no os dejéis alcanzar por el escepticismo denigrante y estéril; no os dejéis desalentar por las tristezas de ciertas horas que pasan sobre una nación; vivid en la paz serena de los laboratorios y las bibliotecas. Decíos en primer lugar : ¿qué hice por mi instrucción ? Después, a medida que adelantéis : ¿qué hice por mi país ?, hasta el instante en que tendréis quizá la inmensa dicha de creer que habéis contribuído en algo al progreso y al bien de la humanidad. Pero que los esfuerzos hayan sido más o menos favorecidos por la vida, menester es que al aproximarse el final, tengáis el derecho de decir : « Yo he hecho lo que he podido ».



Millet



Millet

124. — Temas de composición oral o escrita.

125. — Ser útil.

¡Cuán grande y bello el destino de los hombres que en su lecho de muerte pueden decirse: « Mi vida no ha sido inútil; yo no he sido sobre la tierra un ocioso; poeta, he consolado con mis versos a los hombres; hombre de Estado, he servido a mi patria con mis palabras y mis actos; soldado, la he defendido con las armas! »

Menos que eso. Feliz quien puede decirse: « Yo he dado a mis conciudadanos un buen medio para hilar el cáñamo; les he enseñado la manera de conservar el pescado, secándolo en el humo. »

No hay pequeños servicios prestados a la causa de la humanidad. Holanda ha erigido una estatua de bronce al marinero que le enseñó a secar el arenque.

¡Bienaventurados los que han sido útiles a sus semejantes! Han cumplido todo su destino aquí abajo, y pueden morir en paz; les acompaña la gratitud de los hombres.

JULIO JANIN.

126. — Los invisibles enemigos de la salud.

Pero ¿dónde, dónde he podido adquirir esta terrible enfermedad si no he estado en contacto con ningún atacado que haya podido transmitírmela?

He aquí una pregunta que las gentes se formulan a cada rato en todas partes, sin que muchas acierten a contestarse. Y, sin embargo, es fácil señalar el origen posible de todas esas infecciones que llegan a nosotros cuando menos lo esperamos.

Muchas de las peores enfermedades se deben a los microbios, esos seres infinitamente pequeños, invisibles a

simple vista. Son verdaderas semillas que se introducen en el organismo de los animales y del hombre, donde pueden multiplicarse de la manera asombrosa que dijimos al ocuparnos de Pasteur.

¿Y cómo llegan a introducirse?

¡Oh, son tantos los caminos por donde llegan y tantas las puertas por donde entran!

¡Ves esa mosca que acaba de pasar por tu ventana? ¡De dónde viene? Viene de casa de tu vecino o de más lejos, donde hay un enfermo o un foco de infección cualquiera. Estuvo posada sobre el esputo de un tuberculoso, sobre las materias fecales de un tifoideo, sobre las llagas o heridas de otro enfermo, sobre diversas materias descompuestas peligrosas. Ha recogido en sus patas la mala semilla, y al entrar en tu casa la deja sobre tu pan, sobre cualquier alimento que está ahí a su alcance, sobre tu plato, sobre la servilleta que pasas por tus labios, sobre el azúcar que está al descubierto, sobre una pequeña herida que tú tienes y que no has protegido en ninguna forma, y así puedes ser tú víctima de la tifoidea, la disentería, el cólera, la tuberculosis, el grano malo, etc.

El enemigo invisible llega en tu propia ropa que por la calle, en el tranvía, en un lugar cualquiera, o expuesta al polvo que el viento levanta, ha recogido el veneno que pasa a tus manos, que te llevas a la boca o con las que tocas tus alimentos, sin lavártelas inmediatamente antes de comer.

Llega en el sucio papel moneda que tanto aprecias.

A menudo sacudes y cepillas tu ropa dentro de las habitaciones, acaso en el comedor mismo, junto a los alimentos; haces barrer los pisos y las alfombras con escobas

que levantan el polvo que respirarás en seguida y dentro del cual pueden hallarse gérmenes de enfermedades.

Observa el aire de tu habitación en el rayo brillante de sol que penetra por un agujero o por una rendija de la ventana. Verás el número infinito de corpúsculos que contiene. ¿Sabes tú, acaso, qué terribles enemigos de la salud pueden hallarse entre ellos?

Los animales domésticos, tu propio querido perro que acaricias, te transmiten inocentemente lo que han levantado por ahí.

Las verduras y las frutas que el verdulero ambulante ha tenido depositadas y descubiertas quién sabe dónde, que muchos han manoseado, que han sido tal vez regadas con aguas contaminadas, y que comes crudas, también son portadoras del enemigo.

Y tú no has tenido la precaución de alejarlo lavando bien todo, suficientemente, con agua pura. Lee, lee la experiencia hecha con las frutas y que refiero en la página siguiente, y piensa que otro tanto podría comprobarse repitiéndola con diferentes artículos alimenticios expuestos a contactos y manoseos infectos, como los dulces, masas, helados, etc., que compras en la calle al primer vendedor ambulante que encuentras al paso.

127. — Recuerda y medita.

1. Levántate y acuéstate temprano. Un reposo excesivo entorpece y debilita. No duermas en cama demasiado blanda y caliente. No uses más que una almohada. Que tu cabeza esté al nivel de la columna vertebral.

2. Que entre aire puro toda la noche a tu dormitorio. Si sientes necesidad de respirar con la boca abierta, hazte examinar por un médico.

128. — Lavad las frutas y las legumbres.

Dos sabios, los doctores Fillassier y Sartory, quisieron precisar un día el número de microbios que se hallan en la superficie de las frutas tal cual se las adquiere en los puestos de venta o en los carritos y canastos de vendedores ambulantes.

Tomaron así algunas fresas grandes y las lavaron en cuatro aguas diferentes. Y bien; el agua del primer lavaje contenía 1.850.000 bacterias por centímetro cúbico. El segundo lavaje hecho con agua esterilizada y en otro recipiente produjo 74.000 microbios por centímetro, y el tercero dió todavía 18.000.

Hicieron lo mismo con una muestra de grosellas polvorrientas, extraídas de un carrito de mano, con el siguiente resultado :

En el 1. ^o lavaje	851.000	microbios
» » 2. ^o »	41.000	»
» » 3. ^o »	8.500	»

Otra muestra tomada de un puesto de venta muy limpio, sólo dió por centímetro cúbico :

En el 1. ^o lavaje	78.000	microbios
» » 2. ^o »	14.000	»

Con las uvas obtuvieron análogas comprobaciones. De una muestra, tomada en una calle de 20 metros de ancho, muy frequentada por automóviles, obtuvieron por centímetro cúbico :

En el 1. ^o lavaje	3.200.000	microbios
» » 2. ^o »	120.000	»
» » 3. ^o »	27.000	»

Importa decir que la casi totalidad de esos microbios no eran dañinos; pero ello demuestra, no obstante, la conveniencia de lavar bien las frutas y legumbres en varias aguas puras, antes de llevarlas a la boca.

129. — La Conciencia.

— ¡Qué es, papá, la conciencia? — preguntó Delia un día.

— ¡Por qué me lo preguntas?

— Es que a menudo oigo decir, o leo en los libros: Si te portas mal, la conciencia te castigará. No cometas faltas, si no quieres que te remuerda la conciencia.

Antes de proceder, escucha lo que dice la voz de la conciencia,

La propia conciencia debe ser el primer juez de nuestros actos.

¡Dónde está y qué es, entonces, la conciencia?

— ¡Sabes, querida, que tu pregunta me pone en aprietos para contestarla bien como desearía? ¡No importa! Intentaré complacerte valiéndome de un ejemplo.

Otro día te diré más.

Lo que voy a referirte es rigurosamente exacto y me ocurrió hace cerca de cuarenta años, cuando aun no tenía diez de edad.

Una tarde me hallaba cuidando la tienda de mi padre, situada en la calle que hoy se llama Rodríguez Peña, en la casa que tiene el número 240. Ahí nací.

Mi padre había ido al centro a hacer compras. Era la hora de la siesta. Casi nadie pasaba por la calle, muy mal empedrada en esa época.

Invitado por otro chico del barrio, me puse a jugar a las bolitas, al «hoyo y quema». Yo era diestro juga-

dor, y tenía fama de tal, pues solía dar «ventaja» y ganaba lo mismo. Sin embargo, esa tarde perdía. Media hora después de iniciado el juego, sólo me quedaba una bolita de las once que poseía al comenzarlo.

Estaba nervioso, doblemente nervioso porque la partida era presenciada por otros dos chicuelos a quienes generalmente yo vencía.

— ¡El último mono nunca se ahoga! — exclamó uno de ellos.

Pero, desmintiendo la equivocada afirmación, mi último mono se ahogó. Era mi bolita predilecta y tuve que entregarla.

Quedéme un instante en silencio, muy desagradado, herido en mi amor propio.

De pronto, una idea se me ocurrió, extraña, extraordinaria en mí.

— Espera, dije a mi feliz rival.

Y entré corriendo a la tienda, abrí el cajón del mostrador, tomé un peso de la antigua moneda, equivalente más o menos a cinco centavos de hoy, y volví a la calle

— ¡Véndeme diez bolitas!

Seguimos jugando. La suerte cambió; gané y reconquisté el peso, dándole en cambio las bolitas correspondientes.

Cuando quedé solo, sentí de pronto un raro malestar.

Había repuesto el dinero sustraído del cajón, pero no estaba contento.

Miré hacia el interior de la casa. Mis hermanas Anita y Angélica trabajaban junto a una mesita, en el primer patio, debajo del parral que todavía se conserva. Una estudiaba, la otra cosía. Los varoncitos, Juan y Carlos, debían hallarse en el fondo jugando. Mi madre, en el co-

medor que cuadra el patio, hacía masa para los pasteles con que festejaríamos al día siguiente el santo de mi padre y el mío. Y cantaba.

De súbito calló. No sé por qué temblé temiendo que me llamase o que viniese a la tienda. Sentí que me ardía la cara; me zumbaban los oídos. Una voz, dentro de mí, parecía decirme: « ¡Qué cosa fea has hecho! ¡Si lo supieran los demás! »

Miré a todos lados; quise silbar, en lo que era hábil, y el silbido salía intermitente y desentonado.

Me asomé a la puerta de la calle, y sin saber por qué me estremecí al pensar que mi padre pudiera volver en ese momento.

Sin embargo, nada cambiado había en la tienda.

De pronto, oí a mi madre llamar:

— ¡Pablito!

No puedo decir lo que pasó por mí; pero acudí corriendo al llamado, con un apresuramiento mayor que el habitual.

— ¡Qué mamá? ¡Qué quieres? ¡Qué? — dije atropellándome.

— Tienes que ir al almacén para comprar...

Y sin terminar la frase, me miró con aire sorprendido, exclamando:

— Pero, ¡qué te pasa? ¡Estás raro!... ¡Por qué te pones tan colorado?

Yo fijé mis ojos en ella, como aturdido, y estallé en llanto, amargamente.

Acudieron Anita y Angélica, y las tres, alarmadas, me interrogaban solícitas, creyendo que estaba enfermo.

Permanecí un instante indeciso, sin saber lo que me pasaba y eché a correr otra vez hacia la tienda.

Mi madre me siguió. Apenas su mano se posó afectuosamente sobre mi cabeza, me sentí como iluminado, y sin vacilar exclamé :

— Mamá, ¡he hecho una cosa mala!

Y le conté todo. Y al concluir, otra vez prorrumpí a llorar; pero este llanto era distinto del anterior. Me dejó tranquilo. Respiré mejor. Me sentí bien, como si me hubiese quitado un gran peso de encima.

Mi padre regresó apenas había yo salido hacia el almacén : de modo que a mi vuelta mamá ya lo había enterado de lo ocurrido.

Cuando entré y lo vi frente a mí, con esa expresión severa y afectuosa a la vez, llena de franqueza alentadora, habitual en él, no temí nada. Lo miré un momento en los ojos, que él tenía en los míos.

— Dame un abrazo — dijo. — Has obedecido a la voz de la conciencia y estoy seguro de que procederás siempre así. ¡Serás un hombre!

Y me abrazó.

130. — Recuerda y medita.

Cómo asegurar la salud. — ¿Quieres estar prevenido contra las enfermedades que pueden acometerte a pesar de las precauciones que tomes para evitarlas?

Y bien; procede como el viajero que ha de atravesar forzosamente una zona en la cual le acecha un forajido para robarle y atentar contra su vida : va prevenido y bien armado para repeler la agresión.

Si desde niño vigorizas tu organismo no bebiendo alcohol, ni fumando; alimentándote racionalmente y masticando mucho; amando el aire puro, el sol y el agua y el ejercicio físico, el trabajo y el reposo metódicos, sin excesos; haciendo, en fin, vida higiénica y moral, sencilla, tranquila, contento con tu suerte; si así gobiernas, desde joven, tu existencia, las enfermedades podrán atacarte, pero tú estarás siempre listo para luchar y vencer.

131. — Edison.



El « brujo » de Menlo Park.

Thomas Alva Edison es otro de los más grandes servidores de la humanidad, autor de tantos inventos, algunos tan prodigiosos e imprevistos, que el sabio ilustre ha sido bautizado con el nombre de « brujo ».

Parecía inverosímil que un cerebro humano pudiese producir tan maravillosas creaciones como el fonógrafo, el cinematógrafo, la lámpara eléctrica incandescente, el tranvía eléctrico, la transmisión telegráfica múltiple por el mismo hilo, etc., etc.; y fuera de muchos inventos que el mundo entero conoce, otros menos conocidos por el vulgo, un número estupendo de producciones originales o perfeccionamientos de lo inventado por otros.

También es Edison otro vivo ejemplo de hombre que se forma por sí mismo, llegando, desde origen humilde y desde la pobreza, a ser más que los grandes conquistadores de la historia.

Desde niño se caracteriza por su incansable curiosidad.

¿Por qué? ¿Cómo? son dos preguntas que tiene siempre en los labios, deseando explicarse las cosas que le interesan.

El miedo no existe para él. Pero si le gusta ver las cosas por sí mismo y hacer experiencias, también aprecia pronto la utilidad de la lectura y, como nuestro Sarmiento, Edison lee y lee libros de todas clases, de matemáticas, de física, de química, de historia, de literatura.

Casi no asistió a la escuela; su principal maestro fué su madre, mujer ilustrada que no contraría la curiosidad extraordinaria ni la imaginación de su hijo, sino que la estimula; pero lo incita también a que sea reflexivo y estudie.

A los doce años de edad, Thomas necesita trabajar. Es admitido en la línea de un ferrocarril para vender, durante el trayecto, diarios, revistas, frutas y otros objetos a los viajeros. Y no tarda el chiquillo en hacerse simpático por sus maneras insinuantes, su vivacidad, su gracia. Entre tren y tren pasa horas en la biblioteca de una de las poblaciones terminales de la línea.

Sus negocios adelantan y decide tomar un auxiliar; gana hasta 8 y 10 dólares por día. Da una parte a la madre e invierte el resto en comprar publicaciones técnicas y elementos para sus estudios, sobre todo para sus trabajos de química y de física, que el jefe del tren le permite hacer en el extremo de un furgón.

Para aumentar sus ingresos adquiere un viejo material

de imprenta, y con él, en otro extremo del vagón, se instala, y así publica un periódico con noticias interesantes para los viajeros. Y todos compran con simpatía por el inteligente « diablito » al que llaman *Al*, abreviación de Alva.

Y continúa sus experiencias de física y de química.

A los 15 años se interesa mucho por la electricidad.

Un día salva a un hijito del jefe de la estación inmediata al domicilio de Edison. Un vagón de carga se le iba encima, cuando Alva se arrojó en su auxilio, librándose apenas los dos de ser atropellados. Agradecido el jefe, Makenzie, le enseña todo lo que sabe sobre electricidad. Y Edison progresá, progresá, empezando a llamar la atención por su rara ingeniosidad.

No descansa. A su amigo Adams, que vive con él en Boston, le dice : ¡Tengo tanto que hacer y la vida es corta. Necesito apresurarme ahora!

Imposible seguir su accidentada existencia, llena, llena de peripecias.

En 1869 se traslada a Nueva York para explotar uno de sus descubrimientos que podía representar millones de beneficios para las compañías telegráficas : la transmisión de cuatro despachos por el mismo hilo.

Pero Edison está sin recursos y va en demanda de empleo al doctor Laws, ingeniero jefe de una empresa comercial.

Al llegar a la oficina de Laws, el joven Alva se encuentra con un tumulto indescriptible. Un aparato, de cuyo buen funcionamiento dependen transmisiones telegráficas múltiples urgentes, no anda.

El jefe no está, los empleados están perplejos; nadie atina con la causa de la interrupción. Edison pide permiso para examinar el aparato. En eso llega Laws.

Interroga a sus empleados. Nadie sabe contestar; pero el joven postulante de empleo se adelanta y muestra dónde está la causa de todo. Dos horas después el aparato está compuesto.

El doctor Laws ruega a Edison que pase al día siguiente por su despacho particular, y después de la entrevista, el joven, que poco antes tenía apenas cómo vivir, queda consagrado jefe de todas las máquinas del gran establecimiento, con trescientos dólares mensuales.

Poco después, el General Leferts, jefe de otra gran empresa, le ofrece 40.000 dólares por sus invenciones. Edison, que se hubiera conformado con 3.000, para continuar con ellos sus experimentos, cuenta que al oír esa cifra sintió como una especie de desmayo. Le parecía un sueño todo.

Ahora irá de triunfo en triunfo. Él, como Pasteur, había trabajado muchos años sin elementos, mal instalado, penosamente. Ahora tendría en Nueva York un local propio, máquinas, laboratorio a su gusto y continuaría con ardor sus trabajos de física, de química, de electricidad. Poco después, eso no le basta y se establece en un gran edificio de cuatro pisos. Su audacia, su energía, su inventiva, van en aumento.

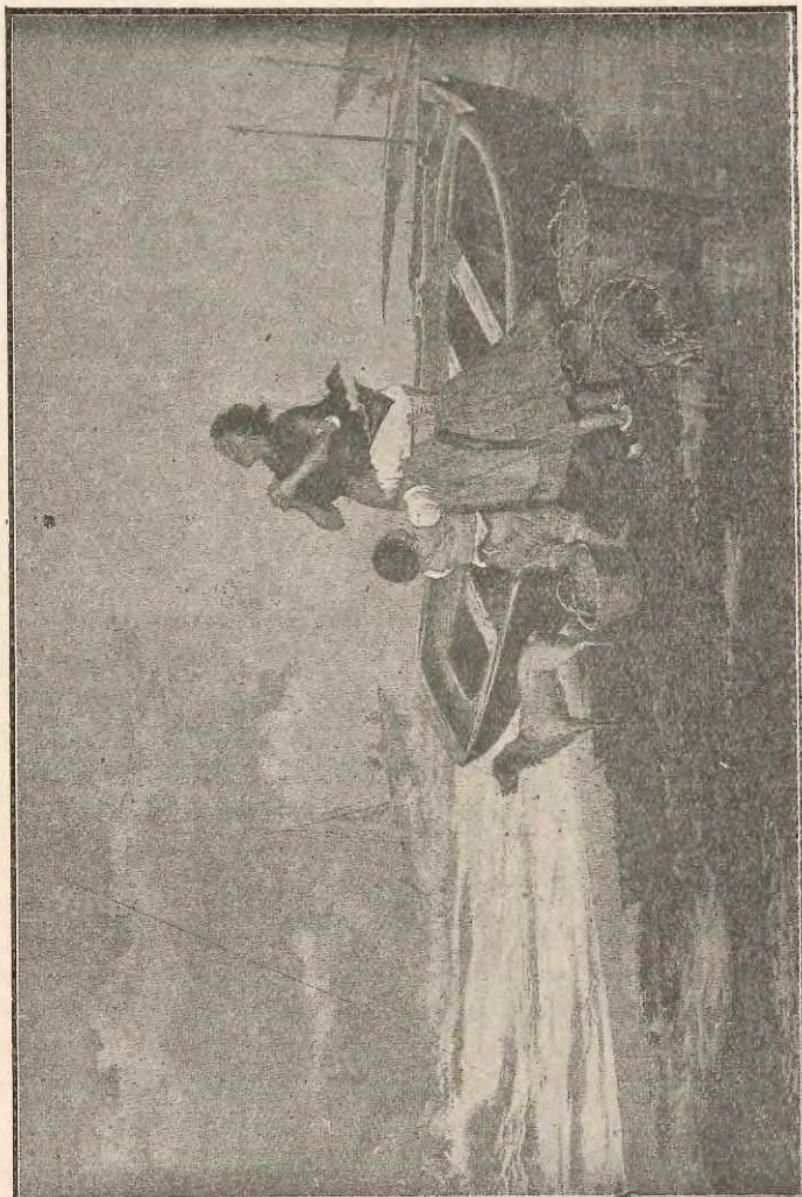
Trabaja, trabaja, trabaja.

Apenas duerme tres o cuatro horas. Y le basta.

El simpático chiquillo vendedor de diarios y de frutas en los trenes, a la edad de 25 años era ya rico y conocido.

En 1873 ocupa 300 obreros a los cuales tiene el don de estimular hablándoles al corazón y compensando generosamente sus servicios. Los domina a la vez con sus conocimientos y el ejemplo de su inconcebible laboriosidad.

132. — ¡Sálvalos, Dios mío!



Tema de composición oral o escrita.

En 1876 se traslada a Menlo Park, en Nueva Jersey, y así como en Nueva York invirtió sus inesperados 40.000 dólares, aquí gasta una suma diez veces mayor, 400.000 dólares ganados en tres años de trabajo en Nueva York. Solamente en aparatos de física y química invierte 100.000 dólares; y en siete edificios distintos distribuye los laboratorios, talleres, bibliotecas, etc.

Es en Menlo Park donde lo visitan, maravillados, viajeros ilustres del mundo entero, sabios profesores, ingenieros técnicos, etc. Y allí continúa el «mago» sus inventos y de allí salen la iluminación moderna con la lámpara eléctrica incandescente, el fonógrafo, el cinematógrafo, el fonocinematógrafo, motores, acumuladores, que facilitan enormemente y abaratan los trabajos mecánicos; tranvías eléctricos, la locomoción en general y cien inventos sorprendentes más.

Es imposible enumerarlos todos; son de la más grande variedad, inclusive, por ejemplo, un método de edificación que permite construir una casa de diez habitaciones en cuatro días; dos medios para transformar la piedra en cemento; y múltiples instrumentos musicales, audífonos para los sordos, procedimientos para destilar líquidos, conservar frutas, fabricar vidrios, etc., etc.

Baste decir que Edison ha sacado alrededor de 1.500 patentes de invención.



Pingüinos en la región polar
oyendo el fonógrafo

En 1886 necesita instalaciones más amplias para atender a múltiples empresas, y se traslada a Orange (Nueva Jersey). Ya no se habla de centenares de miles de dólares, sino de centenares de millones de beneficios por año, y medio millón de hombres trabajan en las maravillosas fábricas y laboratorios. Casi no existe rincón civilizado en el mundo por lejano que sea, ni alguno, modesto o suntuoso, adonde no alcance la influencia bienhechora del genio de Edison. Esa influencia se refleja en aumento de comodidades de vida y de alegría inesperadas.

Y el hombre extraordinario que desde hace más de medio siglo pone su genio y su tiempo al servicio de la humanidad, continúa incansable y sonriente su tarea en su laboratorio, dando a sus innumerables y sabios colaboradores el ejemplo más admirable de resistencia, de perseverancia, de habilidad prodigiosa, de fe en el resultado del estudio y del esfuerzo.

Dice al autor (1) del cual extractamos las precedentes informaciones sobre Edison :

« Thomas Alva Edison, este rey de la electricidad, este físico, este químico, este industrial americano, este encantador moderno, este maestro del pensamiento en acción, capaz de subyugar las fuerzas más misteriosas de la naturaleza para ponerlas a nuestra servicio, será siempre para nosotros y para la posteridad un gran conquistador. »

133. — Recuerda y medita.

« Debes el sustento a tu cerebro? No dejes embotar tus brazos y tus piernas.

« Ganas tu vida a golpes de azada? No olvides adornar tu inteligencia y engrandecer tu pensamiento.

(1) De la colección *Les grands hommes*, de Jules Claretie. De la misma tomamos datos sobre Pasteur.

134. — Sé amigo del agua.

Si cubrieras solamente la tercera parte de la piel de tu cuerpo con un barniz que la hiciera impermeable, comprometerías tu vida y hasta la perderías como la pierden los que reciben quemaduras extensas aun cuando no sean profundas. Impedida la piel de realizar necesarias funciones de respiración, de absorción o de exudación, se recargan con su trabajo otros órganos, como los riñones, el hígado, el pulmón, etc., y de ahí las consecuencias.

Y bien; la falta de aseo produce fenómenos análogos, si bien no son tan gráves ni de efectos tan rápidos o directos. Envenenas tu organismo.

El hábito del baño te evitará muchas afecciones desagradables, aumentará tu resistencia a las enfermedades porque vigorizará todo tu organismo. Sentirás estimulada tu energía para el trabajo.

Báñate, si puedes, todos los días. Toma un baño frío, pero corto, de no más de un minuto. Friceónate, muévete en seguida. Y una vez por semana, siquiera, toma un baño templado y con jabón. Serás mucho más fuerte, estarás contento de ti mismo e inspirarás mayor simpatía a los demás.

135. — Recuerda y medita.

1. El que tiene un buen libro y sabe leerlo no conoce el tedio.
2. No importa que no leas siempre obras nuevas; pero lee muchas veces los buenos libros y medita sobre su contenido.
3. Estudia para saber y no para repetir, el día del examen, palabras que no entiendas.

136. — Como querría yo dirigir mi vida.

Vivir contento, aun con escasos recursos, amar la elegancia más bien que el lujo, buscar la distinción mejor que seguir la moda, preferir el verdadero mérito antes que la reputación y la felicidad a la opulencia; trabajar mucho, pensar con calma, hablar con benevolencia, obrar con franqueza; tener gusto en ver brillar las estrellas y oír el canto de los pájaros, abrir mi corazón a la infancia y a la juventud, soportarlo todo alegremente, hacerlo todo con resolución, esperar la oportunidad sin apresurarme jamás; en una palabra: dejar desenvolverse mi espíritu con libertad y elevarse por sobre todo lo que es vulgar... he ahí cómo querría yo dirigir mi vida.

CHANTING.

137. — Un director modelo.

(Relación de un alumno.)

I

Hoy murió el director de mi escuela. La noticia nos sorprendió a todos, porque murió repentinamente. ¡Él, tan respetado, tan querido, desaparecer así!... No podíamos creerlo. Ayer anduvo en las clases como de costumbre, sonriendo a unos y otros; ¡Era tan afectuoso! ¡Se hallaba siempre tan dispuesto a escucharnos, a darnos sus consejos, a dirigirnos y alentarnos en nuestros trabajos! Jamás tenía una palabra destemplada, ni un gesto de impaciencia, ni siquiera cuando algún niño cometía grave falta.

Precisamente el lunes se había producido uno de esos casos, raros en nuestra escuela, pues todos los alumnos

son más o menos disciplinados sin necesidad de castigo alguno. El Director daba la clase por el maestro, enfermo, que no había concurrido. Uno de los niños, ingresado pocos días antes, dijo una mentira y contestó de mala manera. Nosotros creímos que el Director se impacientaría, porque para él la mentira era la falta más grave que podía cometerse. No se impacientó. Miró al atrevido sin decir palabra, con una expresión tal de sorpresa, que aquél se sintió dominado y calló. El Director, entonces, con una calma mayor que la habitual, le dijo casi afectuosamente :

— Vete un momento al patio, Santiago, y allí, solo, reflexiona sobre lo que has hecho. Despues, si te sientes dispuesto a conducirte como los demás, vuelve a tu asiento.

Había una entonación tal en sus palabras, un cierto no sé qué en toda su actitud, que uno se sentía en seguida como cautivado.

Santiago recibió ese influjo y, obedeciendo, salió con la cabeza baja; pero no habían transcurrido cinco minutos, cuando volvió a entrar y, acercándose al Director, murmuró :

— ¡Perdóneme, señor; no supe lo que decía!

El Director, apoyando su mano sobre la cabeza del niño, exclamó :

— ¡Ya sabía yo que no tenías mal corazón! Ve a tu banco y no te acuerdes más de lo ocurrido.

Cuando terminó la clase, le hizo señas, y juntos entraron a la Dirección.

No sé lo que hablaron. Interrogamos a Santiago : « ¿Qué te dijo? »

— Yo no me acuerdo — contestó; — pero nunca más mentiré.

¡Cuánto lo queríamos!

Él era siempre el primero en llegar a la escuela. Esperaba en el vestíbulo la entrada de los alumnos.

— ¡Buenos días, buenos días, hijos míos! — contestaba a los saludos.

Y cuando todos estaban en clase, recorría los grados. Pasaba por entre las filas de bancos, aplaudiendo, bromean- do, corrigiendo.

— ¡Bravo, Pedrito! Muy bien tu plana; pero ¡por qué no has escrito también en el dorso de la página? Desperdicias así la mitad de tu cuaderno, y eso cuesta dinero a tu papá...

— Aquí te has comido la *h* en la palabra *almohada*, Luis. ¡No has almorzado bastante esta mañana?

— No está mal tu dibujo, Ricardo, pero no se distingue bien si has querido representar una naranja o un zapallo. Y le palmeaba la cara.

Todos lo mirábamos, ansiosos de que pasase por nuestro lado, para sentirlo cerca y recibir sus bromas y sus caricias.

Los maestros, y también los niños, solían pedirle que tomara la clase y diese la lección. Y él no se hacía rogar. La tomaba en seguida. ¡Enseñaba con tanto gusto! Y tenía un modo de hacer las preguntas que nos llevaba como a adivinar lo que deseaba que aprendiésemos. Nos hacía disentir las cosas y buscar, buscar, hasta obtener la respuesta. Y después solía exclamar triunfante:

— ¡No ven ustedes? ¡Si yo estaba seguro!... ¡Saben tanto como yo! ¡Bravos, bravos muchachos!

Cuando atravesaba los patios, durante los recreos, los alumnos de primer grado corrían a él. Algunos de los menores solían tomarlo del brazo, otros lo tironeaban del

saco, y él reía, levantaba alguno en peso más arriba de su cabeza, diciendo :

— ¡Hola, hola! ¡Cómo has crecido! Estás más alto que yo.

Una mañana él había contado en la sección inferior, en forma dramática, muy interesante, las peripecias por que tuvo que pasar Cristóbal Colón cuando, con su hijito de la mano, iba de corte en corte en demanda de buques para su viaje. Al salir al recreo, un chiquillo de seis años se acercó cautelosamente al Director, dióle un golpecito en la espalda, y gritó :

— ¡Señor Colón! ¡Señor Colón!

El Director, volviéndose de pronto, fingió una actitud enojada, frunciendo el ceño y levantando el puño.

— ¡Ahora vas a ver, cachafaz!

Y el chico huyó dando grititos, gozoso, mientras él seguía mirándole sonriente, con el índice amenazador en alto.

La escuela tiene un taller de trabajo manual que él había conseguido después de mucho insistir ante el Consejo. Iba siempre a vernos trabajar y él mismo solía tomar las herramientas.

— Esto también es una gimnástica, para el cuerpo y para el espíritu. *Trabajar es vacunarse contra el vicio y la miseria*, solía decir.

Uno de los alumnos de 6.^o grado se había afligido muchas veces porque la historia, la geografía, la composición y las cosas que se estudian en los libros, decía, no le « entraban » por más que se aplicase afanosamente. En cambio, era habilísimo en dibujo, en construcciones geométricas y en los trabajos del taller de carpintería.

— ¡Ves como no hay que desesperar? — le dijo una vez

el Director. ¡Qué importa que no puedas ser un literato, ni un sabio, ni tengas carrera universitaria? Serás un artista, un gran industrial, utilísimo a tu patria y a tu familia mucho más que si fueses doctor en cualquier cosa. Ése es tu camino, Jorge: síguelo sin vacilar y bendecirás este taller que te lo ha hecho descubrir.

— ¡Qué lástima que no tengan ustedes talleres en todas las escuelas! decía una tarde al Inspector que visitaba las clases y examinaba los objetos hechos. Todos afirmamos que la escuela debe preparar para la vida. Pero la vida es trabajo. ¡Por qué no enseñamos entonces, y sobre todo, a trabajar?

Y a las madres que iban con algunas de sus hijas a buscar a sus hermanos, solía preguntarles:

— ¡Y cómo van las labores de mano y las lecciones de economía doméstica práctica? ¡Y la cocina?... Eso vale tanto como la historia de Epaminondas, ¡eh?... o como la raíz cuadrada y la raíz cúbica. De las raíces, las que ustedes debieran conocer mejor son las que se sirven en la mesa, ¡no les parece?

Las lecciones de aritmética y geografía y las de historia natural quería que las diésemos en el patio, en el jardín, en el museo, contando las cosas, midiéndolas, examinándolas de cerca. No le gustaba que aprendiésemos de memoria, sino después de haber entendido lo que debíamos recordar. Con frecuencia hacíamos excursiones a los museos, a las fábricas, a distintos establecimientos y al campo.

— ¡Hay tanto que aprender en todas partes mejor que en los libros!... Y agregaba: Día llegará en que los niños de las grandes ciudades tendrán sus escuelas afuera, en el campo, en locales sencillísimos y con mucho terreno,

varias hectáreas, y talleres e instalaciones para múltiples trabajos. E irán allí todos los días en trenes especiales. No se necesitarán tantos palacios escolares costosos, sin sol, sin espacio, sin aire.

Pero hay que cultivar desde el primer grado el amor a los libros, a los buenos libros, precioso y necesario instrumento de auto-educación durante la vida.

Atribuía extraordinaria importancia a la enseñanza de la higiene, tanto como a la lectura, y decía : *por el trabajo, por la moral y por la higiene serán felices los hombres y los pueblos.*

¡Con cuánto calor demostraba los perniciosos efectos del tabaco y los más terribles aún del alcohol, refiriéndonos infinidad de casos concretos, estadísticas concluyentes y experiencias inequívocas realizadas en todo el mundo !

No consentía nunca, ni en vísperas de exámenes, que se ocupara en otras enseñanzas el tiempo destinado a ejercicios físicos y juego. « Sin la salud y el vigor físico, la inteligencia y también el corazón flaquean », solía decírnos.

Quería que nos encariñásemos con el espectáculo de la naturaleza. « Eso ayuda a ser buenos »... Los paisajes le arrancaban a menudo exclamaciones de entusiasmo, y como no podíamos salir con frecuencia, ni alejarnos bastante, buscaba fotografías estereoscópicas y nos mostraba paisajes y lugares en proyecciones luminosas.

— Ustedes no saben cuán hermosa es la naturaleza argentina. Hay que viajar para verla y amarla.

Y a veces se le escapaban protestas contra los ricos que van a contemplar las bellezas europeas y desconocen las maravillas de nuestra tierra.

Se interesaba mucho por el dibujo y siempre que se le presentaba oportunidad nos llamaba la atención sobre las

obras de arte de la pintura o la escultura y sobre cuanto pudiese influir en nuestra educación estética, « que eso también hace buenos a los hombres, como la música ».

Casi siempre asistía a la lección de canto, y él mismo traía al profesor coros nuevos, elegidos con gusto y adaptados a la voz de los niños. Y cantaba con nosotros.

— ¡Ustedes cantan en sus casas? preguntaba. Canten, canten, que eso hace bien. Pero no griten ¡eh! Hay que cuidar la voz y el oído.

Incitaba al profesor de música a que nos hiciera escuchar con frecuencia trozos escogidos, de buenos y de grandes autores; y encontraba mal que los niños terminasen sus estudios primarios siendo incapaces de leer y entonar por sí solos ni siquiera sencillas melodías.

E insistía en que dijésemos a papá y mamá que viniesen a la escuela para oír los coros y recorrer las clases. Y solía quejarse :

— ¡Qué poco visitan la escuela! ¡Cuánto lo siento! ¡Tendríamos tantas cosas de qué hablar!

Cuando algunos padres venían, los llevaba a las clases, sobre todo adonde tenían sus hijos, les presentaba al maestro y les mostraba los trabajos de los niños. Después, paseando por el patio o tomando una taza de té en su oficina, les hablaba de sus hijos, pedía informes o daba consejos. Le preocupaba mucho saber si dormían bastante, si dejaban la banderola o la puerta entreabiertas para tener aire nuevo toda la noche, si estudiaban o hacían sus deberes con mala luz, si jugaban al aire libre, si se bañaban con frecuencia, si se lavaban las manos antes de sentarse a la mesa y si masticaban bien los alimentos.

— Y los domingos ¡nada de lecciones ni deberes escritos, eh! Descanso completo para los libros y cuadernos y a jugar al campo si se puede.

— Algún día comprenderán la transcendencia de estos consejos, contestaba a los que sonreían al oírlo

¡Con cuánta afectuosidad trataba a los padres humildes, a los obreros, a los vendedores ambulantes, y qué satisfechos se retiraban éstos después de haber hablado con el Director! Uno de ellos, al otro día de su visita, volvió trayéndole un montón de guindas dentro de un trozo de bramante nuevo que había comprado expresamente.

— ¡Ese sí que es como un verdadero padre para los niños! había dicho una mañana un artesano, viejo ya, dirigiéndose a su nieto, huérfano, que lo había acompañado, por indicación del Director, hasta la puerta de calle. — Respétalo y ámalo como a mí, más que a mí, ¡oyes?

Todos, hasta los inspectores y los miembros del Consejo, que algunas veces venían a la escuela, lo respetaban. Eso se conocía. Él no temía la visita del superior; al contrario: le gustaba recibirla.

Nosotros sabíamos también que varios años atrás había presentado su renuncia antes que tolerar una injusticia contra uno de sus empleados, un maestro joven, inteligente y digno, que en un rasgo de altivez había firmado una protesta contra una medida que le pareció humillante. Pero el Consejo no le aceptó la renuncia y reparó el error, y cuando los maestros del distrito quisieron hacerle una manifestación pública de simpatía, el Director la rechazó diciendo sencillamente:

— Gracias, gracias, no acepto. ¡No faltaría más! ¡Gran cosa! He cumplido mi deber.

Le molestaban las lisonjas. Era digno sin ostentación; sincero, afable.

¡Cómo lo querían y respetaban los maestros y con cuánta confianza se llegaban a él para pedirle consejo, aun delante de los alumnos! Era como un hermano ma-

yor o como un padre para todos ellos. ¡Con qué bondad inagotable ayudaba a los maestros noveles que a veces se equivocaban en la manera de tratar a los niños o de dar las lecciones!

Le agradaba festejar con actos especiales los aniversarios patrióticos, y él entonaba con nosotros los cantos y el himno nacional. Pero después nos decía que esto no bastaba y que la mejor manera de revelar patriotismo era trabajar todos los días, todo el año, perfeccionándose, haciendo cada vez más instruidos, más fuertes, más hábiles, más virtuosos, para servir al país con el trabajo perseverante y honrarlo con la conducta siempre decorosa.

Pero lo que más nos complacía era oírle leer historias y cuentos morales, y el mayor castigo que podía darnos, cuando cometíamos alguna falta, era el de prohibirnos asistir a las lecturas especiales de los sábados. Elegía de preferencia cuentos que no fueran fantásticos, sino verosímiles, y hechos verdaderos referidos sin exageración, en bello lenguaje y sencillo, espontáneo.

— La verdad no necesita de artificios, decía.

Y ponía toda su alma en la lectura. A menudo, nos emocionaba, nos hacía llorar, reír, aplaudir, o reprobar indignados, según fuera el asunto. Prefería las historias sanas en que aparece la virtud, y con mucha menor frecuencia leía las que exhibían el vicio, aunque apareciese castigado.

— Es necesario habituar el corazón, como la vista, al espectáculo de la belleza y del bien, solía decir en la clase de los mayores. Así se forma el gusto por lo noble y por lo hermoso. La repugnancia por el mal vendrá sola, entonces.

Nos daba a conocer también composiciones selectas en

prosa y en verso, pero a nuestro alcance. Nos explicaba la razón de su belleza y después nos hacía aprender alguna de memoria. « Serán agradables y útiles compañeros en muchos momentos de la vida. »

Leía con tanta naturalidad que nos parecía estar asistiendo a las escenas referidas.

Nos gustaba, sobre todo, que leyese los capítulos del libro « Corazón » de Amicis.

Él también lo prefería, por lo mismo que estaba escrito con tanta verdad y sentimiento.

— Lo que no se hace con el corazón, no se hace bien, exclamaba.

— Pero hay que poner también cabeza, observó un día el profesor de 6.^o grado.

El Director, asintiendo, habíale contestado :

— La cabeza es el timón que guía en la huena o en la mala ruta; pero el corazón es el viento que hincha las velas. Sin él la nave no va lejos.

Y del corazón ha muerto, dejando a nuestra escuela sin el timón que dirige, ni el viento que adelante impulsa. Andaremos muchos días desorientados y tristes, hasta que el tiempo nos traiga la resignación, pero sin extinguir el recuerdo de su imagen serena, de su palabra afeituosa, de su dignidad comunicativa, del alma generosa de nuestro querido Director, que se ha ido... ¡y para siempre!

II

HONREMOS AL MAESTRO

En la mañana de ayer se efectuó el entierro de nuestro Director.

Nunca olvidaré las cosas que vi y que oí durante estos dos tristes días.

Contaré algunas de la mejor manera posible.

Muerto anteayer temprano, fué velado durante el día, hasta las diez y seis, en su casa; pero después, cumpliendo un decreto oficial del gobierno, debía ser trasladado a la Escuela Normal.

La casa particular está frente a una plazoleta. Ésta, poco antes de las diez y seis, estaba llena de concurrencia y, alineados y silenciosos, varios centenares de alumnos con sus maestros y en representación de las escuelas del distrito, esperaban.

Mucha gente entraba y salía de la casa sin cesar.

Mi padre, que ya había estado en la sala mortuoria, vino a buscarme. Quiso que viera por última vez la cara del Director a través del vidrio que la cubría.

— Observa la calma y la serenidad de su semblante. — me dijo.

— ¡Cierto, parece dormido! — exclamé.

— Tiene el aspecto de los que se van con la conciencia tranquila, sin nada que reprocharse, hijo mío.

Un señor nos contó que durante el momentáneo alivio que precedió al segundo ataque, conociendo la gravedad de su estado, había dicho :

— María, creo que me muero.

Y ante la expresión de doloroso espanto de su esposa, continuó :

— ¡Sé fuerte! No debes llorar. Es una ley de la naturaleza que se cumple. He vivido bien; he procurado siempre cumplir mi deber. ¡Por qué afligirse? Tú quedaras para completar la educación de nuestros hijos y velar por ellos.

Y recordando que su esposa era creyente sincera, agregó, para consolarla :

— Volveremos a vernos allí. Y señalaba el cielo.

En ese momento entraron con la hija mayor sus cuatro

hijos menores, que habían mandado traer apresuradamente de la escuela y del jardín de infantes. El padre, después de abrazarlos, les habló con increíble fortaleza, si bien un ligero temblor de la voz denunciaba su emoción contenida.

— Suponed que parto para un largo viaje, necesario como cuando me ausentaba en jira de inspección por todas las escuelas de la República. Esta vez esperaréis un poco más mi regreso. Es menester resignarse ante las cosas inevitables.

¡Fué inútil! Hasta los menores comprendieron que el padre se moría, produciéndose entonces una escena desgarradora.

Otras personas de la familia, que habían llegado, retiraron de allí a los niños. El más pequeño se resistía y gritaba desesperado :

— ¡No quiero, no quiero que te mueras, papacito!

El padre, a pesar de su energía, no pudo más : estalló en un sollozo profundo y echó los brazos al cuello de la esposa anonadada.

Pero dominóse al punto y notando la presencia de un miembro del Consejo Escolar que vivía al lado y había acudido, le hizo una seña para que se aproximase.

— Tengo que pedirle algo, discúlpeme. — Cerró los ojos un instante y repuso :

— ¡Pobrecitos! Procure, señor, una ayuda para María y para mis hijos. Quedan sin nada. No he podido ahorrar para ellos... Tal vez hice mal... No lo sé.

Respiró y volvió a decir :

— Otra cosa, señor, le ruego. Diga al Gobierno que atienda mejor a los maestros. Yo he vivido entre ellos cerca de medio siglo. Los conozco bien. Son buenos. Tienen defectos porque no se les ayuda a corregirlos. Si son

indispensables para la cultura del pueblo, debe creárseles una situación decorosa. Háganlos felices si quieren que ellos hagan felices a los niños.

Respiró otra vez penosamente y murmuró :

— Son buenos los maestros... son buenos...

No habló más. Un nuevo ataque sobrevino y poco después expiraba.

A las cuatro en punto se dispusieron a colocar el ataúd en la carroza fúnebre para conducirlo a la escuela; pero los profesores y los alumnos del curso normal, que ya son hombres, quisieron llevarlo a pulso. Se formó una gran columna. Ocupaba más de una cuadra. A los costados marchaban los alumnos de las escuelas.

Avanzamos por la avenida principal de la ciudad, en cuyo extremo se encuentra el edificio de nuestra escuela.

Al enfrentar la casa de gobierno, situada en el camino, el Ministro de Instrucción Pública se incorporó a la columna. De los andamios de una casa en construcción se descolgaron dos albañiles y, poniéndose apresuradamente el saco, se agregaron también al cortejo.

Muchas otras personas hacían lo mismo al enterarse de quién era el muerto. Las gentes de la acera se descubrían y todas las conversaciones cesaban.

Frente a la escuela esperaba otra gran multitud. Los que conducían el cadáver debieron pasar por entre una doble hilera de niños y niñas que se extendía desde la calle hasta el gran salón, en cuyo centro se había preparado el túmulo. En seguida, silenciosamente, desfilaron los alumnos arrojando ramos de flores.

Después, durante horas, fué un incesante entrar y salir de personas de todas las clases sociales : discípulos y ex-discípulos, algunos ya cargados también de familia, maestros, autoridades escolares y muchísima gente mo-

desta, hombres y mujeres. Una pobre viuda quiso pasar toda la noche y fué inútil que se la invitase a descansar.

— Cuando mi Enrique estuvo grave, decía, el Director vino a casa y se quedó velándolo y dándole los remedios hasta el amanecer. No se fué hasta que no lo vió aliviado y, sin acostarse, trabajó en la escuela todo el día. Me quedo, me quedo yo también, ahora, hasta que se lo lleven. Y se quedó.

A las diez de la mañana, hora fijada para el entierro, fué transportado el ataúd al amplio vestíbulo y colocado entre la gran escalera que lleva al piso alto y la escalinata que sale a la calle.

El gentío llenaba el hall, las galerías, y desbordaba frente a las portadas abiertas, en la amplia acera y en la calzada. Todos querían oír los discursos y participar en el homenaje; y hasta los que empujaban por acercarse más, lo hacían con cierto recato respetuoso.

Un señor, con la cabeza gris y de aspecto grave, subió varios peldaños de la gran escalera. Era el profesor más antiguo del curso de maestros.

Cesó el sordo murmullo mientras pronunció su discurso, en el cual historió la vida de nuestro Director.

Contó muchos rasgos ignorados, verdaderos sacrificios personales en beneficio de la enseñanza, pasando privaciones que hubiera podido evitar, y hasta comprometiendo su salud. Y no había querido nunca que se hicieran públicos.

— Éste sí que fué un sincero servidor del país, sin alardes de patriotismo y acaso sin apreciar él mismo la generosidad de su conducta, había dicho en cierto momento el orador. Y muchos de los presentes se miraron e inclinaron la cabeza, como diciéndose « ¡Es muy cierto! ¡Ya lo creo! » Papá me oprimió el brazo sin mirarme.

Después habló un maestro de la escuela primaria y tuvo que interrumpirse dos veces para dominar su emoción comunicada al auditorio. Era el joven a quien el Director había defendido hasta con la presentación de su renuncia, cuando quisieron suspenderle injustamente.

Pero lo que más nos impresionó fué lo ocurrido con un niñito de los grados elementales, elegido por sus compañeros para hablar en nombre de los chicos.

Subió a la escalinata y empezó el discurso diciendo :

« En este mismo vestíbulo, donde, al entrar, nos saludabas con tu palabra cariñosa y en el cual, al terminar las clases, volvíamos a encontrarte para despedirnos con tu habitual : « ¡Hasta mañana, queridos! » « ¡Hasta mañana, hijos míos! » siempre afectuoso y risueño, venimos a decirte ahora también adiós, pero no más hasta mañana, querido, querido Director nuestro que te vas para no volver.

¡Ya no oiremos nunca, nunca más!... »

Un sollozo cortó la frase y no pudo continuar. Dejó caer sobre el ataúd el ramo de flores que en la mano tenía, y llorando se echó en los brazos de la maestra que estaba junto a él. Su sollozo provocó muchos más y pudimos ver a hombres y mujeres, con la cabeza blanca, llevando el pañuelo a los ojos.

Transcurrieron varios instantes en silencio, y los señores más próximos se inclinaban ya para levantar el ataúd, cuando se vió avanzar al Gobernador de la provincia que había escuchado los discursos, confundido entre la multitud. Subió la escalera, haciendo un gesto con la mano, y empezó a hablar :

— ¡No, no! esperad un momento más. Yo también tengo algo que decir en presencia de estos despojos tan respetables.

Y habló largo rato escuchado con emoción profunda. Era la primera vez que un gobernador rendía tal homenaje a un maestro de escuela.

¡Si lo hubiese oido nuestro muerto venerado! ¡Si le hubiese oido decir que desde ese momento la escuela normal, que con tanto amor dirigiera, llevaría para siempre su nombre! ¡Qué feliz se hubiera sentido!

Los diarios publicaron el discurso. He aquí algunos de sus párrafos :

— « El maestro que desempeña dignamente su misión, destacándose por su vida abnegada y por la importancia de sus servicios, merece, como el más encumbrado funcionario, que se le rindan honores especiales.

« El ciudadano que en el parlamento prepara leyes bien-hechoras; que en el gobierno ejecutivo las aplica con acierto y se desvela por el bien público; que como juez recto no retarda los fallos inatacables de la justicia reparadora y preventiva; el gran escritor, el sabio, que difunden ideas, conocimientos útiles, perfeccionamientos de todo género; el militar que prepara con habilidad la defensa del país contra los ataques extraños; todos ellos no son, si bien se mira, más dignos de la gratitud pública, que estos sencillos educadores cuya acción incesante, menos ruidosa y ostensible, es, acaso, más fecunda.

« Con la instrucción racional, el ejemplo de su conducta y la sugestión oportuna, el maestro habitúa pacientemente un día y otro día el cerebro y el corazón del niño a la verdad y al bien; y así, el gran estadista, el legislador acertado, el juez intachable, el sabio y el escritor fecundo, el militar patriota y valiente, los millares de trabajadores honestos que hacen el progreso del país, resultan, en gran parte, la obra de aquel modesto sembrador des-

aparecido ya cuando, lozano, el fruto madura, sin que nadie recuerde al que, amoroso, arrojara la simiente.

« Es ésta una injusticia que no debe continuar : por eso, como ciudadano y como Gobernador de la provincia, en nombre del pueblo que represento, vengo a decir a este maestro verdadero, que si él ha vivido consagrado exclusivamente al bien general, dándole todos sus esfuerzos y sacrificándole generosamente el propio interés, y hasta el bienestar de los suyos, justicia le será hecha. Puede dormir tranquilo el sueño eterno : su recuerdo será conservado y sus hijos recibirán, mientras lo necesiten, el auxilio a que tienen legítimo derecho. »

Después del discurso del Gobernador, fué conducido el cadáver al cementerio, repitiéndose por las calles y en la necrópolis escenas análogas a las del día anterior.

Cuando regresábamos, un amigo de papá, que venía en el coche con nosotros, decía :

— Tiene razón el Gobernador. Mire usted : muere un senador, un elevado funcionario, un militar de superior graduación, y se le rinden grandes honores oficiales. ¿ Por qué no se hace lo mismo con los educadores ? Es cierto, por ejemplo, que los militares están listos para servir a la patria, y morir por ella si el momento llega. El ejército es una garantía necesaria para la existencia, la seguridad, la paz de la nación. Por eso debemos respetar y honrar al soldado. Pero, por fortuna, entre nosotros, alcanzan a viejos los militares, viviendo casi siempre tranquilos, sin tener que exponerse y ascendiendo, los más, porque pasan los años. El maestro, entre tanto, está luchando continuamente por la cultura, preparando con ella la paz y la confraternidad de los pueblos, sin descuidar, por eso, al ciudadano que ha de ser fuerte y estar dispuesto a dar su vida por la patria. En esta tarea sin

descanso y mal compensado, se consume; pero si llegase el triste día de una guerra, también él tomaría el fusil y moriría heroicamente en el campo de batalla. ¿Quién es, entonces, más acreedor a la gratitud del país?

Papá no contestó nada.

A mí me parece que si hubiéramos podido oír la opinión de nuestro Director, él hubiera preferido manifestaciones sencillas y espontáneas como las que recibió. En vez de tropas, los niños, y en lugar del estampido del cañón, el silencio de las flores cayendo sobre su ataúd.

¡Oh! no olvidaré las emociones que he experimentado durante estos días, ni tampoco la sorpresa que tuvimos esta mañana al llegar a la escuela para reanudar las clases.

Un gran retrato del Director, cedido por la familia, había sido colocado en el vestíbulo, al frente.

— No he querido que dejara ni un solo día de presidir la entrada de sus discípulos, nos dijo el Vice. Y agregó :

— Ni quiero que ustedes olviden sus mejores consejos.

Al efecto, debajo del cuadro había fijado, en hermosos caracteres, las exhortaciones que con más insistencia nos repetía el Director y de las cuales fuera siempre vivo ejemplo su propia conducta :

• **SÉ BUENO, SANO Y SENCILLO. TRABAJA. NO MIENTAS.**

